MUNDO AZUL
JACK VANCE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Leer la obra de Jack Vance es un gran placer. Conocerlo personalmente también es un placer, aunque de un tipo diferente. Escribir sobre cualquiera de las dos experiencias no es tarea fácil. Exige palabras adecuadas, y muy pocas personas dominan el lenguaje como él.

Además, quizá nadie posea una imaginación tan rica. Sus visiones y sus conjuros son seguramente únicos. Durante más de cincuenta años nos han dado placer. Eso es algo que el tiempo no ha podido arrebatarnos. Quizá escriba menos últimamente, pero lo que escribe es tan fresco, imaginativo y evocador como siempre.

Eso se debe en parte, sin duda, al hecho de que no es un soñador recluido en una torre de marfil. Jack Vance ha hecho muchas cosas y ha tenido muchas experiencias; de las personas que conozco, pocas han viajado y leído tanto como él. Cuando quiere puede escribir de manera muy directa, y por alejados que estén sus escenarios de nuestro tiempo y lugar, sentimos el realismo subyacente, y por lapidario que sea a veces su estilo, la narración siempre es clara y concisa.

Desde el comienzo de su carrera, los relatos de Jack Vance siempre han sido algo aparte. La magia de los cuentos reunidos en La Tierra moribunda, el humor sardónico de las aventuras de Magnus Ridolph, el calidoscopio de sociedades extrañas pero creíbles en Planeta gigante, todavía se sostienen al lado de las maravillas que vinieron después. Entre esas maravillas se incluyen los conceptos sorprendentemente originales de Hombres y dragones, donde seres humanos y no humanos se domestican mutuamente; la tensa y a menudo aterradora serie de los Príncipes Demonio; la belleza y la tragedia de los libros de Lyonesse; la diversión pura de la más reciente Ports o f Cali: ejemplos tomados al azar de entre las novelas de Jack Vance, sin mencionar los numerosos cuentos, igualmente magníficos.

Publicada por primera vez de manera completa en 1966, Mundo azul encarna tal vez el mayor número posible de esas cualidades en un solo volumen. La inventiva: un planeta sin tierra firme, nada más que océano, escasamente poblado por seres humanos que han perdido la tecnología de sus antepasados y se han visto obligados a desarrollar una tecnología propia. El realismo: los detalles de esa tecnología y de la vida cotidiana, la civilización, su política y sus conflictos. El humor: el hecho, para ellos desconocido, de que descienden de reclusos fugados, y que a lo largo del tiempo varios tipos de delincuentes han dado sus nombres a respetables clases sociales. La narrativa: con la sobriedad de Vance, es la epopeya de la lucha contra un monstruo de las profundidades y de los hombres sedientos de poder que lo han convertido en dios. El significado: trata de la libertad y del precio de la libertad, pero también de la necesidad de mantener vivas las tradiciones.

El estilo: eso hablará por sí solo, incluso en una traducción. Las palabras evocan el mundo y sus habitantes con una intensidad casi homérica. Al mismo tiempo, Vance es un escritor casi tan afectado como Jane Austen. Sus personajes hablan con soltura y elegancia. Pocas veces se dejan llevar por la emoción. Eso no los hace menos creíbles. En realidad, contribuye a transmitir una sensación de vida y de pensamiento bastante extraña: quizá un dejo del siglo XVIII proyectado muy lejos en el futuro y muy lejos en el espacio, un recordatorio de que las costumbres y las cosas que damos por sentadas no durarán eternamente.

Como dije, aunque Mundo azul es una epopeya, es una epopeya tranquila, como suele ocurrir con Vance, que no necesita traer al escenario truenos y sangre. Cuando quiere que sintamos piedad o terror, nos muestra sólo lo necesario para que nosotros completemos el trabajo. La conclusión de Mundo azul puede parecer un poco apresurada, pero si lo pensamos bien ¿qué más hacía falta?

En esa economía de estilo, así como también en el lenguaje y en la fantasía, Jack Vance recuerda a Lord Dunsany, que sin duda es una de sus influencias. Sospecho que él a su vez ha

influido de manera directa en varios escritores, que aunque quieran no pueden escribir obras comparables. Esos escritores, entre los que me incluyo, sólo pueden envidiarlo e inspirarse en él para intentar sacar, a su manera, lo mejor de ellos mismos.

Aunque suele ir sobre todo «más allá de los campos que conocemos», Vance ha escrito otros tipos de narrativa. Sus novelas de misterio sobre Fox Valley; ambientadas en la California rural contemporánea, son espléndidos ejemplos del ser norteamericano.

Cuando lo conoces personalmente, al principio te sorprende. Es un hombre grande, campechano y simpático que se viste con sencillez y habla con naturalidad acerca de todo menos de su escritura, pues desdeña hacerse publicidad. De joven estudió ingeniería, pero durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en la marina mercante, donde fue torpedeado dos veces. Después se convirtió en maestro carpintero, oficio que conservó hasta que pudo dedicar todo el tiempo a la escritura. Le encanta el jazz antiguo y solía organizar grandes jam-sessions en su casa, donde tocaba una corneta. Lleva muchos años casado con la misma dama. Los dos son cocineros excepcionales; también les gustaba la alfarería y mucho más viajar por el mundo. Tienen un hijo y ahora son abuelos.

Hace muchos años él, Frank Herbert y yo nos unimos para construir una casa flotante. Esos días, y después los días y las noches a bordo con nuestras familias, están entre mis recuerdos más felices. Hemos compartido otros buenos momentos. Todos podemos compartir las historias que él nos ha dado.

POUL ANDERSON
Orinda, California, febrero de 2000

1

Entre los habitantes de los flotadores, las distinciones de casta perdían con rapidez su antigua importancia. Los Anarquistas y los Alcahuetes habían desaparecido del todo y los matrimonios entre castas no eran nada raros, sobre todo cuando involucraban a castas de más o menos la misma posición social. En esa sociedad no había, por su puesto, ningún riesgo de caos; los Desfalcadores y los Pirómanos conservaban su tradicional actitud distante; los Publicistas seguían sin poder eludir una sutil pero general falta de estima, y cuando las castas tenían relación con un oficio o un gremio, funcionaban con notable eficacia. Los Estafadores constituían la mayoría de los que pescaban con barcas, y aunque los antes numerosos Malversadores habían menguado hasta reducirse a un puñado, seguían dominando las fábricas de tinturas del Flotador Fay. Los Contrabandistas hervían barniz, los Negligentes arrancaban muelas. Los Villanos construían las pérgolas de esponja de todas las lagunas; los Embaucadores monopolizaban por completo el campo de las trampas. Esa relación siempre excitaba la curiosidad de los jóvenes, que preguntaban: «¿Qué fue primero: los Embaucadores o las trampas?» A lo que los. mayores solían responder: «Cuando la Nave del Espacio desembarcó a los Primeros en estos benditos flotadores, había cuatro Embaucadores entre los Doscientos. Más tarde, al construir las torres e instalar las lámparas, como había que abrir y cerrar trampas, pareció que lo más adecuado sería que, como buenos tramposos, se ocuparan de esa tarea los Embaucadores. Era muy probable que ya existiera esa situación en el Desierto Exterior, antes de la Huida. Sin duda había lámparas para encender y apagar y trampas para abrir y cerrar. Por supuesto, desconocemos muchas cosas, muchas cosas sobre las que callan o son ambiguas las Memorias.»

Fueran o no atraídos al oficio en virtud de una vieja experiencia, eran ahora pocos los Embaucadores que no encontraban su vocación en las torres, como aparejadores, como cuidadores de las lámparas o como Embaucadores con todas las de la ley.

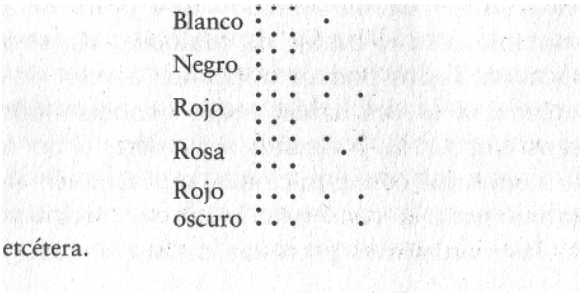
Otra casta, los Rateros, había construido las torres, que por lo general se elevaban unos veinte o treinta metros directamente por encima del tallo primario de la planta marina. Había normalmente cuatro patas de mimbre tejido o laminado que pasaban por los agujeros de la hoja hasta empalmarse con un robusto tallo diez o doce metros por debajo de la superficie. En la parte superior de la torre había una cúpula, con paredes de mimbre hendido y techo de piel de hoja laminada y barnizada. Dos penoles extendidos a los lados sostenían sendos enrejados, cada uno con nueve lámparas dispuestas en un cuadrado, junto con las tapas y los mecanismos accionadores. Dentro de la cúpula, unas ventanas permitían ver por encima del agua los flotadores vecinos, separados por distancias variables que iban desde las dos millas entre Lámpara Verde y Adelvine, hasta el cuarto de milla entre Leumar y Populosa Equidad.

El Maestro Embaucador se sentaba ante un panel. A su izquierda había nueve varillas de control conectadas con las tapas de las lámparas del enrejado derecho. Del mismo modo, las varillas que tenía a la derecha controlaban las tapas de la izquierda. De esa manera, las configuraciones que formaba y las que recibía tenían desde su punto de vista aspecto idéntico, y no le producían ninguna confusión. Durante el día las lámparas no estaban encendidas y unas dianas blancas cumplían la misma función. El Embaucador preparaba la configuración dando rápidos golpes con las manos, accionando los disparadores, que hacían subir y bajar las tapas sobre la lámpara o la diana como quien abre y cierra una. trampa. Cada configuración significaba una palabra; el dominio de un léxico y una destreza a veces notable eran el bagaje de cualquier Maestro Embaucador. Todos podían transmitir a velocidades cercanas a la del habla; todos conocían por lo menos cinco mil, y algunos seis, siete, ocho o incluso nueve mil configuraciones, que también se empleaban para la conservación de los archivos (contra las vehementes protestas de los Notarios) y para otras clases de mensajes, noticias y anuncios públicos.*

En el Flotador Tranque, en el extremo oriental del grupo, el Maestro Embaucador era un tal Zander Rohan, un viejo riguroso y exigente que dominaba más de siete mil configuraciones. Su primer ayudante, Sklar Hast, tenía bastante más de cinco mil configuraciones a su disposición; cuántas más, exactamente, nadie sabía. Había otros dos ayudantes, además de tres aprendices, dos aparejadores, un cuidador de lámparas y, para el mantenimiento, un tejedor de mimbre, este último un Ratero. Zander Rohan se ocupaba de la torre desde el anochecer hasta la medianoche: las horas de actividad durante las cuales los chismes, los anuncios, las noticias y las notificaciones referidas al rey Kragen iban y venían recorriendo las cincuenta millas de la larga hilera de flotadores.

Sklar Hast abría y cerraba las tapas durante la tarde; después, cuando Zander Rohan aparecía en

* La ortografía había sido adoptada en los primeros tiempos y era muy sistemática. El grupo de la izquierda indicaba el género de la idea, el grupo de la derecha denotaba la especie. Así, : : : a la izquierda significaba color; por consiguiente:



la cúpula, inspeccionaba el mantenimiento y supervisaba a los aprendices. Hombre

relativamente joven, Sklar Hast había llegado a su posición de la manera más sencilla y menos complicada posible: con gran tenacidad, se esforzaba por alcanzar la perfección, y trataba de inculcar el mismo nivel a los aprendices. Era un hombre positivo y directo, no demasiado afable, que no conocía la malicia ni la astucia y que no prodigaba el tacto ni la paciencia. A los aprendices les molestaba su brusquedad pero lo respetaban; para Zander Rohan era demasiado pragmático y poco respetuoso con los mayores: es decir, con él mismo. A Sklar Hast todo eso lo tenía sin cuidado. Zander Rohan estaba a punto de retirarse, y en su debido momento él sería el Maestro Embaucador. No tenía prisa; en ese mundo apacible, límpido, inmutable, donde el tiempo no latía sino que se mecía a la deriva, las urgencias de poco servían.

Sklar Hast poseía una pequeña hoja de la que era el único ocupante. La hoja, un tejido esponjoso con forma de corazón de unos treinta metros de diámetro, flotaba al norte de la laguna. La cabaña de Sklar Hast era de construcción estándar: mimbre torcido y atado y después revestido con láminas de piel, la membrana fuerte y casi transparente arrancada del fondo de la hoja de la planta marina. Todo eso se recubría después con barniz, que se hacía hirviendo la savia de la planta hasta que se evaporaba el agua y se amalgamaban las resinas.

En el tejido esponjoso de la hoja crecían otras formas de vegetación: arbustos, un matorral parecido a cañas de bambú que daba mimbre de buena calidad, epífitas que colgaban de la inflorescencia central de la planta. En otras hojas las plantas podían estar ordenadas según una teoría estética, pero Sklar Hast tenía poco gusto para esos asuntos, y el centro de su hoja era poco más que un bosquecillo de tallos, frondas, zarcillos y hojas de diversos tonos de negro, verde y naranja.

Sklar Hast sabía que era un hombre afortunado. Pero por desgracia esa cara tenía un anverso, pues las mismas cualidades que le habían dado prestigio, posición y un flotador privado no eran las más indicadas para facilitarle la vida en las cuidadosas rutinas de la sociedad de los flotadores. Esa tarde, sin ir más lejos, se había metido en una polémica acerca de todo un complejo de principios básicos relacionados con los flotadores. Sentado ahora en el banco delante de la cabaña, saboreando una copa de vino, Sklar Hast miró cómo él anochecer azul lavanda se instalaba sobre el océano mientras pensaba en la obstinada locura de Meril Rohan, hija de Zander Rohan. Una brisa rizaba el agua, movía el follaje; Sklar Hast respiró hondo y sintió cómo la rabia se aflojaba y se disipaba. Meril Rohan podía hacer lo que le diera la gana; no valía la pena preocuparse... ni por ella ni por Semm Voiderveg ni por nada. Las condiciones eran las que eran; si nadie más ponía objeciones, ¿por qué habría de hacerlo él? Tras ese pensamiento, Sklar Hast esbozó una débil y más bien amarga sonrisa, sabiendo que no estaba de acuerdo...

Pero el anochecer era demasiado suave y tranquilizador para alimentar un ánimo polémico. A su debido tiempo los hechos se acomodarían, y mirando hacia el horizonte, en un momento de claridad, Sklar Hast creyó ver el futuro, tan ancho y luminoso como aquella soñadora extensión de agua y cielo. Con el tiempo desposaría a una de las muchachas que estaba probando en ese momento y abandonaría para siempre la vida privada, pensó con nostalgia. No había ningún motivo para apresurarse. En el caso de Meril Rohan... Pero no. Sólo le ocupaba los pensamientos debido a aquellos planes perversos y obstinados con Semm Voiderveg, en los que no valía la pena perder el tiempo.

Sklar Hast vació la copa de vino. Absurdo enojarse, absurdo preocuparse. La vida era buena. En la laguna colgaban las pérgolas sobre las que crecían los suculentos organismos esponjosos que arrancados, limpios y hervidos constituían el principal alimento de los habitantes de los flotadores. La laguna estaba abarrotada de peces comestibles, separados de los depredadores oceánicos por una enorme red. Había muchos otros alimentos: esporas de la planta marina, varios zarcillos y bulbos, además de la preciada carne del pez gris que los estafadores sacaban del océano.

Sklar Hast se sirvió una segunda copa de vino, se recostó en el banco y miró hacia donde empezaban a resplandecer las constelaciones. En el cielo del sur había un grupo de

veinticinco estrellas brillantes, de donde según la tradición habían llegado sus antepasados huyendo de la persecución de tiranos megalómanos. Doscientas personas, de diversas castas, habían logrado desembarcar antes de que la Nave del Espacio se hundiera en el océano que se extendía ininterrumpido alrededor del mundo. Ahora, doce generaciones más tarde, los doscientos eran veinte mil, desperdigados a lo largo de cincuenta millas de flotantes plantas marinas. Las castas, tan celosamente diferenciadas durante las primeras generaciones, se habían ido adaptando unas a otras y ahora hasta se mezclaban. Poco había que perturbara el apacible fluir de la vida, nada duro o desagradable... excepto, quizá, el rey Kragen.

Sklar Hast se levantó, caminó hasta el borde del flotador, donde hacía sólo dos días el rey Kragen había limpiado dos de las pérgolas. El apetito del rey Kragen crecía año tras año, lo mismo que su volumen, y Sklar Hast se preguntaba qué tamaño tendría al final. ¿Habría algún límite? A lo largo de la vida de Sklar Hast, el rey Kragen había crecido de manera perceptible y ahora tenía quizá veinte metros de largo. Frunciendo el ceño, Sklar Hast miró hacia el lado oeste del océano, por donde habitualmente aparecía el rey Kragen dando largos golpes con las cuatro paletas propulsoras como brazas de un antropoide monstruosamente feo. Ahí, por supuesto, terminaba todo parecido con un hombre. El cuerpo del rey Kragen era un cartílago negro y duro, un largo cilindro montado sobre un pesado rectángulo, desde cuyas esquinas se extendían las paletas. El cilindro del que constaba la mayor parte del cuerpo del rey Kragen tenía por delante unas fauces bordeadas por cuatro mandíbulas y ocho palpos, y por detrás un ano. Encima de ese cilindro, más cerca del extremo delantero, se levantaba una torrecilla con cuatro ojos saltones: dos mirando hacia adelante, dos hacia atrás. El rey Kragen era una terrible fuerza destructiva, pero por suerte se lopodía apaciguar. El rey Kragen disfrutaba de copiosas cantidades de esponjas, y cuando le aplacaban el apetito no hería y no hacía daño a nadie; es más: limpiaba la zona sacando a otros kragen que andaban merodeando y a los que mataba o asustaba, alejándolos por el océano.

Sklar Hast regresó al banco y se sentó mirando de lado hacia los parpadeos de la Torre Tranque. Zander Rohan estaba manejando las señales; Sklar Hast conocía muy bien su toque. Tenía un cierto tono desenvuelto que poco a poco se iba acartonando. Para un observador distraído, el estilo de Zander Rohan era hábil y claro; su precisión y flexibilidad eran los de un Maestro Embaucador. Pero de manera casi imperceptible iba perdiendo velocidad y sentido del tiempo; en aquellos parpadeos había algo de fragilidad y no el ritmo ágil de un Embaucador en la plenitud de sus facultades. Zander Rohan envejecía. Sklar Hast sabía que podría superar a Zander Rohan en cualquier momento, si decidiera humillar al viejo. Pero eso, a pesar de su franqueza y falta de tacto, sería lo último que haría. Sin embargo, ¿cuánto tiempo más insistiría el viejo en cumplir con su deber? Y ahora Zander Rohan, de manera poco razonable, había vuelto a postergar su retiro; Sklar Hast suponía que por celos y rencor.

La antipatía tenía su origen en todo un cúmulo de circunstancias: los modales intransigentes, la capacidad profesional y la confianza en sí mismo de Sklar Hast; y después estaba el tema de Meril, la hija de Zander Rohan. Cinco años antes, cuando las relaciones entre los dos hombres eran más fáciles, Rohan había hecho algunas insinuaciones no muy sutiles acerca de que Sklar Hast podría plantearse la posibilidad de aceptar a Meril como esposa. Desde todo punto de vista objetivo, esa posibilidad tendría que haber despertado el entusiasmo de Sklar Hast. Meril era de su propia casta, hija de un maestro del gremio; eso sólo podía favorecer la carrera de Sklar Hast. Los dos eran Undécimos, y por lo tanto de la misma generación, detalle sin importancia formal pero que popularmente se consideraba ventajoso y conveniente. Y finalmente Meril no era nada fea, aunque tenía las piernas un poco largas y cierta impetuosidad casi varonil.

Lo que había hecho reflexionar a Sklar Hast era la conducta imprevisible y perversa de Meril Rohan. Como la mayoría de los habitantes de los flotadores, podía leer los parpadeos de las torres, pero también había aprendido la escritura cursiva de los Primeros. A Sklar Hast, con ojos condicionados por la precisión y la elegancia de las configuraciones de las señales, aquella caligrafía le parecía retorcida, sinuosa y críptica; le molestaba la falta de uniformidad,

aunque reconocía el estilo único e individual que distinguía a cada Maestro Embaucador. En una ocasión había preguntado a Meril Rohan qué motivo la llevaba a aprender esa escritura.

–Porque quiero leer las Memorias –dijo ella–. Porque quiero ser una notaria.

Sklar Hast no veía nada malo en esa ambición, y creía que cada cual tenía que hacer realidad sus sueños, pero estaba desconcertado.

–¿Para qué hacer semejante esfuerzo? Las torres transmiten las Analectas, que nos enseñan lo esencial de las Memorias y eliminan todos los absurdos.

Meril Rohan se rió de una manera que a Sklar Hast le pareció un poco extraña.

¡Pero es exactamente eso lo que me interesa! Los absurdos, las contradicciones, las alusiones... ¡Quiero saber qué significan!

–Significan que los Primeros eran un grupo de hombres y mujeres confundidos y desanimados.

–Lo que quiero –dijo Meril– es hacer un nuevo y cuidadoso estudio de las Memorias. Quiero tomar nota de cada disparate y tratar de entenderlo, tratar de relacionarlo con todos los demás absurdos... porque me cuesta entender que los hombres que escribieron las Memorias consideraran absurdos esos pasajes.

Sklar Hast se encogió de hombros con indiferencia.

–A propósito, tu padre sugirió que podrías tener interés en que yo te hiciera una prueba. Si quieres puedes venir a mi flotador a cualquier hora después de mañana por la mañana, cuando se irá Coralie Vozelle.

Meril Rohan apretó los labios con una mezcla de diversión e irritación.

Mi padre trata de casarme, pero por un largo tiempo todavía no voy a pensar en esas cosas. Gracias, pero no me interesa la prueba. Por mí, puedes seguir probando a Coralie otra semana. U otro mes. O un año.

–Como quieras –dijo Sklar Hast–. Lo más probable es que sea tiempo perdido, porque es evidente que no tenemos buena comunicación espiritual.

Poco después Meril Rohan se fue del Flotador Tranque para entrar en la Academia de Notarios de

Quatrefoil. Sklar Hast no sabía si Meril había mencionado ese pedido a su padre, pero a partir de entonces la relación se congeló.

A su debido tiempo, Meril Rohan regresó a Tranque con sus propias copias de las Memorias. Los años en Quatrefoil la habían cambiado. Era menos descuidada, menos extravagante, menos libre con sus opiniones, y casi se había vuelto hermosa, aunque seguía mostrando cierta informalidad en el vestido y la conducta. Sklar Hast se había ofrecido dos veces a probarla. La primera vez ella le había contestado con una distraída negativa; la segunda –sólo uno o dos días antes– ella le había informado que Semm Voiderveg planeaba casarse con ella sin el beneficio de la prueba.

A Sklar Hast esa noticia le pareció increíble, inquietante, inaceptable. Semm Voiderveg, de la casta de los Gamberros, era el Intercesor de Tranque, con un prestigio sólo inferior al de Ixon Myrex, el Árbitro del Flotador. No obstante, Sklar Hast encontraba una docena de razones por las que Meril Rohan no debía casarse con Semm Voiderveg, y no se las guardó ni un momento.

–¡Es un viejo! ¡Tú eres poco más que una niña! ¡Probablemente sea un Octavo! Quizá un Noveno.

–No es tan viejo. Supongo que unos diez años mayor que tú. En realidad es un Décimo.

–¡Bueno, tú eres Undécima y yo soy Undécimo!

Meril Rohan lo miró ladeando la cabeza y de repente Sklar Hast tuvo conciencia de detalles que nunca había notado: la clara luminosidad de la piel de la muchacha, la brillantez de aquellos rizos, y el carácter provocativo que antes parecía varonil ahora era... otra cosa.

–¡Bah! –masculló Sklar Hast–. Estáis locos, los dos. El por desposarte sin prueba, tú por meterte en la casa de un alimentador de kragen. ¿Conoces su casta? No es más que un Gamberro.

–¡Qué actitud irrespetuosa! –exclamó Meril Rohan–. ¡Semm Voiderveg es Intercesor!

Sklar Hast la miró frunciendo el ceño, tratando de saber si ella hablaba en serio. Parecía que había una ligereza en su voz, una levedad que él no conseguía interpretar.

–¿Y qué? –preguntó–. Después de todo, el kragen no es más que un pez. Un pez grande, sí. Pero me parece una tontería hacer tanta ceremonia por un pez.

–Si el kragen fuera un pez normal y corriente, tus palabras tendrían sentido –dijo Meril Rohan–. El rey Kragen no es un pez, y es... extraordinario.

Sklar Hast soltó un gruñido.

–¡Y tú eres la que fue a Quatrefoil para ser notaria! ¿Cómo crees que tomará Voiderveg tus ideas poco ortodoxas?

–No lo sé. –Meril Rohan hizo un frívolo movimiento de cabeza–. Mi padre quiere verme casada. Como esposa del Intercesor, tendré tiempo para trabajar en mi análisis.

–Repugnante –dijo Sklar Hast, y dio media vuelta.

Meril Rohan se encogió de hombros y siguió su camino.

Sklar Hast pensó en el asunto durante la mañana, y más tarde se acercó a Zander Rohan: un hombre tan alto como él mismo, con una gran mata de pelo blanco, una cuidada barba blanca, un par de penetrantes ojos grises, cutis rosado y modales de constante e irascible mal humor. Meril Rohan en nada se parecía al padre, salvo en el color de los ojos.

–He estado hablando con Meril –dijo Sklar Hast, que desconocía el tacto y la sutileza–. Me dijo que quieres que se case con Voiderveg.

–Sí –dijo Zander Rohan–. ¿Y qué?

–No hacen buena pareja. Tú conoces a Voiderveg: es corpulento, pomposo, complaciente, obstinado, estúpido...

–¡Un momento, un momento! –exclamó Rohan–. Es el Intercesor del Flotador Tranque! ¡Hace un gran honor a mi hija aceptando probarla!

–Humm... –Sklar Hast enarcó las cejas–. Me dijo que él había renunciado a probarla.

–Eso no puedo asegurarlo. Si así fuera, el honor sería aún mayor.

Sklar Hast aspiró hondo y tomó una dura decisión.

–Yo me casaré con ella –gruñó–. Renunciaré a la prueba. Haría mucho mejor pareja con ella.

Rohan dio un paso atrás mientras una antipática sonrisa le separaba los labios.

–¿Por qué habría de entregarla a un Embaucador ayudante si puede tener al Intercesor? ¡Sobre todo un hombre que se cree demasiado bueno para ella!

Sklar Hast se tragó la rabia.

–Soy Embaucador, como ella. ¿Quieres verla unida a un Gamberro?

–¿Qué diferencia hay? ¡Es el Intercesor!

–Te diré en qué consiste la diferencia –dijo Sklar Hast–. Él no puede hacer otra cosa que dar cabriolas para provecho del pez. Yo soy Maestro Embaucador Ayudante, no un simple Embaucador Ayudante. Conoces mi calidad.

Zander Rohan apretó los labios e hizo unos breves y enérgicos movimientos de cabeza.

–Conozco tu calidad... y no es lo que tendría que ser. Si esperas dominar tu oficio, más vale que manejes los interruptores con mayor precisión y que uses menos paráfrasis. Cuando llegues a una palabra que no sepas transmitir, comunícamelo y te la enseñaré.

Sklar Hast contuvo en la garganta las palabras que luchaban por salir. A pesar de su franqueza, no le faltaba control cuando las circunstancias lo exigían, como en ese momento. Cara a cara con Zander Rohan, sopesó la situación. Si quisiera, podría exigir que Zander Rohan defendiera su rango, y casi parecía que Rohan lo estaba desafiando: no lograba entender por qué, a menos que fuera cuestión de pura antipatía personal. Esas contiendas, otrora numerosas, eran ahora poco comunes, dado que, por dignidad, el perdedor tenía que renunciar a su estatus. Sklar Hast no tenía ningún interés en sacar de su posición a Zander Rohan, y no le importaba que lo sacaran a él de la suya... Dio media vuelta y se alejó del Maestro Embaucador, pasando por alto el desdeñoso resoplido que acababan de dirigirle.

Al pie de la torre se quedó mirando a través del follaje, sombríamente, sin ver. A pocos metros de distancia estaba la amplia casa de Zander Rohan, con sus tres cúpulas, y allí, debajo de una pérgola cubierta de borlas, estaba sentada Meril Rohan, tejiendo una tela blanca en el telar: la ocupación recreativa de toda mujer, de la infancia a la vejez. Sklar Hast fue hasta la valla de mimbre tejido que separaba el solar de Rohan del camino público. Meril saludó su presencia con una débil sonrisa y siguió tejiendo.

Sklar Hast habló con mesurada dignidad.

–He estado hablando con tu padre. Me opuse a la idea de tu matrimonio con Voiderveg. Le dije que yo mismo me casaría contigo. –Y se volvió para mirar por encima de la laguna–. Sin prueba.

–Vaya. ¿Y qué dijo mi padre?

–Dijo que no.

Meril no hizo ningún comentario y siguió tejiendo.

–La situación, tal como está, es ridícula –dijo Sklar Hast–. Típica de este flotador distante y atrasado. En Apprise e incluso en Sumber se te reirían en la cara.

–Si no te sientes bien aquí ¿por qué no te vas a otro lado? –preguntó Meril con una leve malicia en la voz.

–Lo haría si pudiera... ¡Dejaría todos estos insípidos flotadores! ¡Volaría a mundos lejanos! Si pensara que no son todos manicomios.

–Lee las Memorias y averígualo.

–Humm... Después de doce generaciones todo puede haber cambiado. Las Memorias son cosa de pedantes. ¿Para qué andar revolviendo las cenizas del pasado? Los Notarios no son más útiles que los Intercesores. Pensándolo bien, tú y Semm Voiderveg haréis una buena pareja. Mientras él pide bendiciones para el rey Kragen, tú puedes compilar una nueva y sorprendente serie de Analectas.

Meril dejó de tejer y se miró las manos frunciendo el ceño.

–¿Sabes una cosa? Creo que voy a hacer exactamente eso. –Se levantó y se acercó a la valla–. ¡Gracias, Sklar Hast!

Sklar Hast la miró con desconfianza.

¿Hablas en serio?

–Por supuesto. ¿Crees que soy capaz de no hacerlo?

–Nunca estoy seguro... ¿Para qué servirá una nueva serie de Analectas? ¿Qué problema hay con las viejas?

–Cuando se condensan sesenta y un libros en tres queda fuera mucha información.

–Vaguedad, ambigüedad, introspección: ¿tiene todo eso alguna utilidad?

Meril Rohan frunció los labios.

–Las contradicciones son interesantes. A pesar de las persecuciones que sufrieron, los Primeros expresan pesar por tener que abandonar el propio mundo.

–Tiene que haber habido alguna gente cuerda entre los locos –dijo Sklar Hast, pensativo–. Pero ¿qué importancia tiene? Han pasado doce generaciones; todo puede haber cambiado. Nosotros mismos hemos cambiado, y no para bien. Lo único que nos importa es la facilidad y la comodidad. Saciar nuestras necesidades. ¿Crees que los Primeros habrían danzado y dado brincos ante una bestia oceánica como es costumbre de tu futuro esposo?

Meril miró por encima del hombro de Sklar Hast; Sklar Hast se volvió y vio a Semm Voiderveg, el Intercesor, con las manos unidas en la espalda, la cabeza echada hacia adelante: un hombre maduro, corpulento, pero nada mal parecido, con rasgos regulares en un rostro un tanto redondo. Tenía piel clara y fresca, y ojos de un magnético marrón oscuro.

–¡Es impertinente hacer esos comentarios sobre el Intercesor! –dijo Semm Voiderveg en tono de reproche–. ¡Pienses lo que pienses de él como individuo, su cargo merece respeto!

–¿Qué cargo? ¿Qué haces?

–Intercedo en nombre de los habitantes del Flotador Tranque; obtengo para todos nosotros la benevolencia del rey Kragen. .

Sklar Hast soltó una ofensiva carcajada.

–Me gustaría saber si crees en tus propias teorías.

–«Teoría» es una palabra incorrecta –dijo Semm Voiderveg–. Son preferibles «ciencia» o «doxología» prosiguió con voz fría–. Los hechos son indiscutibles. El rey Kragen gobierna el océano, y nos da protección; a cambio, con mucho gusto le ofrecemos una recompensa. Esas son las condiciones de la Alianza.

La discusión estaba atrayendo la atención de otras personas del flotador; ya una docena de vecinos se había detenido a escuchar.

–Con toda seguridad nos hemos vuelto blandos y temerosos –dijo Sklar Hast–. Los Primeros apartarían la cara asqueados. En vez de protegernos, sobornamos a una bestia para que se ocupe de la tarea.

–¡Basta! –ladró Semm Voiderveg con repentina furia. Se volvió hacia Meril y señaló hacia la casa–. Entra... ¡No necesitas oír los disparates de este hombre! ¡Maestro Embaucador Ayudante! ¡Asombroso que haya ascendido tanto en el gremio!

Con una sonrisa un tanto vaga, Meril se volvió y entró en la casa. Su sumisión no sólo irritó a Sklar Hast, sino que lo asombró.

Con una última mirada de indignada reprobación, Semm Voiderveg entró tras ella.

Sklar Hast se volvió hacia la laguna y hacia su propia hoja. Uno de los hombres que se había detenido gritó.

–¡Un momento, Sklar Hast! ¿De veras crees que podríamos protegernos si el rey Kragen decidiera irse?

Por supuesto –contestó Sklar Hast–. ¡Podríamos, al menos, hacer el esfuerzo! Los intercesores no quieren cambios... ¿Por qué habrían de quererlos?

–¡Eres un alborotador, Sklar Hast! dijo una estridente voz femenina desde la parte posterior del grupo. ¡Te conozco desde que eras un niño, y siempre fuiste un perverso!

Sklar Hast atravesó el grupo, caminó en la penumbra hasta la laguna, subió a una barca y fue hasta su hoja.

Entró en la cabaña, se sirvió una copa de vino y salió con ella a sentarse en el banco. El cielo paradisíaco y las aguas tranquilas le calmaron los ánimos y, recordando su vehemente intervención, logró esbozar una sonrisa... hasta que fue a mirar las pérgolas desplumadas por el rey Kragen, con lo cual recuperó el malhumor.

Durante un rato miró los parpadeos, más consciente que nunca del precario estilo de Zander Rohan. Mientras se alejaba, notó un oscuro remolino en el agua al borde de la red: una mole negra rodeada por brillantes festones de agua iluminada por las estrellas. Se acercó al borde del flotador y miró con atención hacia la oscuridad. No había ninguna duda: ¡un kragen menor tanteaba la red que cercaba la Laguna Tranque!

2

Sklar Hast corrió atravesando la hoja, saltó a su barca y remó hasta el flotador central. Dedicó sólo el tiempo necesario a atar la barca a una estaca formada por un fémur humano, y después corrió a toda velocidad hasta la torre de señales. Una milla al oeste titilaban las lámparas de Thrasneck, de las que salían configuraciones con el inconfundible estilo de Durdan Farr, el Maestro Embaucador de Thrasneck: «... Trece... fanegas... de... sal... perdidas... cuando... una... barca... hizo... agua... entre... Sumber... y... Adelvine...»

Sklar Hast subió por la escalera e irrumpió en la cúpula. Zander Rohan volvió la cabeza y su sorpresa se transformó en hostilidad al ver a Sklar Hast. El rosado pálido de su cara se oscureció; los labios se entreabrieron; el pelo blanco se erizó y refulgió como si también se hubiera enfadado. Sklar Hast tuvo una fugaz sensación de que Zander Rohan había estado en

comunicación con Semm Voiderveg y que el indudable tema de la conversación había sido él mismo. Pero lo único que hizo fue señalar hacia la laguna.

-Hay un bribón rompiendo las redes. Acabo de verlo. ¡Llama al rey Kragen!

Zander Rohan olvidó instantáneamente el rencor y transmitió la señal. Pasó los dedos por las varillas y soltó los disparadores: «¡Llamad... al... rey... Kragen!», transmitió. «¡Bribón... en... Laguna... Tranque!»

En el Flotador Thrasneck Durdan Farr transmitió el mensaje a la torre del Flotador Bickle; desde allí siguió circulando por la hilera de flotadores hasta Sciona, en el extremo occidental, que enseguida devolvió la señal: «El... rey... Kragen... no... aparece... por... ninguna... parte...» El mensaje regresó saltando de torre en torre hasta el Flotador Tranque en menos de doce minutos.

Sklar Hast no se había quedado a esperar el mensaje de respuesta. Bajó por la escalera y corrió regresando a la laguna. El kragen había roto parte de la red y ahora estaba metido en la abertura, arrancando esponjas de una pérgola cercana. Sklar Hast se abrió paso entre la gente que observaba con temor.

-¡Basta! ¡Basta! -gritó Sklar Hast, agitando los brazos-. ¡Fuera de ahí, sombría bestia negra!

El kragen no le hizo ningún caso y con insultante seguridad siguió arrancando esponjas y llevándoselas a las fauces. Sklar Hast sacó un pesado nudo de un tallo de la planta marina y lo arrojó a la torrecilla, golpeando el tubo ocular delantero. El kragen retrocedió, moviendo con furia las paletas. La gente del flotador, inquieta, se puso a murmurar, aunque algunos se reían con gran satisfacción. .

-¡Así hay que tratar al kragen! -dijo exultante Irvin Belrod, un viejo y arrugado Publicista. ¡Dale otro golpe!

Sklar Hast recogió un segundo nudo pero alguien le agarró el brazo: Semm Voiderveg, que habló con voz aguda:

-¿Qué actos desaprensivos estás cometiendo? Sklar Hast se soltó el brazo.

-Mira y verás.

Se volvió hacia el kragen, pero Voiderveg se le interpuso en el camino.

-¡Eso es arrogancia! ¿Has olvidado la Alianza? El rey Kragen ha sido notificado; que él se ocupe de esa molestia. ¡Es prerrogativa suya!

-¿Mientras la bestia destruye nuestra red? ¡Mira!

Sklar Hast señaló por encima del agua hacia la Torre de Thrasneck, que en ese momento estaba transmitiendo el mensaje: «El... rey... Kragen... no... aparece... por... ninguna... parte...»

Semm Voiderveg asintió con un rígido movimiento de cabeza.

-Enviaré un aviso a todos los Intercesores y el rey Kragen será convocado.

-Convocado ¿cómo? ¿Llamando por la noche con lámparas sostenidas en lo alto?

-Ocúpate de tus trampas -dijo Semm Voiderveg en el tono más gélido-. Los Intercesores se ocuparán del rey Kragen.

Sklar Hast se volvió y arrojó el segundo nudo, que golpeó a la bestia en las fauces. La bestia, irritada, soltó un silbido, golpeó el agua con las paletas, terminó de romper la red y entró en la laguna. Allí, con sus cinco metros de largo, flotó de un lado a otro, retumbando y silbando.

-¡Mira lo que has logrado! -gritó Semm Voiderveg con voz estridente-. ¿Estás satisfecho? Ahora la red está rota sin remedio.

Todos se volvieron para mirar al kragen, que agitaba las paletas y surcaba el agua, caricatura de un hombre dando brazadas. La luz de las estrellas bailaba y saltaba por el agua agitada, recortando la escurridiza masa negra. Sklar Hast gritó con furia: la bestia había ido directamente a sus pérgolas, que poco tiempo antes habían sido devastadas por el apetito del rey Kragen. Corrió a la barca y se impulsó hasta su hoja. El kragen ya había extendido los palpos y tanteaba buscando esponjas. Sklar Hast buscó un implemento que pudiera servir de arma; no había nada a su alcance: algunos objetos modelados a partir de huesos humanos y

cartílagos de pez, un balde de madera, una estera de fibra tejida.

Apoyado contra la cabaña había un bichero, un tallo de algo más de tres metros de largo, cuidadosamente enderezado, raspado y estacionado, al que habían atado una costilla humana con forma de gancho. Lo agarró, y de la hoja central llegó el grito de protesta de Semm Voiderveg.

-¡Sklar Hast! ¿Qué haces?

Sklar Hast no le prestó atención. Corrió hasta el borde de la hoja y pinchó con el bichero la torrecilla del kragen, raspando inútilmente el elástico cartílago. El kragen levantó un palpo y apartó la pértiga. Sklar Hast empujó con toda su fuerza contra lo que consideraba el punto más vulnerable del kragen: una suave zona de terminaciones receptoras encima de las fauces. Detrás, oyó la indignada protesta de Semm Voiderveg:¡Eso no se debe hacer! ¡Basta! ¡Basta!

El kragen se estremeció al sentir el golpe y torció la maciza torrecilla para mirar a Sklar Hast. Levantó la paleta delantera, lanzándola hacia Sklar Hast, que saltó hacia atrás esquivando el golpe por centímetros. Desde la hoja central, Semm Voiderveg vociferó:

-No molestes al kragen. ¡De eso tiene que encargarse el rey! ¡Debemos respetar la autoridad del rey!

Furioso, Sklar Hast dio un paso atrás mientras el kragen volvía a comer. Como para castigar a Sklar Hast por su agresión, pasó junto a las pérgolas, movió las paletas y las pérgolas -tallos de planta marina atados con fibra- se derrumbaron. Sklar Hast soltó un gruñido.

- Es lo que te mereces -gritó Semm Voiderveg con odiosa complacencia-. Interferiste en los derechos del rey Kragen... y ahora tienes las pérgolas destruidas. Eso es justicia.

–¿Justicia? ¡Bah! -rugió Sklar Hast-. ¿Dónde está el rey Kragen? Alimentamos a esa bestia glotona. ¿Por qué no está a mano cuando lo necesitamos?

Vamos -lo reprendió Semm Voiderveg-. ¡Ése no es el tono para hablar del rey Kragen!

Sklar Hast palpó entre las sombras, recuperó el bichero y descubrió que el hueso estaba roto, y que había quedado una punta afilada. Con todas sus fuerzas, Sklar Hast empujó contra el ojo del kragen. La punta resbaló por la lente hemisférica y se clavó en el tejido circundante. El kragen se encorvó, saltó fuera del agua, cayó ruidosamente y se hundió perdiéndose de vista. Unas olas atravesaron la laguna, reflejándose en los flotadores circundantes, y finalmente las aguas se aquietaron. La laguna recuperó la calma.

Sklar Hast se unió al grupo que miraba el agua. -¿Está muerto? -preguntó un tal Morgan Resly, un Estafador de buena reputación.

-No tenemos esa suerte -gruñó Sklar Hast-. Quizá la próxima vez...

- La próxima vez... ¿qué? -preguntó Semm Voiderveg.

-La próxima vez lo mataré.

- ¿Y qué pasará con el rey Kragen, que se reserva estas acciones?

-Todo eso al rey Kragen le importa un bledo -dijo Sklar Hast-. Salvo que si nos acostumbráramos a matar kragen, podrían empezar a ocurrírsenos cosas similares para hacer con él.

Semm Voiderveg emitió un sonido gutural, levantó las manos, dio media vuelta y se marchó rápidamente.

Poe Belrod, Anciano nominal del clan Belrod, aunque Irvin lo superaba en edad, preguntó a Sklar Hast: -¿De veras puedes matar un kragen?

-No lo sé -dijo Sklar Hast-. No lo había pensado... hasta ahora.

- Son bestias duras. -Poe Belrod movió la voluminosa cabeza en señal de duda-. Y después tendríamos que cuidarnos de la furia del rey Kragen.

- Es algo que hay que pensar -dijo Sklar Hast. Entonces habló Timmons Valby, un Chantajista:

- ¿Por qué tiene que enterarse el rey Kragen? No puede estar simultáneamente en todas partes.

-¡Él sabe, él sabe todo! -declaró un viejo y nervioso Pirómano-. Todo anda bien en los flotadores, y no debemos causar pena y aflicción por orgullo; recuerda la Máxima de Kilborn en las Analectas: «¡El orgullo precede a una caída!»

-Sí, tienes razón, pero recuerda la Máxima de Baxter: «¡Los justos no conocerán el mal, pero los malvados sufrirán daño!»

El grupo se quedó en silencio un momento, mirando por encima de la laguna, pero el kragen no reapareció.

-Se ha abierto paso por el fondo y se ha ido -dijo Morgan Resly, el Estafador.

El grupo poco a poco se dispersó. Unos se fueron a sus cabañas, otros a la Taberna Tranque, una estructura larga provista de mesas, bancos y un mostrador donde se podía tomar vino y almíbar y comer pastel picante y pez pimienta. Sklar Hast se unió a este último grupo, pero se sentó a un lado con aire taciturno mientras se discutían los aspectos de los sucesos del atardecer. Todo el mundo aborrecía con vehemencia al kragen bribón, pero algunos cuestionaban el método usado por Sklar Hast. Jonas Serbano, un Desfalcador, consideraba que Sklar Hast había actuado de manera algo precipitada.

-En este tipo de asuntos, donde está implicado el rey Kragen, todos debemos consultar. Es preferible la sabiduría de muchos a la precipitada irreflexión de uno, por grande que sea la provocación.

Las miradas se centraron en Sklar Hast, pero él no respondió, y le tocó a uno de los Belrod más jóvenes señalar:

-Eso está muy bien, pero cuando todo el mundo termina de discutir y debatir, las esponjas ya fueron comidas y no están.

-¡Vale más perder una pérgola de esponjas que incurrir en el desagrado del rey Kragen! -contestó Jonas Serbano en tono cortante-. El mar y todo lo que allí dentro sucede le pertenece; si invadimos su reino, lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo.

El joven Garth Gasselton, de la casta de los Chantajistas pero de profesión limpiador de hojas, habló con el fervor idealista de la juventud.

-¡En condiciones ideales, seríamos los amos de todo: los flotadores, la laguna y el mar entero! Entonces las esponjas serían nuestras ¡No tendríamos que doblegarnos ante nada!

En una mesa, del otro lado de la sala, estaba sentado Ixon Myrex, el Arbitro de Tranque, un Desfalcador de gran presencia física y convicción moral. Hasta este momento no había participado en la conversación, apartando la abultada cabeza para dar a entender su deseo de intimidad. Entonces se volvió despacio y clavó una mirada un poco torva en el joven Garth Gasselton.

-Hablas sin pensar. ¿Acaso somos tan omnipotentes que podemos mirar hacia el mar, hacer una seña con la mano y ver cumplidas todas nuestras órdenes? Debes reconocer que la comodidad y la abundancia no son atributos naturales ni algo que nos pertenezca legítimamente, sino ventajas de la naturaleza más provisoria imaginable. En resumen, existimos gracias a la indulgencia del rey Kragen, y nunca debemos perder de vista ese hecho.

El joven Gasselton se quedó mirando la copa de almíbar, pero el viejo Irvin Belrod no se turbaba con tanta facilidad.

-Te diré una cosa que olvidas, Árbitro Myrex. El rey Kragen es lo que es porque nosotros lo hicimos así. Al comienzo era un kragen normal, quizá un poco mayor y más listo que los demás. Es lo que es hoy porque alguien cometió el error de someterse a él. Ahora el error está hecho, y no te discuto que el rey Kragen es sabio y listo y a veces nos sirve ahuyentando a los bribones... pero ¿adónde nos conducirá todo eso?

Wall Bunce, un viejo Ratero lisiado a causa de una caída de las vergas de la torre Tranque, levantó un dedo enérgico.

-No olvidéis nunca la Máxima de Cardinal en las Analectas: «A quien esté dispuesto a dar, jamás le faltará alguien dispuesto a recibir.

Entraron en la taberna Semm Voiderveg y Zander Rohan. Se sentaron al lado de Ixon Myrex: los tres hombres más influyentes del flotador. Después de saludar a Voiderveg y a

Rohan, Ixon Myrex regresó junto a Wall Bunce.

-No me cites las Analectas porque puedo contestarte con otra cita: «¡El tonto más flagrante es el hombre que no sabe cuándo está bien económicamente!»

-Te doy ésta: «Si empiezas una pelea con las manos en los bolsillos, tendrás manos calientes pero nariz ensangrentada!» -dijo Wall Bunce.

Ixon Myrex echó hacia adelante la barbilla. -No tengo intención de citar Máximas toda la tarde, Wall Bunce.

-No es una manera muy elegante de ganar una discusión -comentó Irvin Belrod.

-Yo no estoy discutiendo nada -declaró Ixon Myrex-. Es un tema demasiado básico; afecta el bienestar de Tranque y de todos los flotadores. ¡No puede haber dos posturas ante un tema tan fundamental como éste!

-Mira -protestó un joven Notario-. ¡Eludes la cuestión! Todos estamos a favor de la prosperidad y el bienestar. Estamos enfrentados porque definimos «bienestar» de manera diferente.

Ixon Myrex se miró el caballete de la nariz.

- El bienestar del Flotador Tranque no es un tema tan abstruso -dijo-. Lo único que necesitamos es abundancia de comida y respeto a las instituciones establecidas por hombres sabios del pasado.

Semm Voiderveg, mirando el vacío, habló en tono amenazador.

-Esta noche cometió un acto sumamente precipitado un hombre que debería tener mejor criterio. No entiendo la mentalidad de alguien que con tanta arrogancia toma por sí mismo una decisión que concierne al bienestar de todo el flotador.

Finalmente, Sklar Hast se dio por aludido. Ahogó una risita sarcástica.

- Yo entiendo muy bien tu mentalidad. Si no fuera por el rey Kragen, tú tendrías que trabajar como los demás. Has conseguido una sinecura y no quieres cambiar ni un detalle, aunque eso implique degradación y privaciones.

- ¿Privaciones? ¡Hay abundancia de todo! ¿Y degradación? ¿Te atreves a usar la palabra para referirte a mí o al Árbitro Myrex o al Maestro Embaucador Rohan? ¡Te aseguro que nada hay más ajeno a esos hombres que la degradación, y pienso que la imputación les molesta tanto como a mí! Sklar Hast sonrió..

- Hay una máxima para eso: «Si el zapato te queda cómodo, úsalo.»

Zander Rohan estalló.

-¡Esto es excesivo! ¡Sklar Hast, deshonras a tu casta y tu profesión! No puedo alterar las condiciones de tu nacimiento, pero por suerte soy maestro de mi oficio. ¡Te aseguro que tu carrera de Embaucador ha terminado!

-Bah -dijo Sklar Hast con desprecio-. ¿Por qué motivo?

- ¡Vileza de carácter! -rugió Zander Rohan-. ¡Sabes que esa figura está en las normas!

Como antes, Sklar Hast se quedó un largo rato estudiando a Zander Rohan. Lanzó un suspiro y tomó la decisión.

-También hay un pasaje según el cual un hombre será maestro de un oficio sólo mientras demuestre una competencia suprema. Desafío no sólo tu derecho a juzgar a alguien sino tu rango de maestro de oficio.

El silencio se apoderó de la taberna. Zander Rohan habló con voz entrecortada.

-¿Crees que puedes superarme manejando las señales?

-A cualquier hora del día o de la noche. -¿Por qué no pusiste antes de manifiesto esa tan cacareada habilidad?

-Si quieres que te diga la verdad, porque no deseaba humillarte.

Zander Rohan descargó un puñetazo en la mesa.

- Muy bien. Veremos quién será el humillado. ¡Acompáñame a la torre!

Sklar Hast, sorprendido, enarcó las cejas.

-¿Tienes mucha prisa?

-Tú dijiste: «A cualquier hora del día o de la noche.»

- Como quieras. ¿Quién será el juez?

- El Arbitro Myrex, por supuesto. ¿Quién, si no?

-El Arbitro Myrex estará bien, siempre y cuando tengamos a otros para llevar la cuenta del tiempo y anotar los errores.

- Nombro a Semm Voiderveg, que lee con gran facilidad.

Sklar Hast señaló a otras personas que había en la habitación, personas que, sabía, tenían buena vista y eran hábiles para leer guiños.

-Rubal Gallager... Freeheart Noe... Herlinger Showalter. Los nombro para leerlos guiños y anotar los errores.

Zander Rohan no puso ninguna objeción; toda la gente que estaba en la taberna se levantó y cruzó hasta la torre.

El espacio debajo de la torre estaba cercado por una pared de mimbre y piel de hoja barnizada. En el primer nivel había un cobertizo dedicado a practicar con mecanismos; en el segundo había un depósito: tapas de repuesto, aceite para las lámparas, cuerdas de conexión y registros; en el tercer nivel y en el cuarto se alojaban Aprendices, Embaucadores ayudantes en servicio y los Rateros de mantenimiento.

Zander Rohan y Sklar Hast entraron en tropel en el primer nivel, seguidos por aquellos a quienes habían nombrado jueces, y diez o doce más: hasta que se llenó el cobertizo. Se levantaron las lámparas, se apartaron los bancos, se abrieron los postigos de las ventanas para la ventilación.

Zander Rohan fue a la más nueva de las dos máquinas de práctica, pasó los dedos por las llaves, soltó el disparador. Arrugó el ceño, echó hacia adelante el mentón y fue a la máquina más vieja, que estaba más desajustada y era más fácil pero tenía mucho más juego. La máquina más ajustada exigía más esfuerzo pero permitía mayor velocidad. A los aprendices que miraban desde el segundo nivel les indicó:

-Tenéis que aceitar, lubricar las conexiones. ¿Es así cómo mantenéis el equipo?

Los aprendices se apresuraron a obedecer.

Sklar Hast pasó los dedos por las llaves de ambas máquinas y decidió usar la más nueva, si podía elegir. Zander Rohan fue hasta el otro extremo de la habitación, donde consultó algo en voz baja con Ixon Myrex y Semm Voiderveg. Los tres se volvieron y miraron a Sklar Hast, que estaba esperando sin inmutarse. El antagonismo flotaba en el ambiente.

Ixon Myrex y Semm Voiderveg se acercaron a Sklar Hast.

-¿Tienes alguna condición o excepción que hacer?

-Quiero oír vuestra propuesta -dijo Sklar Hast-. Después diré cuáles son mis condiciones o mis excepciones.

-No proponemos nada fuera de lo común... en realidad, una prueba similar a las del Torneo de Aumerge durante el Año de la Campaña de Waldemar.

Sklar Hast hizo una seca reverencia.

-¿Cuatro selecciones de las Analectas?

-Exacto.

- ¿Qué selecciones?

- Quizá lo más conveniente sea algunos ejercicios de aprendices, y no creo que el Maestro Rohan se oponga.

-Yo tampoco. Los ejercicios de aprendices bastarán.

- Propongo que usemos el sistema de puntuación de los torneos: el mejor resultado se multiplica por cincuenta, el siguiente por treinta, el siguiente por veinte, el peor por diez. Eso asegura que el mejor esfuerzo recibirá la máxima puntuación.

Sklar Hast se quedó pensando. Ese sistema tendía a favorecer los esfuerzos del operador nervioso o irregular, mientras que perjudicaba al operador más seguro y constante. Pero dadas las circunstancias, no había mucha diferencia: ni él ni Zander Roban destacaban por violentos estallidos de velocidad.

- Estoy de acuerdo. ¿Qué pasará con los errores de transmisión?

-Cada error sumará tres segundos a la puntuación.

Sklar Hast accedió. Hubo más intercambio de ideas de naturaleza técnica, para definir qué se entendía por error, cómo se debían anotar y calcular los errores según el funcionamiento del reloj.

Finalmente terminaron de abordar todas las contingencias posibles. Eligieron los textos: los ejercicios 61, 62, 63, 64, todos extractos de las Analectas, que a su vez provenían de los sesenta y un volúmenes de las Memorias.

Antes de aprobar los ejercicios, Zander Rohan se puso las gafas que había empezado a usar últimamente -dos lentes de resina clara, derretida, vaciada en un molde y puesta en marcos- y leyó con atención los ejercicios. Sklar Hast hizo lo mismo, pero por su trabajo con los aprendices estaba muy familiarizado con ellos. Los concursantes podían usar cualquiera de las máquinas, y ambos eligieron la nueva. Los dos hombres se turnarían después de transmitir un ejercicio, y Zander Rohan dio a entender que deseaba que fuera Sklar Hast el primero en enviar las señales.

Sklar Hast fue a la máquina, colocó delante el ejercicio 61, estiró los dedos morenos, probó el funcionamiento de las llaves y las varillas. Del otro lado de la habitación estaban sentados los jueces, mientras el Árbitro Myrex controlaba el reloj. En ese momento se abrió la puerta y Meril Rohan entró en el cobertizo.

Zander Roban hizo un movimiento perentorio al que ella no prestó atención. El Intercesor Voiderveg frunció el ceño y levantó un dedo admonitorio, al que ella hizo todavía menos caso. Sklar Hast miró en aquella dirección y se encontró con la mirada brillante de Meril Rohan, y no supo qué emoción había allí: ¿Desprecio? ¿Aversión? ¿Diversión? Casi daba lo mismo.

-¡Listo! -gritó Ixon Myrex. Sklar Hast se inclinó hacia adelante, con las manos fuertes y los dedos tensos y preparados-. ¡Empieza!

Las manos de Sklar Hast golpearon las llaves; el pie soltó el disparador. La primera configuración, la segunda, la tercera. Sklar Hast transmitía con par

simonia, aflojándose poco a poco, dejando que su natural ritmo muscular aumentara la velocidad.

... aunque pudiéramos comunicarnos con los Mundos de Origen, no sé si ahora lo haríamos. Haciendo caso omiso del inevitable proceso que vendría a continuación (debido a nuestro singular origen) y, como digo, sin siquiera tener eso en cuenta, hemos ganado aquí algo que ninguno de nosotros había conocido: una sensación de logro en un nivel diferente de lo que llamaría «manipulación social». En términos generales somos felices en los flotadores. Hay, naturalmente, mucha añoranza, nostalgia, lamentos vanos: ¿cómo se podría haber evitado esto? ¿Habría sido menos doloroso en Nuevo Ossining? Ésa es una cuestión que todos hemos discutido sin llegar a ninguna conclusión. El hecho es que todos parecemos enfrentar la realidad de nuestra nueva vida con una fortaleza de ánimo y una ecuanimidad de la cual quizá no nos creíamos capaces.

-¡Fin! -dijo Sklar Hast.

Ixon Myrex consultó el reloj.

-Ciento cuarenta y seis segundos.

Sklar Hast se apartó de la máquina. Un buen tiempo, aunque no deslumbrante, y lejos de lo que podía hacer.

-¿Errores? preguntó.

-Ningún error -declaró Rubal Gallager.

El tiempo establecido para ese fragmento era de ciento cincuenta y dos segundos, lo que le daba una puntuación de 6/162, o menos 3,95 por ciento.

Zander Rohan se colocó delante de la máquina y al recibir la señal se puso a transmitir con su frágil estilo habitual. Sklar Hast prestó mucha atención, y tuvo la sensación de que el Maestro Embaucador hacía parpadear la máquina de manera más pausada que de costumbre.

El tiempo de Zander Roban fue de ciento cuarenta y cinco segundos; no cometió errores, y su puntuación fue de menos 4,21. Se apartó con el esbozo de una sonrisa. Sklar Hast miró de reojo a Meril Rohan, sólo por curiosidad, o al menos eso es lo que se dijo. La cara de la muchacha no revelaba nada.

Colocó delante el ejercicio 62. Ixon Myrex dio la señal; las manos de Sklar Hast se pusieron en movimiento. Ahora estaba cómodo y flojo, y sus dedos funcionaban como pistones.

El ejercicio 62, lo mismo que el 61, era un extracto del Memorium de Leonor Morse:

Cien veces hemos analizado el que a mi parecer es quizá el aspecto más asombroso de nuestra nueva comunidad en los flotadores: la sensación de confianza, de interacción, de responsabilidad mutua. Quién podría haber imaginado que de un grupo con antecedentes tan diversos, con desventajas iniciales tan grandes (no me atrevo a conjeturar si innatas o adquiridas) podría salir una sociedad tan apacible, tan ordenada y tan alegre. Nuestro líder electo es, como yo misma, un desfalcador. Algunos de nuestros trabajadores más incansables y sacrificados fueron malversadores, gamberros, matones: sería imposible superar la vida pasada de esos individuos. La situación, claro está, no es unánime, pero en un grado asombroso los viejos hábitos y actitudes han sido reemplazados por un sentido positivo de participación en la vida de algo mayor que uno mismo. Para la mayoría de nosotros es como si hubiéramos recuperado una juventud perdida o, por cierto, una juventud que nunca habíamos conocido.

-¡Fin! -anunció Sklar Hast.

Ixon Myrex detuvo el reloj.

-Tiempo: ciento ochenta y dos segundos. Tiempo normal: doscientos segundos. ¿Errores? Ninguno.

La puntuación de Sklar Hast era de un valioso menos 9. Zander Rohan hizo todo a una pasmosa velocidad, terminando en ciento setenta y nueve nerviosos y entrecortados segundos, pero cometió por lo menos dos errores. Rubal Gallager y Herlinger Showalter aseguraron haber detectado una vacilación suficiente en una tapa de una esquina como para calificarla de tercer error, pero Freeheart Noe no se había dado cuenta, y tanto Semm Voiderveg como Ixon Myrex insistieron en que la configuración había sido claramente transmitida. No obstante, con un castigo de seis segundos, su tiempo pasó a ser de ciento ochenta y cinco con una puntuación de 15/200 o menos 7,50 por ciento.

Sklar Hast encaró el tercer ejercicio con seriedad. Si lograba una buena puntuación, Zander Rohan, ya tenso, podía llegar a arruinar el suyo.

Se acomodó ante los mandos.

-¡Comienza! -dijo Ixon Myrex. Y los dedos de Sklar Hast volvieron a golpear las varillas. El ejercicio era del Memorium de Wilson Snyder, un hombre cuya casta no estaba consignada:

Han transcurrido casi dos años y no hay duda de que somos un grupo ingenioso. Inventiva, actitud alerta, habilidad para improvisar: éstas son nuestras características. O, como dirían nuestros detractores, una humilde astucia simiesca. Pues que así sea. Otro rasgo afortunadamente común a todos (o casi todos) nosotros es un sentido bien desarrollado de la resignación, o quizá la palabra correcta sea fatalismo, ante circunstancias que no podemos controlar. Por lo tanto somos un grupo mucho más feliz que un grupo similar de, digamos, músicos o científicos o incluso agentes de policía. No es que falten representantes de esas profesiones en nuestra pequeña banda. Jora Alvan: flautista consumada. James Brunet: profesor de ciencias físicas en la Universidad del Sudeste. Howard Gallagher: policía de alto rango. Y yo... ¡pero no! Me adhiero a mi propia determinación y no diré nada de mi vida pasada. ¿Modestia? ¡Ojalá pudiera alegar eso!

-¡Fin!

Sklar Hast respiró hondo y se apartó de la máquina. No miró hacia Zander Rohan: hacerlo habría sido una forma perversa de regodeo. Pues acababa de usar la máquina con la mayor rapidez que permitía su mecanismo. Ningún hombre vivo podría haber producido aquellos guiños con tanta velocidad, con un ritmo más potente.

Ixon Myrex consultó el reloj.

-Tiempo: ciento setenta y dos segundos -dijo de mala gana-. Tiempo normal... Esto parece incorrecto. ¿Doscientos ocho?

-Doscientos ocho es correcto -dijo Rubal Gallager con sequedad-. No hubo errores.

Ixon Myrex y Semm Voiderveg se mordieron el labio. Freeheart Noe calculó la puntuación: ¡36/208, o un notable menos 17,3!

Zander Rohan se adelantó con valentía y se colocó ante la máquina.

-¡Comienza! -dijo Ixon Myrex con una voz que se quebraba de tensión. Y los dedos de Zander Rohan, en otro tiempo precisos, se agarrotaron de miedo y tensión, y su cuidadoso ritmo titubeó. En la habitación todos estaban tiesos y avergonzados.

Finalmente Ixon Myrex dijo:

-¡Fin!

Ixon Myrex miró el reloj. Doscientos un segundos.

-Hubo dos errores -dijo Semm Voiderveg.

Rubal Gallager empezó a hablar y de repente calló. Había notado al menos cinco ejemplos que un observador exigente -como el propio Zander Rohan- podría haber caracterizado como errores. Pero el certamen era claramente desigual. Doscientos un segundos y seis segundos de castigo le dieron a Zander Rohan una puntuación de 1/208 o menos 0,48.

El cuarto ejercicio pertenecía al Memorium de Hedwig Swin, que, como Wilson Snyder, guardaba reserva en cuanto a su casta.

Ixon Myrex preparó el reloj con dedos involuntarios y dio la señal de arranque. Sklar Hast empezó a transmitir con facilidad, sin esfuerzo, y las configuraciones salieron en un flujo rápido y seguro:

¡Un mundo suave y bello! Un mundo de clima inigualable, indescriptible belleza, un mundo de agua y cielo, sin (que yo sepa) un centímetro cuadrado de tierra firme. A lo largo del ecuador, donde crecen las plantas de mar, el océano debe de ser comparativamente poco profundo, aunque nadie ha sondado el fondo. Es casi seguro que este mundo no será nunca marcado y ensuciado por una civilización industrial, lo cual, claro está, me parece estupendo. Sin embargo, me habría gustado ver una o dos lenguas de tierra: una buena montaña con rocas y árboles hundiendo las raíces en la tierra, un trecho de playa, algunos prados, campos y huertos. Pero a veces no se puede elegir, y comparado con nuestro destino original este mundo es el paraíso.

-¡Fin!

-Tiempo: ciento cuarenta y uno. Tiempo normal: ciento sesenta -dijo Ixon Myrex lacónicamente.

Zander Rohan tenía todo perdido. Para ganar tendría que obtener una puntuación de veinticinco o treinta, o quizá aún más alta. Sabía que no podía lograr ese resultado y se puso a transmitir sin esperanzas y sin tensión, y logró la puntuación más alta de la prueba: un notable menos 12,05. No obstante había perdido, y ahora, siguiendo la costumbre del gremio, debía renunciar a su puesto y dar paso a Sklar Hast.

Le costaba decir las palabras. Meril dio media vuelta y salió del edificio.

Zander Rohan finalmente se volvió hacia Sklar Hast. Había empezado a graznar una admisión formal de derrota cuando Semm Voiderveg se adelantó, tomó del brazo a Zander Rohan y lo llevó aparte.

Habló en tono apremiante mientras Sklar Hast observaba con una sonrisa sarcástica. Ixon Myrex entró en la conversación y la siguió con un gesto dubitativo. A Zander Rohan se lo veía menos erguido que de costumbre, con la mata de pelo blanco caída y la barba torcida. De vez en cuando movía negativamente la cabeza objetando sin demasiado énfasis las exhortaciones de Semm Voiderveg.

Pero Semm Voiderveg se salió con la suya y se volvió hacia Sklar Hast.

-Hemos encontrado un serio defecto en la prueba. Temo que no se la puede validar.

-¿De veras? -preguntó Sklar Hast-. ¿Y en qué consiste?

-Parece que tú trabajas diariamente con estos ejercicios mientras instruyes a los aprendices. En resumen, has practicado estos ejercicios de manera intensiva, y por lo tanto el certamen no es justo.

-Tú mismo seleccionaste los ejercicios.

-Quizá sea cierto. Pero tenías la obligación de informarnos de tu familiaridad con estos materiales.

-La pura verdad -dijo Sklar Hast- es que no estoy familiarizado con los ejercicios, y no los he practicado desde que era aprendiz.

Semm Voiderveg movió negativamente la cabeza.

-Me resulta imposible creerlo. En primer lugar, me niego a validar los resultados de este supuesto certamen, y creo que el Árbitro Myrex siente el mismo asco y la misma indignación.

Zander Rohan tuvo la cortesía de croar una protesta.

-Dejemos los resultados tal como están. No puedo explicar esa puntuación.

-¡De ninguna manera! exclamó Semm Voiderveg-. Un Maestro Embaucador debe ser un hombre de total probidad. ¿Acaso queremos que ocupe ese augusto puesto un...?

-Cuidado con tus palabras, Intercesor -dijo Sklar Hast con voz suave-. Las penas por calumnia son estrictas, como te podrá informar el Árbitro Myrex.

-La calumnia sólo existe si falta la verdad o si hay malicia. A mí sólo me preocupa el bienestar del Flotador Tranque y la conservación de la moral tradicional. ¿Es calumnia que te denuncie como simple fullero?

Sklar Hast dio un lento paso adelante, pero Rubal Gallager le, aferró el brazo. Sklar Hast se volvió hacia el Árbitro Myrex.

¿Y tú, como Árbitro, qué dices de todo esto? Ixon Myrex tenía la frente húmeda.

-Quizá tendríamos que haber usado otros textos para la prueba. Sin embargo, tú no participaste en la selección.

A un lado estaban dos o tres miembros del clan Belrod, buzos de profundidad, especializados en tallos y mimbres, de la casta de los Publicistas, generalmente propensos a una grosera y hosca vulgaridad. Poe Belrod, el Anciano de la Casta, un hombre rechoncho, de

rasgos marcados, se palmeó el muslo con indignación.

-Árbitro Myrex, es evidente que no puedes suscribir una posición tan claramente arbitraria y tendenciosa. ¡Recuerda que se te elige para decidir asuntos basándote en la justicia y no basándote en la ortodoxia!

Ixon Myrex se enfureció.

-¿Pones en duda mi integridad? El Intercesor me informó de un abuso; parece una objeción real, aunque desafortunada, y declaro inválido el certamen. Zander Roban sigue siendo Maestro Embaucador.

Sklar Hast empezó a hablar, pero en ese momento resonó un grito fuera del cobertizo:

-¡El kragen ha regresado! ¡El kragen nada en la laguna!

3

Sklar Hast salió y corrió hasta la laguna, seguido por quienes habían presenciado la prueba.

Flotando en el centro de la laguna estaba la mole negra del kragen, haciendo remolinos en el agua con las paletas. Durante un rato los ojos delanteros contemplaron el gentío que se había reunido en el flotador principal y después empezó a avanzar, haciendo chasquear las mandíbulas con expresivo énfasis. No se podía saber con seguridad si había reconocido a Sklar Hast; no obstante nadó hacia donde él estaba, y de repente se dio un impulso con las paletas y se lanzó a toda velocidad, echando una ola por encima del borde de la hoja. Al chocar contra el borde alargó una paleta y la punta chata pasó rozando el pecho de Sklar Hast, que retrocedió tambaleándose, sorprendido y asustado, y tropezó con un arbusto y cayó.

Cerca de allí sonó la risa ahogada de Semm Voiderveg.

–¿Es éste el kragen que tan seguro estabas de poder matar?

Sklar Hast se levantó y se quedó mirando en silencio el kragen. La luz de las estrellas destellaba en el lomo negro y aceitoso como si estuviera cubierto de raso. El kragen giró hacia un lado y empezó a tirar con gran energía de una pérgola de esponjas que resultó ser propiedad de los Belrod, y Poe Belrod se puso a gritar soltando una serie de amargas maldiciones.

Sklar Hast miró alrededor. Allí cerca había por lo menos cien habitantes del Flotador Tranque.

–La vil bestia marina nos saquea –señaló–. ¡Yo digo que deberíamos matarla, y lo mismo a los demás kragen que intentan devorar nuestras esponjas!

Semm Voiderveg emitió un graznido agudo.

–¿Estás loco? ¡Que alguien eche agua fría a este Embaucador demente, que ha estado demasiado tiempo concentrado mirando las luces!

En la laguna, el kragen desgarraba insaciablemente las mejores esponjas de los Belrod, mientras los Belrod emitían una serie de gritos angustiados.

–¡Digo que hay que matar a la bestia! –gritó Sklar Hast–. El rey nos saquea. A pesar de eso ¿debemos alimentar a todos los kragen del océano?

–¡Matar a la bestia! –repitieron los Belrod más jóvenes.

Semm Voiderveg gesticulaba muy excitado, pero Poe Belrod lo apartó de un empujón.

–Calla, déjanos oír al Embaucador. ¿De qué manera podríamos matar a los kragen? ¿Es posible?

–¡No! –gritó Semm Voiderveg–. ¡Claro que no es posible! ¡Ni sabio ni correcto! ¿Qué me dices de nuestra alianza con el rey Kragen?

–¡Maldito sea el rey Kragen! –exclamó Poe Belrod–. Oigamos al Embaucador. A ver, ¿se te ocurre alguna manera en que se pueda destruir al kragen?

Sklar Hast miró con recelo hacia la enorme mole negra, allí en la oscuridad.

Creo que sí. Un método que requiere la fuerza de muchos hombres.

Poe Belrod señaló con la mano a los que habían llegado a observar el kragen.

–Allí están.

Acompañadme –dijo Sklar Hast.

Echó a andar hacia el centro del flotador. Lo siguieron treinta o cuarenta hombres, la mayoría de ellos Estafadores, Publicistas, Villanos, Chantajistas y Rateros. Los demás, desconfiados, no se movieron de donde estaban.

Sklar Hast los llevó hasta una pila de postes para la construcción de un nuevo depósito. Cada poste, fabricado con mimbres estirados y unidos con pegamento, medía siete metros de largo por veinte centímetros de diámetro y combinaba la resistencia con la liviandad. Sklar Hast eligió un poste aún más grueso: el que se usaría como lomo del tejado.

–¡Sacad este poste y ponedlo sobre un caballete!

Mientras los hombres hacían lo que les había ordenado, miró alrededor y llamó por señas a Rudolf Snyder, un Noveno que sin embargo no era mayor que él y que pertenecía a la longeva casta de los Pirómanos, que ahora monopolizaban la preparación de la fibra y la colocación de las cuerdas y las trenzas.

–Necesito setenta metros de cabo grueso, lo bastante resistente como para levantar el kragen. Si no hay, tendremos que doblar una y otra vez una cuerda más pequeña para obtener el mismo resultado.

Rudolf Snyder pidió ayuda a cuatro de los hombres y sacaron cuerdas del depósito.

Sklar Hast trabajó con gran energía, preparando el poste según los planes que tenía.

–¡Ahora, arriba! ¡Hay que llevar todo al borde de la hoja!

Incitados por su urgencia, los hombres cargaron el poste a hombros y lo llevaron hasta cerca de la laguna, y allí, siguiendo instrucciones de Sklar Hast, lo descargaron apoyando un extremo en la dura fibra de una costilla. El otro extremo, al que habían atado dos cuerdas, descansaba sobre un caballete casi suspendido sobre el agua.

–Ahora –dijo Sklar Hast–, ahora mataremos el kragen.

Hizo un lazo en la punta de una de las cuerdas y echó a andar hacia el kragen, que lo observaba con los ojos traseros de la torrecilla. Sklar Hast avanzaba despacio, para no alarmar a la criatura, que seguía arrancando esponjas con grosero desprecio.

Sklar Hast se acercó al borde de la hoja.

–Ven aquí, bruto –gritó–. ¡Bestia del océano! Acércate. Ven. –Se inclinó y salpicó con agua al kragen. Provocado, el animal se levantó hacia él. Sklar Hast esperó, y cuando el kragen iba a dar un golpe con la paleta, lanzó el lazo por encima de la torrecilla. Hizo una seña a sus hombres–. ¡Ahora! –Todos tiraron de la cuerda, arrastrando por el agua al furioso kragen. Sklar Hast guió la cuerda hasta el extremo del poste. De pronto el kragen salió del agua; en medio de la confusión y la oscuridad, los hombres que tiraban de la cuerda cayeron de espaldas. Sklar Hast tensó la soga y, esquivando

un tajo asesino de la paleta delantera del kragen, hizo un nudo en la punta del poste. Después saltó hacia atrás–. ¡Ahora! –gritó–. ¡Tirad, tirad! ¡De las dos cuerdas! ¡La bestia es bestia muerta!

Veinte hombres tiraban de cada uno de los cabos atados a la punta del poste. La base del poste se levantó; la cuerda se tensó alrededor de la torrecilla del kragen; los hombres clavaban los talones en el suelo; la base del poste mordió la dura costilla. El poste se levantó un poco más, reforzado por el ángulo de las cuerdas. Con majestuosa determinación sacaron el kragen del agua y lo levantaron en el aire. Los demás, que observaban pasivamente, soltaron un murmullo de fascinación. Semm Voiderveg, que se había mantenido un poco aparte, hizo un gesto de horror y se marchó rápidamente de allí.

A Ixon Myrex, el Árbitro, por razones que sólo él conocía, no se lo veía por ninguna parte, y tampoco a Zander Roban.

El kragen boqueaba ruidosamente, moviendo en vano las paletas a un lado y a otro.

Sklar Hast examinó la criatura sin saber muy bien qué hacer a continuación. Sus ayudantes miraban el kragen con temor, incómodos con su propia osadía. Echaban ya miradas furtivas sobre el océano que, en perfecta calma, reflejaba las resplandecientes constelaciones. Sklar Hast decidió distraer su atención.

–¡Las redes! –gritó a los que estaban mirando–. ¿Dónde están los Gamberros? ¡Hay que reparar las redes antes de que perdamos todos los peces! ¿Estáis paralizados?

Algunos fabricantes de redes, oficio dominado por los Gamberros, se separaron del grupo y salieron a reparar la red destrozada.

Sklar Hast volvió a ocuparse del kragen colgante. Cumpliendo sus órdenes, amarraron a las costillas de la superficie de la hoja los cabos que sostenían el poste inclinado; ahora los hombres se habían reunido cautelosamente alrededor del kragen y hacían conjeturas sobre la mejor manera de matar a la criatura. Quizá ya estuviera muerta. Para poner a prueba esa teoría, un muchacho de los Belrod pinchó el kragen con un tallo largo y un rápido golpe de la paleta delantera le rompió una clavícula.

Sklar Hast se mantenía un poco aparte, estudiando a la criatura. La piel de aquel animal era dura, y el tejido cartilaginoso aún más duro. Mandó a un hombre a buscar un bichero, y a otro una afilada estaca de fémur, y con ellos preparó una lanza.

El kragen colgaba allí flojo, balanceando las paletas, estremeciéndose de vez en cuando. Sklar Hast se le acercó con cautela, apoyó la punta de la lanza en el lado de la torrecilla y empujó con todo su peso. La punta penetró en el cuero resistente quizá un par de centímetros y entonces se quebró. El kragen se sacudió, resopló, atacó con una aleta. Sklar Hast notó el oscuro parpadeo del movimiento, lo esquivó y sintió el movimiento de aire en la cara. El asta de la lanza salió volando por encima del estanque; la paleta golpeó el poste del que estaba suspendido el kragen, dañando las fibras.

–¡Qué bestia más belicosa! –masculló Sklar Hast–. Necesito más cuerda; hay que prevenir esas demostraciones.

De un lado llegó una severa orden:

–Estáis locos. ¿Por qué os exponéis al desagrado del rey Kragen? ¡Decreto que desistáis de actos tan imprudentes!

Era la voz de Ixon Myrex, que acababa de aparecer en escena. Sklar Hast no podría desoír a Ixon Myrex como había hecho con Semm Voiderveg. Contempló el kragen colgante, miró alrededor las caras de los colegas. Algunos vacilaban. Con Ixon Myrex no se podía jugar.

Sklar Hast habló en un tono que consideraba tranquilo y razonable.

–El kragen nos destruye las pérgolas. Si el rey descuida sus deberes, ¿por qué habríamos de permitir...?

La voz de Ixon Myrex temblaba de furia.

–¡Esa no es manera de hablar! ¡Violas la Alianza!

Sklar Hast habló en un tono aún más cortés.

Al rey Kragen no se lo ve por ninguna parte. Los intercesores que reclaman tan importante poder sólo demuestran su inutilidad. Tenemos que actuar por nuestra cuenta. ¿Acaso no es éste el libre albedrío y la independencia que los hombres reclaman como derecho básico? Así que únete a nosotros para matar a esta bestia voraz.

Ixon Myrex levantó las manos, que le temblaban de indignación.

–Devuelve el kragen a la laguna, para que...

–¿Para que pueda destruir más pérgolas? –preguntó Sklar Hast. No es ése el resultado que espero. Tú tampoco ofreces ningún apoyo. ¿Qué es más importante, los hombres de los flotadores o el kragen?

EI razonamiento encontró eco en sus compañeros, que gritaron

– Sí, ¿quién es más importante, los hombres o el kragen?

–Los hombres gobiernan los flotadores, el rey Kragen gobierna el océano –declaró Ixon Myrex–. No se puede comparar la importancia.

–La laguna también está bajo la jurisdicción del hombre –dijo Sklar Hast–. Este kragen en particular está ahora en el flotador. ¿Quién tiene la cuerda?

–Así es como interpreto yo las costumbres del Flotador Tranque –gritó el Árbitro Myrex en el tono más severo–: el kragen tiene que ser devuelto al agua, inmediatamente. Ninguna otra medida sería coherente con la costumbre.

Había un cierto nerviosismo en los hombres que habían ayudado a atrapar la bestia marina. Sklar Hast no dijo nada, pero agarró la cuerda y formó con ella un lazo. Se acercó al kragen gateando, arrojó la cuerda y enlazó una paleta; después se levantó y caminó alrededor de la criatura, atándola. La bestia tenía cada vez más dificultades para moverse y finalmente sólo le quedaron unos temblores espasmódicos. Sklar Hast se acercó por detrás, cuidando de no ponerse al alcance de las mandíbulas y los palpos, y se aseguró de que estuviera bien atada.

–Ahora esa repugnante bestia sólo puede retorcerse. Bajémosla hasta la hoja y ya encontraremos una manera de acabar con ella.

Aflojaron las cuerdas; el poste se inclinó y se balanceó; el kragen cayó sobre la superficie de la hoja, donde quedó en actitud pasiva, moviendo apenas los palpos y las mandíbulas. No mostraba inquietud ni incomodidad; quizá no sintiera ninguna de las dos cosas. Nunca se había determinado el exacto grado de sensibilidad y de raciocinio de los kragen.

El cielo clareaba por el este, donde empezaba a asomar el grupo de llameantes soles azules y blancos conocidos como el Caldero de Phocan. En el océano había un brillo plomizo, y los que estaban en la hoja central empezaron a mirar disimuladamente hacia el horizonte oscuro, murmurando y quejándose. Algunos gritaban alentando a Sklar Hast, recomendando las medidas más violentas contra el kragen. Esos y otros espectadores se habían enzarzado en una furiosa discusión. Zander Rohan estaba junto a Ixon Myrex; obviamente, ambos desaprobaban la actividad de Sklar Hast. De los Ancianos sólo Poe Belrod y Elmar Pronave, Picapleitos y Maestro Tejedor de Mimbre, defendían a Sklar Hast y sus poco convencionales actos.

Sklar Hast no prestaba atención. Miraba la negra mole con enorme desagrado, furioso consigo mismo por haberse involucrado en un proyecto tan peligroso. Después de todo, ¿qué había conseguido? El kragen le había roto las pérgolas; él se había vengado y había impedido que continuara la destrucción; todo eso estaba bien, pero también se había ganado la enemistad de las personas más influyentes del flotador. Y lo más serio era que había implicado a quienes habían confiado en él y buscado su liderazgo; ahora se sentía responsable ante ellos.

Se levantó. Había que resolver ya la situación: cuanto antes liquidasen a la bestia, antes volvería su vida a la normalidad. Se acercó al kragen y lo examinó con cautela. Las mandíbulas se estremecían ansiando cortar el torso de Sklar Hast; Sklar, prudente, se quedó a un lado. ¿Cómo se podría matar a la bestia?

Elmar Pronave se acercó para estudiar mejor la criatura. Era un hombre alto, de nariz larga y quebrada y pelo negro que lucía en dos penachos sobre las orejas como todos los miembros de la vieja casta de los Alcahuetes, de la que sólo quedaban ya unos pocos individuos agresivamente especiales, dispersos por los flotadores, que usaban las marcas de la casta para resaltar su desapego emocional.

Pronave caminó alrededor de la mole, pateó la paleta trasera y se inclinó para mirar uno de aquellos ojos atentos.

–Si pudiéramos cortarlo en pedazos, quizá encontraríamos alguna utilidad a las partes.

–El cuero es demasiado duro para nuestros cuchillos –gruñó Sklar Hast–. Como no tiene cuello no se lo puede estrangular.

–Hay otras maneras de matar.

Sklar Hast dijo que sí con la cabeza.

–Podríamos hundirlo en las profundidades del océano, pero ¿con qué peso? ¿Con huesos? Demasiado valiosos. Podríamos cargar bolsas con ceniza, pero no disponemos de

tanta ceniza. Podríamos quemar todas las cabañas de los flotadores y las torres de los tramposos y aún no obtendríamos ceniza suficiente. Para quemar al kragen haría falta una montaña similar de combustible.

Un Ratero joven, que había trabajado con gran entusiasmo durante la captura del kragen, propuso: –¡Existe el veneno! ¡Si alguien me consigue veneno, ato una cápsula a una vara y la meto en las fauces de la criatura!

Elmar Pronave soltó una risotada sarcástica.

–De acuerdo; claro que hay venenos, centenares de venenos, obtenidos a partir de diversas plantas y animales marinos, pero ¿serán suficientemente fuertes para destruir a esta bestia? ¿Y de dónde los sacaremos? Dudo de que haya todo ese veneno de aquí al Flotador Lámpara.

El Caldero de Phocan, al subir por el cielo, permitió ver al kragen de manera más completa. Sklar Hast examinó los cuatro ojos de la torrecilla, que parecían ciegos, y la complicada construcción de las mandíbulas y los tentáculos de las fauces. Tocó la torrecilla y escrutó el casquete de quitina que la cubría. La propia torrecilla parecía laminada, como si estuviera construida con anillos de cartílago y los ojos asomaran por el lado delantero y el trasero de unos tubos inflexibles de sustancia dura y rugosa.

Otros miembros del grupo empezaron a acercarse; Sklar Hast saltó hacia adelante y empujó a un joven Felón constructor de botes, pero ya era demasiado tarde. El kragen lanzó un palpo y agarró al joven del cuello. Sklar Hast soltó una maldición y tiró con fuerza, pero el palpo era implacable. Otro palpo se alargó buscándole la pierna; Sklar Hast le dio una patada y retrocedió, sin dejar de tirar del convulsivo cuerpo del Felón.

El kragen arrastró lentamente al Felón hacia adelante, esperando, comprendió Sklar Hast, colocarlo en un sitio donde pudiera alcanzarlo mejor. El kragen aflojó la presión y retiró un poco el palpo para animar a Sklar Hast, que volvió a tirar del miembro constrictor.

El kragen, astutamente, volvió a llevar a su cautivo y a Sklar hacia adelante; el segundo palpo saltó de nuevo y esta vez se enroscó alrededor de la pierna de Sklar Hast. Sklar Hast se dejó caer al suelo, torciendo el cuerpo, y logró desasirse, aunque perdiendo un trozo de piel. El kragen, insistente, colocó al Felón al alcance de la mandíbula y de un golpe le arrancó la cabeza; después arrojó a un lado el cuerpo y la cabeza del joven.

El gentío allí reunido ahogó un grito de horror.

–¡Sklar Hast, por tu feroz obstinación un hombre acaba de perder la vida! –rugió Ixon Myrex–. ¡De mucho tendrás que responder! ¡Pobre de ti!

Sklar Hast desoyó la imprecación. Corrió hasta el depósito y buscó cinceles y un mazo de cabeza fabricada con unos tallos densos de planta marina, sacados de una profundidad de setenta metros.[1]

Los cinceles tenían hojas de hueso pélvico afilado contra una superficie tachonada con caparazones de silicio de foraminíferos. Sklar Hast volvió junto al kragen y apoyó el cincel en la pálida lámina entre la cúpula de quitina y las foliaciones de la torrecilla. Golpeó con el mazo y el cincel penetró; aquella parte del cuerpo, la sustancia de un nuevo estrato agregado a la torrecilla, era relativamente blanda, con la consistencia de cartílago cocinado. Sklar Hast dio unos golpes más con el mazo, y el cincel hizo un corte profundo. El kragen se retorció.

Sklar Hast sacó el cincel e hizo una nueva incisión junto a la primera, y después hizo otra y otra, trabajando alrededor de la periferia de la cúpula de quitina, que tenía casi un metro de diámetro. El kragen se retorcía y se estremecía, aunque sólo él sabía si de dolor o de aprensión. Cuando Sklar Hast iba llegando a la parte delantera, los palpos volvieron a tantear buscándolo, pero él se escudó detrás de la torrecilla y finalmente logró sacar del todo la

[1] Los Publicistas usan una polea que amarran al tallo de la planta marina. Por medio de cuerdas, bajan cubos de aire que les permiten quedarse bajo el agua todo el tiempo necesario. Usando dos de esos sistemas, que van alternando, los buzos pueden bajar hasta una profundidad de setenta metros, donde los tallos de las plantas marinas son densos y rígidos.

lámina alrededor de la circunferencia.

Sus seguidores lo miraban estupefactos, en silencio; los demás espectadores mascullaban palabras graves, y los niños soltaban de vez en cuando quejidos de supersticioso terror.

Ahora tenía abierto un canal; Sklar Hast pasó el cincel y el mazo a Elmar Pronave. Se encaramó en el cuerpo del kragen, flexionó las piernas y metió los dedos por debajo del borde de la cúpula de quitina y tiró. La cúpula se rasgó y se desprendió, casi haciéndole perder el equilibrio. La cúpula rodó hasta la hoja y la torrecilla quedó como un cilindro con la parte superior abierta; dentro había espirales y bucles de algo parecido a una sucia cuerda gris. Aquí había nudos, allí nódulos, a cada lado un par de roscas, en la parte delantera un gran enredo de roscas y bucles.

Sklar Hast miró con interés. Se le acercó Elmar Pronave.

–Evidentemente es el cerebro de la criatura –dijo Sklar Hast–. Aquí terminan los ganglios.

O quizá no son más que las terminaciones de los músculos.

Elmar Pronave agarró el mazo y con el mango pinchó en un nódulo. El kragen dio un furioso tirón.

–Vaya, vaya –dijo Pronave–. Qué interesante. –Hurgó un poco más, aquí y allá. Cada vez que tocaba los ganglios descubiertos, el kragen se sacudía con fuerza.

De repente, Sklar Hast alargó la mano y lo detuvo:

–Fíjate. A la derecha, esos dos bucles largos; lo mismo a la izquierda. Cuando tocaste éste se agitó la paleta delantera.

Con el mazo aguijoneó un bucle y después el otro, y primero se movió una paleta y después la otra.

–¡Ajá! –exclamó Elmar Pronave–. Si insistimos, podemos enseñarle a bailar.

–Creo que lo mejor es que matemos a la bestia –dijo Sklar Hast–. Se acerca el amanecer, y quién sabe qué...

De repente llegó del lado del flotador un gemido grave, que se apagó rápidamente como por falta de respiración. El grupo que rodeaba al kragen empezó a moverse; alguien dejó escapar un gemido de consternación. Sklar Hast saltó encima del kragen y miró alrededor. La población del flotador miraba hacia el mar; él hizo lo mismo y vio al rey Kragen.

El rey Kragen flotaba por debajo de la superficie, haciendo asomar sólo la torrecilla. Los ojos, de casi medio metro de diámetro, miraban fijo hacia adelante: lentes de duro cristal detrás de los cuales parpadeaban unas películas lechosas y un brillo azul pálido.

A veinte metros de las redes de la laguna sacó su mole a la superficie: primero toda la torrecilla, después el cilindro negro que albergaba las fauces y el proceso digestivo, finalmente el chato cuerpo inferior: casi dos metros de altura, diez de ancho y veinte de largo. A los lados le sobresalían paletas propulsoras, gruesas como la barriga de tres hombres. Viéndolo por delante, el rey Kragen parecía un ogro deforme nadando estilo pecho. Los ojos delanteros, dentro de aquellos tubos córneos, apuntaban hacia el flotador de Sklar Hast y parecían clavados en la mole del kragen mutilado. Los hombres le devolvieron la mirada, con los músculos tan rígidos como el tallo de la planta marina. El kragen que habían capturado, antes tan enorme y tan formidable, parecía ahora una miniatura, un muñeco, un juguete. Con los ojos traseros vio al rey Kragen y emitió un silbido aflautado, un sonido completamente perdido y desconsolado.

De repente, Sklar Hast habló. Habló con voz ronca, en tono perentorio.

–Atrás. Al fondo del flotador.

En ese momento se elevó la voz de Semm Voiderveg, el Intercesor. En un tono tembloroso gritó hacia las aguas:

–¡He aquí, rey Kragen, los hombres del Flotador Tranque! ¡Ahora denunciamos la presuntuosa bravuconada de estos pocos herejes! He aquí esta laguna agradable, con sus suculentas esponjas, destinada al bienestar del magnánimo rey Kragen...

La voz aflautada se entrecortó mientras el rey

Kragen agitaba las formidables paletas y avanzaba. Los enormes ojos miraban sin expresión perceptible, pero parecía que allí detrás saltaban y giraban unas pálidas luces rosadas y azules. La gente del flotador retrocedió mientras el rey Kragen se acercaba a la red. Con un golpe de paletas desgarró la red; otros dos golpes y terminó de destrozarlas. De la gente del flotador brotó un gemido de temor; no habían aplacado al rey Kragen.

El rey Kragen se deslizó dentro de la laguna y se acercó al kragen indefenso. La bestia atada se retorcía débilmente, emitiendo aquel silbido aflautado. El rey Kragen alargó hacia él un palpo, lo agarró y lo levantó en el aire, donde quedó oscilando, impotente. Desdeñosamente, el rey Kragen se lo acercó a las enormes mandíbulas y lo cortó rápidamente en rebanadas de cartílago gris y negro que arrojó al océano. Hizo una pausa, dejándose llevar por las aguas. Después arremetió contra la hoja de Sklar Hast. Un golpe de la paleta delantera demolió la cabaña, otro abrió un gran boquete en la hoja. Las paletas traseras azotaron las pérgolas; de abajo saltaron chorros de agua, escombros, esponjas rotas. El rey Kragen arremetió otra vez, revolcándose por completo en la hoja, que lentamente se arrugó y se hundió bajo su peso.

El rey Kragen volvió a la laguna y empezó a nadar de aquí para allá destruyendo pérgolas, triturando la red, destrozando cabañas de todas las hojas de la laguna. Después centró la atención en el flotador principal y se acercó al borde. Durante un rato miró a los pobladores, que empezaron a emitir un sonido agudo de terror, y entonces embistió y se revolcó por el flotador, y el sonido aquel se transformó en una serie de gritos y chillidos roncos. La gente iba y venía corriendo y saltando.

El rey Kragen se elevaba sobre el flotador como un sapo sobre una hoja de lirio acuático. Golpeó con las paletas; el flotador se partió. La torre del Embaucador, con la gran estructura tan ingeniosamente tejida, tan cuidadosamente ideada, se tambaleó. El rey Kragen se abalanzó otra vez y la torre se derrumbó, cayendo sobre las cabañas de la orilla norte del flotador.

El rey Kragen avanzó con torpeza por el flotador. Destruyó el granero, y fanegas de alimento amarillo laboriosamente rascado de los pistilos de la planta marina que ondeaban en el agua. Aplastó las rejillas donde se estiraba y doblaba los tallos, el mimbre y las fibras; lo mismo hizo con el camino de cuerda. Después, como si de repente tuviera prisa, dio media vuelta y se arrojó sobre el borde sur del flotador. Una gran cantidad de cabañas y treinta y dos habitantes, la mayoría ancianos o muy jóvenes, fueron aplastados o empujados al agua y ahogados.

El rey Kragen volvió al mar abierto. Flotó tranquilamente un rato, mientras los palpos se le estremecían expresando una inescrutable emoción. Entonces movió las paletas y se deslizó internándose en el tranquilo océano.

El Flotador Tranque era un desastre, un caos, una escena de furia y dolor. La laguna había regresado al océano, con las pérgolas destrozadas y los cardúmenes de peces comestibles dispersos. Muchas cabañas habían sido aplastadas. La torre de señales se había caído. De una población de cuatrocientas ochenta personas, cuarenta y tres estaban muertas

y había otras tantas heridas. Los sobrevivientes observaban aquello exánimes, con mirada inexpresiva, incapaces de comprender la magnitud del desastre que acababa de asolarlos.

Pronto despertaron de ese estado y se reunieron en el lejano borde occidental del flotador, donde el daño había sido menor. Ixon Myrex recorrió las caras con la mirada y se detuvo en la de Sklar Hast, sentado en un caído fragmento de torre. Levantó despacio una mano y le apuntó.

–¡Sklar Hast! ¡Te denuncio! El mal que has hecho al Flotador Tranque no se puede expresar en palabras. La arrogancia, la despiadada indiferencia ante nuestras súplicas, la villanía cruel y audaz... ¿Cómo crees que habrás de expiar todo eso?

Sklar Hast no lo escuchó. Tenía toda la atención centrada en Meril Rohan, que se había

arrodillado junto al cuerpo de Zander Rohan; la enérgica mata de pelo blanco del embaucador estaba oscurecida por la sangre.

Ixon Myrex gritó con voz chillona:

–¡En mi calidad de Árbitro del Flotador Tranque te declaro criminal de lo más abyecto, junto con todos los que te sirvieron de cómplices, sobre todo Elmar Pronave! ¡Elmar Pronave, muestra esa cara vergonzosa! ¿Dónde te escondes?

Pero Elmar Pronave se había ahogado y no respondió.

Ixon Myrex se volvió hacia Sklar Hast.

–El Maestro Embaucador está muerto y no puede denunciarte. Yo hablaré en su nombre: ya no eres Maestro Embaucador Asistente. ¡Estás expulsado de tu casta y de tu profesión!

Sklar Hast, cansinamente, se dirigió a Ixon Myrex:

–No brames tonterías. No me puedes expulsar de nada. Ahora soy el Maestro Embaucador. Fui Maestro Embaucador en cuanto superé a Zander Rohan; aunque no lo hubiera vencido, al morir él me convertí en Maestro Embaucador. Jerárquicamente, tú no estás por encima de mí ni un milímetro; puedes denunciar, pero nada más.

–¡Las denuncias no bastan! –intervino Semm Voiderveg, el Intercesor–. ¡El argumento jerárquico es baladí! El rey Kragen, al descargar su terrible pero justa venganza, quería que murieran los cabecillas de la acción. Ahora declaro que la voluntad del rey Kragen es la muerte, por estrangulamiento o aporreo, de Sklar Hast y todos sus cómplices.

–Más despacio –dijo Sklar Hast–. Me parece que somos víctimas de cierta confusión. Dos kragen, uno grande y uno pequeño, nos han herido. Yo, Sklar Hast, y mis amigos, somos los que intentaron proteger el flotador de los depredadores. Fracasamos. No somos criminales; sólo somos menos fuertes o malvados que el rey Kragen.

–¿No te das cuenta –dijo Semm Voiderveg a gritos– de que el rey Kragen se reserva el deber de protegernos del kragen menor? ¿No te das cuenta de que al atacar al kragen en realidad atacaste al rey Kragen?

Sklar Hast se quedó pensando.

–Me doy cuenta de que necesitaremos herramientas más potentes que cuerdas y cinceles para matar al rey Kragen.

Semm Voiderveg, estupefacto, se apartó. La gente miraba con apatía hacia Sklar Hast. Pocos parecían compartir la indignación de los mayores.

Ixon Myrex notó el sentimiento general de dolor y de fatiga.

–No es éste el momento de hacer reproches. Tenemos una tarea por delante. El propio dolor, profundo y sincero, le quebró la voz–. Hay que reconstruir todas estas excelentes estructuras, la torre tiene que volver a funcionar, hay que reparar la red. –Calló un momento, y volvió a enfurecerse–. El crimen de Sklar Hast no debe quedar sin el apropiado castigo. Ordeno que se realice una Gran Asamblea dentro de tres días en Flotador Apprise. El destino de Sklar Hast y su pandilla será decidido por un Consejo de Ancianos.

Sklar Hast dio media vuelta y se alejó. Se acercó a Meril Rohan, que estaba sentada con la cara hundida entre las manos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

–Lamento la muerte de tu padre –dijo Sklar Hast con torpeza–. Lamento la muerte de todos... pero sobre todo lamento que tú sufras.

Meril Rohan lo miró con una expresión que él no supo descifrar.

–Algún día –dijo con un hilo de voz ronca–los sufrimientos de los habitantes de Tranque llevarán a un futuro más feliz... a todos los habitantes de todos los flotadores... Veo que mi destino es matar al rey Kragen. Es lo único que me importa.

Meril Rohan habló con voz clara y tranquila.

–Ojalá tuviera yo tan claro mi deber. Yo también tengo que hacer algo. Tengo que eliminar o ayudar a eliminar lo que hoy nos ha causado toda esta desgracia. ¿Es el rey Kragen? ¿Es Sklar Hast? ¿O es otra cosa? –Meril Rohan se quedó pensando con la mirada perdida, casi como si no tuviera conciencia del cadáver de su padre, de la presencia ante ella

Librodot

de Sklar Hast–. Es un hecho que el mal existe. El mal tiene un origen. Entonces mi problema es localizar el origen del mal para conocer su naturaleza. Sólo cuando conocemos a nuestro enemigo podemos derrotarlo.

4

El océano nunca había sido sondado. A setenta metros, la máxima profundidad intentada por los cortadores de cañas y los recolectores de vainas, los tallos de las plantas marinas seguían formando una maraña. Un tal Ben Murmen, Sexto, Publicista, medio temerario y medio maníaco, había bajado hasta los cien metros, y en la penumbra de color añil había notado que los tallos confluían hasta desaparecer en la oscuridad de un solo tronco grande. Pero los intentos de sondar el fondo con ayuda de una línea cargada con una bolsa de cascajos óseos fracasaron. Entonces ¿cómo habían hecho las plantas marinas para anclarse? Algunos suponían que las plantas eran muy antiguas y se habían desarrollado durante un tiempo en el que el agua estaba mucho más baja. Otros conjeturaban que se había hundido el fondo del océano; otros más se contentaban con atribuir la proeza a una tendencia innata de las plantas marinas.

De todos los flotadores, Apprise era el más grande y uno de los primeros en ser colonizados. La extensión de la aglomeración central era de unas cuatro hectáreas; la laguna estaba rodeada por treinta o cuarenta hojas más pequeñas. El Flotador Apprise era el sitio donde se hacían tradicionalmente las asambleas, que tenían más o menos una frecuencia anual y contaban con los adultos activos y responsables del sistema, que rara vez se aventuraban lejos de casa por otro motivo, ya que se había extendido la creencia de que el rey Kragen desaprobaba los viajes. El rey Kragen pasaba por alto las barcas de los estafadores y también las balsas de mimbre o de tallos que de vez en cuando pasaban entre los flotadores, pero otras veces había demolido botes o barcas que no cumplían ninguna función aparente. Sin embargo, las barcas que transportaban gente para la asamblea nunca habían sido molestadas, aunque el rey Kragen siempre parecía al tanto de la convocatoria, y a menudo observaba los acontecimientos desde una distancia de un cuarto de milla. Cómo se enteraba el rey Kragen constituía un gran misterio; algunos afirmaban que en cada flotador vivía un hombre que era sólo hombre en apariencia y que por dentro era una manifestación del rey Kragen. Según la superstición, a través de ese hombre el rey Kragen sabía lo que ocurría en los flotadores.

Durante los tres días previos a la asamblea había un incesante parpadeo en la hilera de torres de comunicación; la destrucción del Flotador Tranque fue transmitida con lujo de detalles junto con la denuncia a Sklar Hast por parte de Ixon Myrex y la refutación de Sklar Hast. En cada uno de los flotadores hubo intensas discusiones y cierto grado de debate. Como la mayoría de las veces el Arbitro y el Intercesor de cada flotador arremetían contra Sklar Hast, no había mucha opinión favorable organizada.

En la mañana de la asamblea, temprano, antes de que el cielo matutino mostrase el azul, barcas llenas de gente avanzaron entre los flotadores. Los supervivientes del desastre del Flotador Tranque, que en su mayoría habían buscado refugio en Thrasneck y Bickle, fueron de los primeros en partir, lo mismo que la gente de Almack y Sciona, en el lejano extremo occidental.

Toda la mañana las barcas fueron y vinieron entre los flotadores; poco antes del mediodía empezaron a llegar los primeros grupos a Apprise. Cada grupo tenía puestos los emblemas distintivos de su flotador, y los que daban importancia a la distinción de castas llevaban también el peinado tradicional, placas en la frente y cintas dorsales; por lo demás todos se vestían de manera muy parecida: camisas y pantalones anchos de lino grueso tejido

con fibras de la planta marina, sandalias de cuero de pez alfombra, guantes ceremoniales y charreteras de lentejuelas fabricadas con trozos de la pepita de cierto molusco medio animal, medio vegetal.

A medida que iba llegando, la gente entraba en la vieja y famosa Posada Apprise, donde se refrescaba alrededor de una mesa en la que había servido un refrigerio de cerveza, pastel de vaina, pez pimienta y picón escabechado; tras lo cual los recién llegados se separaban partiendo hacia diversos rincones del flotador, de acuerdo con las tradicionales distinciones de casta.

En el centro del flotador había una tribuna. Alrededor, en bancos, se sentaban las personas más importantes: maestros de oficios, ancianos de castas, Árbitros e Intercesores. La tribuna estaba en todo tiempo abierta para las personas que quisieran hablar, siempre que obtuvieran el respaldo de una de las celebridades. Los primeros oradores de las asambleas solían ser ancianos decididos a exhortar a los más jóvenes a que buscaran la excelencia y la virtud; ese día no era excepción. Una hora después de que el sol llegara al cenit, el primer orador avanzó hasta la tribuna: un viejo y corpulento Pirómano del Flotador Maudelinda que había inaugurado exactamente de la misma manera los discursos de las últimas cinco asambleas. Buscó y consiguió un desganado apoyo: a esas alturas sus discursos estaban considerados como un mal necesario. Subió a la tribuna y empezó a hablar. Su voz era sonora, vibrante, voluminosa; sus pausas eran largas, sus sentimientos gastados y sus iluminaciones poco interesantes.

–Nos encontramos de nuevo. Me alegro de ver tantas de las caras que a lo largo de los años se han ido haciendo conocer y querer y, ay, también noto que faltan otras caras, las de los que se ha llevado el Destino, a muchos prematuramente, como los que acaban de sufrir hace sólo unos días el castigo de la cólera del rey Kragen, que a todos nos tiene tan atemorizados. Una horrible circunstancia que provocó así la majestad de esta Realidad Elemental; nunca tendría que haber ocurrido; nunca habría ocurrido si todos acataran las antiguas disciplinas. ¿Por qué hemos de despreciar la sabiduría de nuestros antepasados? ¡Aquellos nobles y muy heroicos hombres que se atrevieron a sublevarse contra la tiranía de los salvajes ilotas, a apoderarse de la Nave del Espacio que los llevaba a un confinamiento brutal, y a buscar refugio aquí, en este bendito mundo! Nuestros antepasados conocieron los beneficios del orden y el rigor; designaron las castas y les asignaron tareas para las cuales probablemente habían sido capacitados en el Mundo de Origen. De esa manera, a los Estafadores se les asignó la tarea de hacer morder el anzuelo a los peces; a los Embaucadores se les dio la tarea de abrir y cerrar las trampas de las torres; los Pirómanos, entre quienes tengo el orgullo de contarme, se pusieron a tejer cuerdas; mientras tanto, los Desfalcadores nos dieron muchos de los Intercesores que han obtenido el favor y la benigna tutela del rey Kragen.

»De tal palo, tal astilla; las características persisten y se van perfeccionando. ¿Por qué, entonces, las castas se van desmoronando y dando paso a un atropellado desorden? Apelo a la juventud de hoy: lee las Analectas; estudia los artefactos que hay en el Museo; renueva tu dedicación al sistema formulado por nuestros antepasados... ¡No tienes herencia más preciosa que tu identidad de casta!

El viejo Pirómano habló en ese tono durante algunos minutos más y le sucedió en la tribuna otro viejo, un ex Embaucador con buena reputación que había trabajado hasta que los problemas de vista lo llevaron a crear configuraciones que no se diferenciaban mucho unas de otras. Como el viejo Pirómano, también pidió más dedicación a los antiguos valores.

–¡Deploro la pereza de la juventud actual! ¡Nosestamos convirtiendo en una raza de haraganes! Tenemos la fortuna de que el rey Kragen nos proteja de la glotonería de los kragen inferiores. Y ¿qué pasaría si los tiranos del espacio exterior descubrieran nuestro refugio y trataran de esclavizarnos? ¿Cómo nos defenderíamos? ¿Arrojándoles cabezas de pescado? ¿Zambulléndonos debajo de los flotadores con la esperanza de que nuestros adversarios nos siguieran y se ahogaran? ¡Propongo que cada flotador forme una milicia, bien entrenada y

Librodot

equipada con dardos y lanzas fabricadas con los tallos más duros y duraderos!

Después del viejo Embaucador habló el Intercesor del Flotador Sumber, que cortésmente sugirió que si aparecían los tiranos del espacio exterior, el rey Kragen se encargaría de infligirles los castigos más dolorosos, el más absoluto revés, tanto que los tiranos huirían despavoridos y no volverían nunca más.

–El rey Kragen es poderoso, el rey Kragen es sabio y benévolo, a menos que se ataque su dignidad, como en el detestable incidente del Flotador Tranque, donde la fanática tozudez de un librepensador causó dolor a muchos. –Entonces, con modestia, el Intercesor bajó la cabeza–. No es éste el sitio adecuado ni mi privilegio proponer un castigo adecuado a tan atroz ofensa como la que se está tratando hoy aquí. Pero me gustaría ir más allá de este crimen particular para señalar las causas subyacentes, como por ejemplo las bravuconadas de ciertos pobladores que se consideran por encima de las costumbres aceptadas que de tan buena manera nos han servido durante tanto tiempo...

Después bajó hasta el flotador. Ocupó su sitio un hombre sombrío de físico robusto, vestido de la manera más sencilla.

–Me llamo Sklar Hast –dijo el nuevo orador–. Soy el supuesto fanático librepensador al que acaban de referirse. Tengo mucho que decir, pero no sé bien cómo decirlo. Iré al grano. El rey Kragen no es el guardián sabio y benévolo que los intercesores nos quieren presentar. El rey Kragen es una bestia glotona que cada año se vuelve más enorme y más glotona. Intenté matar a un kragen menor que encontré destruyendo mis pérgolas; de alguna manera el rey Kragen se enteró de ese intento y reaccionó con furiosa maldad.

–¡Calla! ¡Calla! –gritaron desde abajo los Intercesores–. ¡Qué vergüenza! ¡Qué atrocidad!

–¿Por qué al rey Kragen le molesta mi esfuerzo? Después de todo, él mata a todo kragen inferior que descubre en los alrededores. Es así de simple y evidente. El rey Kragen no quiere que los hombres piensen en matar kragen porque tiene miedo de que intenten matarlo a él. Propongo que hagamos eso precisamente. Dejemos a un lado este servilismo innoble, esta humillación ante una bestia marina, y dediquemos nuestros mejores esfuerzos a la destrucción del rey Kragen.

« ¡Loco irresponsable!», «¡Idiota!», «Ingrato asqueroso! », gritaron los Intercesores.

Sklar Hast esperó, pero la invectiva aumentó de volumen. Finalmente, Phyral Berwick, el Árbitro de Apprise, se encaramó a la tribuna y levantó las manos.

–¡Silencio! ¡Dejad hablar a Sklar Hast! Está en la tribuna; tiene derecho a decir lo que desee.

–¿Es necesario escuchar toda esa basura y. esa mugre? –gritó Semm Voiderveg–. Ese hombre destruyó el Flotador Tranque; ahora quiere imponer a todos los demás su frenética locura.

–Que hable como quiera –dijo Phyral Berwick. No tienes ninguna obligación de seguirlo.

–Los Intercesores, naturalmente, se oponen a estas ideas –dijo Sklar Hast; están muy atados al rey Kragen y afirman tener alguna manera de comunicarse con él. Quizá sea cierto. Si no ¿cómo hizo el rey Kragen para llegar al Flotador Tranque en un momento tan oportuno? Este es un detalle muy importante: si decidimos librarnos del rey Kragen, para no sufrir más de lo necesario tenemos que impedir que los Intercesores se enteren de nuestros planes. La mayoría sabéis en el fondo que lo que digo es verdad. El rey Kragen es una bestia astuta con un apetito insaciable, y nosotros sus esclavos. Sabéis que es verdad, pero os asusta admitirlo. Los que me precedieron en la tribuna hablaron de nuestros antepasados: los hombres que apresaron una nave a los tiranos que intentaban encerrarlos entre los muros de un planeta penitenciario. ¿Qué habrían hecho nuestros antepasados? ¿Se habrían sometido a este ogro glotón? Claro que no.

» ¿Cómo podemos matar al rey Kragen? Los planes deben basarse en el acuerdo, en la voluntad concertada de actuar, y de ninguna manera debe informarse de ellos a los

Intercesores. Si hay aquí alguien que comparta. mis ideas, ha llegado el momento de que lo haga saber.

Sklar Hast bajó de la tribuna. El silencio reinaba en todo el flotador. Las caras de los hombres estaban paralizadas. Sklar Hast miró a derecha y a izquierda. Nadie lo miró a la cara.

El corpulento Semm Voiderveg subió a la tribuna.

–Habéis oído al asesino. No tiene vergüenza. En el Flotador Tranque lo condenamos a muerte por sus actos malévolos. Siguiendo la costumbre, reclamó el derecho de hablar ante una asamblea, y ya lo ha hecho. ¿Y acaso ha confesado su gran crimen? ¿Ha llorado por el mal que ha llevado al Flotador Tranque? ¡No! Farfulla planes para más atrocidades. ¡Ultraja la decencia mencionando a nuestros antepasados mientras hace sus sucias propuestas! ¡Que la asamblea refrende el veredicto del Flotador Tranque! ¡Que quienes respetan al rey Kragen y se benefician de su incesante vigilancia levanten ahora la mano con el puño cerrado de la muerte!

– ¡Muerte! –crujieron los Intercesores levantando los puños. Pero entre la multitud reinaba la vacilación y el desasosiego. Los ojos se movían a un lado y a otro; había miradas furtivas hacia el mar.

Semm Voiderveg observaba a la multitud con desilusión.

– Entiendo vuestra poca disposición a usar la violencia contra un hombre, pero en este caso todo reparo parece fuera de lugar. –Señaló a Sklar Hast con un dedo largo y pálido–. ¿Entendéis la vileza pura y concentrada que personifica este hombre? Me explicaré. Poco antes de la ofensa por la cual se lo juzga cometió otra contra su benefactor y superior, el Maestro Embaucador Zander Rohan. Pero ese acto furtivo, ese intento de hacer trampa al Maestro Embaucador en una competencia de señales para desplazar de su puesto al noble Rohan, fue detectado por Ixon Myrex, Árbitro de Tranque, y por mí mismo, y fracasó.

–¿Qué? –rugió Sklar Hast–. ¿Es que no hay aquí manera de protegerse contra la calumnia? ¿Debo someterme a este tipo de veneno?

Entonces habló Phyral Berwick:

–Tienes un recurso muy sencillo. Puedes dejar que el hombre hable y después, si logras probar la calumnia, el calumniador tendrá que enfrentarse a su propio castigo.

– No olvides que una dura verdad no es una calumnia –dijo Semm Voiderveg en tono muy serio–. Hay que probar que el móvil ha sido el rencor personal. Y yo no tengo motivos para sentir rencor. Además...

Pero Sklar Hast apeló a Phyral Berwick.

Antes de que él continúe creo que hay que aclarar el tema de la calumnia. Quiero probar que ese hombre me acusa por rencor.

– ¿Puedes hacerlo?

–Sí.

–Muy bien. –Phyral Berwick hizo una seña a Semm Voiderveg–. Tendrás que retrasar el análisis de estos comentarios hasta que el tema de la calumnia quede resuelto.

– Sólo necesitas pedir información al Árbitro Myrex protestó Semm Voiderveg–. Él te confirmará que los hechos son los que he relatado.

Phyral Berwick miró a Sklar Hast e hizo un movimiento de cabeza.

–Adelante: prueba tu calumnia, si puedes. Sklar Hast señaló al Segundo Ayudante Embaucador Vick Caverbee.

–Levántate, por favor.

Caverbee, un hombre pequeño de pelo rubio rojizo y una mueca irónica en la cara, la nariz torcida en una dirección y la boca en otra, se adelantó con no mucho entusiasmo.

Voiderveg afirma que gané al Maestro Embaucador mediante una diligente práctica de los ejercicios. ¿Es cierto?

–No. No es cierto. No puede ser cierto. Los aprendices se han estado entrenando con los ejercicios uno al cincuenta. Cuando el Árbitro Myrex pidió que se usaran los ejercicios en la competencia, yo saqué del armario los ejercicios avanzados. El mismo y el Intercesor

Voiderveg hicieron la selección.

Sklar Hast señaló al Arbitro Myrex.

–¿Es verdad o mentira?

El Árbitro Myrex aspiró hondo.

–Es verdad en un sentido técnico. No obstante, tú tuviste la oportunidad de practicar los ejercicios.

–Lo mismo que el Maestro Embaucador Roban –dijo Sklar Hast con una sonrisa forzada–. Pero aunque está de más decirlo, yo no los practiqué.

–Eso está claro –dijo Phyral Berwick en tono cortante.

–Pero en cuanto a la calumnia Sklar Hast hizo un movimiento de cabeza hacia Caverbee–, también él tiene la respuesta.

Caverbee habló aún con menos entusiasmo que antes.

–El Intercesor Voiderveg quería desposar a la hija del Maestro Embaucador. Habló del tema primero con el Maestro Embaucador y después con

Meril Rohan. No pude evitar escuchar lo que decían. Ella lo rechazó de plano. El Intercesor preguntó por qué y Meril Rohan dijo que planeaba desposar al Embaucador Ayudante Sklar Hast si alguna vez dejaba de tratarla como a una pieza de la máquina de señales. El Intercesor Voiderveg parecía muy molesto.

– Bah –gritó Voiderveg con la cara encendida–. Hablando de calumnias...

Sklar Hast miró hacia la multitud. Sus ojos encontraron los de Meril Rohan. Ella no esperó a que le dieran la orden de hablar. Se levantó.

– Soy Meril Rohan. El testimonio del Segundo Ayudante Embaucador es en general correcto. En aquel momento tenía la intención de desposar a Sklar Hast.

Sklar Hast se volvió hacia Phyral Berwick.

– Ahí tienes la prueba.

–Tu argumento es razonable. Juzgo que el Intercesor Semm Voiderveg es culpable de calumnia. ¿Qué pena pides tú?

–Ninguna. Eso no tiene importancia. Sólo quiero que los temas sean juzgados por sus propios méritos, sin los factores extraños introducidos por el Intercesor Voiderveg.

Phyral Berwick se volvió hacia Voiderveg.

– Puedes seguir hablando, pero debes abstenerte de proferir más calumnias.

–No hablaré más –dijo Voiderveg con voz pastosa–. Ya se me vindicará.

Bajó de la tribuna y fue a sentarse al lado del Árbitro Myrex, que lo ignoró de manera deliberada.

Un hombre alto, de pelo oscuro y con ropa blanca, escarlata y negra lujosamente adornada, pidió subir a la tribuna. Era Barquan Blasdel, el Intercesor de Apprise, que tenía la sobriedad, la naturalidad, la dignidad que faltaban al excesivamente impetuoso Semm Voiderveg.

–Como admite el acusado, el tema de la calumnia es ajeno al caso, y sugiero que lo alejemos por completo de nuestra mente. Fuera de esa particular incertidumbre no existe ninguna otra. Los hechos son casi vergonzosamente sencillos. La Alianza obliga a conceder al rey Kragen la justicia del mar. Gratuita y deliberadamente, a sabiendas, Sklar Hast violó la Alianza y causó la muerte de cuarenta y tres hombres y mujeres. No lo acompaña ninguna razón –Barquan Blasdel se encogió despreciativamente de hombros–. Por mucho que me desagrade pedir la pena de muerte, debo hacerlo. Así que ¡arriba los puños! ¡Muerte a Sklar Hast!

–¡Muerte! –volvieron a rugir los Intercesores, manteniendo en alto los puños, girando y gesticulando para que los imitara la multitud.

La moderada exposición de Barquan Blasdel convenció a más personas que las acusaciones de Voiderveg, pero persistía una sensación de zozobra, de incertidumbre, como si la gente sospechara que aún no se había dicho todo.

Barquan Blasdel se inclinó enigmáticamente hacia adelante, sobre la tribuna.

–¿Qué? ¿Vaciláis ante un caso tan claro? He aportado todas mis pruebas.

Phyral Berwick, el Arbitro de Apprise, se levantó.

–Recuerdo a Barquan Blasdel que se ha pedido dos veces la muerte de Sklar Hast. Si' la pide otra vez y no consigue un voto afirmativo, Sklar Hast será vindicado.

Barquan Blasdel sonrió hacia la multitud. Lanzó a Sklar Hast una calculadora mirada, rápida y casi furtiva, y sin más declaraciones bajó al flotador.

La tribuna estaba vacía. Nadie se ofrecía a hablar. Finalmente el propio Phyral Berwick subió por las escaleras: un hombre bajo y fornido de cara cuadrada, pelo canoso, ojos azul celeste, barba canosa y corta. Habló de manera pausada.

–Sklar Hast pide la muerte del rey Kragen. Semm Voiderveg y Barquan Blasdel piden la muerte de Sklar Hast. Explicaré mis sentimientos. El primer caso me produce un gran temor y el segundo una gran aversión. No tengo muy claro lo que se debería hacer. Sklar Hast, con o sin razón, nos ha obligado a tomar una decisión. Deberíamos estudiar el tema con cautela y no hacer juicios instantáneos.

Barquan Blasdel se levantó de un salto.

–Respetuosamente debo pedir que nos ciñamos al tema que hemos venido a tratar, es decir, el grado de culpabilidad de Sklar Hast con respecto a la tragedia del Flotador Tranque.

Phyral Berwick hizo un seco movimiento afirmativo con la cabeza.

–Se suspende la asamblea por una hora.

5

Sklar Hast se abrió paso entre la gente hacia donde había visto a Meril Rohan, pero cuando llegó al sitio ella se había alejado. Mientras la buscaba, hombres y mujeres de diversos flotadores, castas, gremios y generaciones se agolparon para verlo, para hablarle con timidez, con curiosidad. Algunos, movidos por una morbosidad psíquica, estiraban los brazos para tocarlo; otros lo insultaban con voz ronca, entrecortada. Un pelirrojo alto, de la casta de los Malversadores por el emblema de cinco colores ingeniosamente teñido, se acercó con aire excitado.

- Hablas de matar al rey Kragen. ¿Cómo se puede hacer?

-No lo sé -dijo Sklar Hast con prudencia-. Pero espero enterarme.

- ¿Y si el rey Kragen se enfurece ante tu hostilidad y devasta a su vez todos los flotadores?

-Podría haber sufrimiento temporal, pero nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos se beneficia-rían.

Entonces habló una mujer apretando los dientes. -Si eso implica para mí esfuerzo, sufrimiento y muerte, preferiría que esas desgracias fueran compartidas por los beneficiarios.

- Por supuesto, cada uno ve las cosas a su manera -dijo Sklar Hast cortésmente.

Trató de salir de allí, pero lo detuvo otra mujer ataviada con la banda azul y blanca de Preceptora Gamberra, que blandió un dedo ante la cara de k primera mujer.

- ¿Qué me dices de los doscientos que huyeron de los tiranos? ¿Crees que se preocuparon por lo: riesgos? ¡No! Sacrificaron todo para evitar la esclavitud, de lo que nosotros nos hemos beneficiado ¿Somos entonces inmunes al peligro y el sacrificio:

- ¡No! -gritó la primera mujer-. ¡Pero no hace falta que los busquemos!

Un intercesor de uno de los flotadores exteriores dio un paso adelante.

-¡El rey Kragen es nuestro benefactor! ¿Qué es esta absurda conversación sobre el riesgo y la esclavitud y el sacrificio? Tendríamos que hablar de gratitud y alabanza y veneración.

El pelirrojo Malversador, delante de Sklar Hast habló sin dejar de mover las manos:

-¿Por qué los Intercesores y todos los que piensan como ellos no se llevan al rey Kragen y se van a un grupo de flotadores lejano y lo sirven como les dé la gana y nos dejan a los demás en paz?

-El rey Kragen nos sirve a todos -declaró el Intercesor con gran dignidad-. Sería un acto innoble de nuestra parte privar a todos los demás de su benéfica protección.

La Preceptora Gamberra empezó a responder a. Intercesor, pero Sklar Hast logró apartarse de allí entonces vio a Meril Rohan en una caseta cercana, donde estaba tomando una taza de té. Deslizándose entre la multitud, llegó hasta ella, que lo recibió con un frío movimiento de cabeza.

-Acompáñame -dijo Sklar Hast agarrándola del brazo-, Salgamos de aquí, vayamos donde no nos aplaste la multitud. Tengo mucho que decirte.

-No me interesa hablar contigo. Quizá sea una muestra de petulancia infantil, pero así es la situación.

-De eso, precisamente, es de lo que quiero hablar contigo -declaró Sklar Hast.

Meril Rohan esbozó una sonrisa.

-Mejor dedica el tiempo a buscar argumentos para salvar el pellejo. No sería nada raro que la asamblea decidiera que tu vida ya ha durado lo suficiente.

Sklar Hast se estremeció.

-¿Y cuál será tu voto?

-Estoy aburrida de la reunión. Quizá regrese a Quatrefoil.

Percibiendo que la situación era incómoda, Sklar Hast se marchó de la manera más elegante posible.

Fue a reunirse con Rubal Gallager, que estaba sentado debajo de la pérgola de la Posada Apprise.

-El flotador está en ruinas, te has creado enemigos, pero tu vida ya no corre peligro -dijo Rubal Gallager-. Ésa, al menos, es mi opinión.

Sklar Hast soltó un gruñido amargo.

-A veces me pregunto si vale la pena todo este esfuerzo. Pero queda mucho por hacer. Para empezar, hay que reconstruir la torre de las señales. Y tengo que pensar en mi puesto.

Rubal Gallager rió entre dientes.

Con Semm Voiderveg de Intercesor e Ixon Myrex de Árbitro no vivirás precisamente una situación de armonía.

-Eso es lo que menos me preocupa -dijo Sklar Hast-. Suponiendo, claro, que salga con vida de la asamblea.

-Creo que deberías tener esto en cuenta -dijo Rubal Gallager en un tono algo sombrío-. Es evidente que muchos te desean la muerte, pero muchos otros no.

Sklar Hast se quedó pensando un momento y movió la cabeza en señal de duda.

-No sé bien qué decir. Durante doce generaciones los habitantes de los flotadores hemos vivido en armonía, y nos parece cosa de salvajes si un hombre amenaza a otro con el puño... ¿Acaso quiero ser la manzana de la discordia? ¿Acaso quiero que durante generaciones se repita el nombre de Sklar Hast como el hombre que trajo el conflicto a los flota-dores?

Rubal Gallager le lanzó una mirada burlona.

-Nunca te había conocido esa veta filosófica.

-No es para mí una ocupación agradable -dijo Sklar Hast-, aunque las circunstancias parecen empujarme en esa dirección. -Miró por encima del flotador hacia la caseta donde Meril Rohan estaba sentada en un banco hablando con un desconocido: un hombre joven de rostro intenso, brusco, anguloso, que tenía el nervioso hábito de la gesticulación. No llevaba emblemas de casta ni de gremio, pero a juzgar por los ribetes verdes en el cuello del blusón, Sklar Hast dedujo que provenía del Flotador Sankston.

Interrumpió sus pensamientos el regreso de Phyral Berwick a la tribuna.

-Reanudaremos ahora nuestras consideraciones. Espero que todos los oradores eviten la excitación y la emoción. Esta es una asamblea de seres razonables y tranquilos, no una turba

de fanáticos que pueda ser instigada a hacer algo; espero que tengáis esto en cuenta. Si hombres enojados se gritan unos a otros, se frustra el propósito de la convocatoria,y pediré otra suspensión. Ahora ¿quién desea hablar?

Desde el público un hombre gritó:

-¡Una pregunta!

Phyral Berwick apuntó con un dedo.

-Acércate, di tu nombre, tu casta, tu oficio y haz la pregunta.

Era el joven de cara estrecha y expresión intensa que Sklar Hast había visto hablar con Meril Rohan.

-Me llamo Roger Kelso. Pertenezco al linaje de los Rateros, aunque me he apartado de las costumbres de la casta y ahora mi oficio es el de Notario. Mi pregunta tiene estos antecedentes: se acusa a Sklar Hast de ser el responsable del desastre del Flotador Tranque, y la asamblea tiene el deber de evaluar su responsabilidad. Para hacerlo debemos primero evaluar la causa inmediata de la tragedia. Ése es un elemento esencial de la jurisprudencia tradicional, y si alguien no está convencido citaré el Memoriumde Lester McManus, donde describe los elementos teóricos de la ley del Mundo Originario. Ése es un pasaje que no está incluido en las Analectas y no se lo conoce demasiado. Basta con decir que el hombre que establece una condición precursora para un crimen no es necesariamente culpable; tiene que causar el acontecimiento de manera con-creta, inmediata y decisiva.

Lo interrumpió Barquan Blasdel con su voz relajada, casi condescendiente:

-Eso es, precisamente, lo que hizo Sklar Hast: desobedeció el estatuto del rey Kragen y precipitó su terrible justicia.

Roger Kelso escuchó con una paciencia sin duda ajena a su naturaleza; estaba inquieto y le brillaban los ojos.

-Si el digno Intercesor me lo permite -dijo-, proseguiré.

Barquan Blasdel asintió cortésmente y se sentó.

-Cuando habló Sklar Hast, planteó una conjetura que decididamente hay que resolver: Semm Voiderveg, el Intercesor de Tranque ¿llamó al rey Kragen al Flotador Tranque? Esta es una cuestión sutil. No sólo depende de que Semm Voiderveg haya hecho la llamada, sino de cuándo. Si lo hizo cuan-do se descubrió al kragen bribón, vaya y pase. Si lo llamó después de que Sklar Hast intentó matar al kragen, Semm Voiderveg resulta más culpable del desastre de Tranque que Sklar Hast, porque tendría que haber previsto las consecuencias. ¿Cuál es entonces la verdadera situación? Los Intercesores ¿se comunican secretamente con el rey Kragen? Y ésta es mi pregunta personal: ¿Semm Voiderveg llamó al rey Kragen al Flotador Tranque para que Sklar Hast. y sus ayudantes fueran castigados?

¡Bah! -dijo Barquan Blasdel-. ¡Ésa es una trampa dialéctica para distraer la atención!

Phyral Berwick deliberó un momento.

-La cuestión parece muy clara. Personalmente no tengo una respuesta, pero creo que la situación la merece, aunque sólo sea para clarificarla. Semm Voiderveg: ¿qué dices?

- No digo nada.

- Vamos -dijo Phyral Berwick, razonable-. Tu oficio es el de Intercesor; tu responsabilidad se debe a los hombres a quienes representas y por quienes intercedes; no, por cierto, al rey Kragen, por muy ferviente que sea tu respeto. Las evasivas, los secretos y los tercos silencios sólo pueden despertar nuestra desconfianza y llevar a la injusticia. Esto seguramente lo reconoces.

- Debe sobreentenderse -dijo Semm Voiderveg de manera cortante- que aunque hubiera convoca-do al rey Kragen, y hacer una afirmación rotunda en este sentido violaría las normas del gremio, mis motivos serían de la más alta importancia.

-Bueno, ¿entonces lo hiciste?

Semm Voiderveg miró hacia Barquan Blasdel buscando apoyo, y el Intercesor de Apprise volvió a levantarse.

- Arbitro Berwick, debo insistir en que nos hemos metido en un callejón sin salida, que

nos hemos alejado de nuestro propósito básico.

-¿Cuál es entonces nuestro propósito básico? -preguntó Phyral Berwick.

Barquan Blasdel levantó los brazos en un gesto de sorpresa.

- ¿Queda alguna duda? Sklar Hast, según él mismo ha admitido, ha violado las leyes del rey Kragen y la costumbre ortodoxa de los flotadores. Sólo nos queda establecer un castigo acorde.

Phyral Berwick empezó a hablar, pero cedió ante Roger Kelso, que se había levantado de un salto.

-Debo señalar una confusión elemental en la manera de pensar del digno Intercesor. Las leyes del rey Kragen no son leyes humanas, y la falta de ortodoxia ¿es acaso un crimen? Si así fuera, además de Sklar Hast muchos otros son culpables.

Barquan Blasdel no se inmutó.

-La confusión está en otra parte. Las leyes a las que me refiero nacen de la Alianza entre nosotros y el rey Kragen: él nos protege de los terrores del mar; a cambio él insiste en que reconozcamos su soberanía del mar. En cuanto a la ortodoxia, se trata nada más y nada menos que del respeto por las opiniones de los Árbitros y los Intercesores de todos los flotadores, que están adiestrados para la sensatez, la previsión y el decoro. Ahora, por lo tanto, debemos ponderar el grado preciso de las transgresiones de Sklar Hast.

-Exacto -dijo Roger Kelso-. Y para eso necesitamos saber si Semm Voiderveg convocó al rey Kragen al Flotador Tranque.

Por fin la voz de Barquan Blasdel adquirió un tono severo.

-¡No debemos cuestionar los actos de ningún hombre cuando desempeña su función de Intercesor! ¡Tampoco está permitido investigar los secretos gremiales de los Intercesores!

Phyral Berwick indicó por señas a Barquan Blas-del que se callara.

-En una situación como ésta, cuando están en estudio cuestiones fundamentales, el secreto gremial pasa a ser de importancia secundaria. No sólo yo sino todos los demás compañeros de los flotadores deseamos saber la verdad, con un mínimo de oscurantismo. No pueden permitirse secretos de ningún tipo: ésta es mi resolución. Entonces, Semm Voiderveg, te repito la pregunta: ¿convocaste al rey Kragen al Flotador Tranque la noche en cuestión?

El propio aire pareció congelarse; todos los ojos se volvieron hacia Semm Voiderveg, que carraspeó y miró hacia el cielo. Pero al contestar no mostró ninguna vergüenza.

-La pregunta parece muy ingenua. ¿Cómo podría servir de Intercesor si no tuviera alguna manera de comunicar al rey Kragen tanto el grado de nuestra confianza y fidelidad como la noticia de una emergencia? Cuando apareció el bribón, mi deber fue nada menos que convocar al rey Kragen. Eso hice. Los medios utilizados no vienen al caso.

Barquan Blasdel cabeceó con aprobación, casi con alivio. Phyral Berwick tamborileó con los dedos en la tribuna. Varias veces abrió la boca para hablar, y todas la cerró. Finalmente, con bastante poca convicción, preguntó:

-¿Son ésas las únicas ocasiones en las que convocas al rey Kragen?

Semm Voiderveg hizo un alarde de indignación.

-¿Por qué me interrogas? Soy el Intercesor. ¡El criminal es Sklar Hast!

-Bueno, tranquilo. Las preguntas clarifican el alcance del supuesto crimen. Por ejemplo, quisiera saber si alguna vez convocas al rey Kragen para que se alimente en tu laguna llevando así un castigo o advertencia a los demás habitantes del flotador.

Semm Voiderveg parpadeó.

-La sabiduría del rey Kragen es desmesurada. Puede detectar las delincuencias; da a conocer su presencia...

-En concreto, ¿tú convocaste al rey Kragen al Flotador Tranque cuando Sklar Hast trataba de matar al bribón?

-No se están juzgando mis actos. No veo ninguna razón para contestar a la pregunta.

Barquan Blasdel se levantó majestuosamente. -Estaba a punto de decir eso mismo.

«¡Yo también!» «¡Yo también!», dijeron otros Intercesores.

Phyral Berwick se dirigió a la multitud con preocupación en la voz.

-No creo que lo más práctico sea determinar exactamente cuándo Semm Voiderveg llamó al rey Kragen. Si hizo eso cuando Sklar Hast había inicia-do el ataque contra el bribón, en mi opinión Semm Voiderveg, el Intercesor, es más directamente responsable del desastre de Tranque que Sklar Hast, e imponer una pena a Sklar Hast no es más que una farsa. Por desgracia, no parece haber manera de resolver esta cuestión.

Poe Belrod, el Anciano Publicista, se levantó y se quedó mirando de reojo a Semm Voiderveg.

-Puedo arrojar un poco de luz sobre la situación. Fui testigo de todo lo que ocurrió. Cuando el bribón apareció en la laguna, Semm Voiderveg fue con los demás a mirar lo que ocurría. No se apartó del grupo hasta después de que Sklar Hast empezara a matar a la bestia. Estoy seguro de que los demás atestiguarán lo mismo; Semm Voiderveg no hizo nada para ocultar su presencia.

Varias otras personas que habían estado en la escena de los hechos corroboraron el testimonio de Poe Belrod.

El Intercesor de Apprise, Barquan Blasdel, subió otra vez a la tribuna.

- Arbitro Berwick, te ruego que no te apartes del tema primordial. Los hechos son éstos: Sklar Hast y su pandilla cometieron un acto que, sabían, está proscrito tanto por el Árbitro de Tranque Ixon Myrex como por el Intercesor de Tranque Semm Voiderveg. Las consecuencias se derivaron de ese acto; Sklar Hast es forzosamente culpable.

- Barquan Blasdel -dijo Phyral Berwick-, tú eres el Intercesor de Apprise. ¿Has convocado alguna vez al rey Kragen al Flotador Apprise?

-Como Semm Voiderveg y yo hemos señalado de manera incesante, quien tiene que estar en el banquillo es el criminal Sklar Hast y no los serios Intercesores de los diversos flotadores. No hay que permitir de ninguna manera que Sklar Hast eluda su castigo. ¡No resulta nada fácil desafiar al rey Kragen! Aunque la asamblea no levante el puño colectivo para golpear a Sklar Hast, yo digo que debe morir. Así de seria es la cuestión.

Phyral Berwick clavó los ojos azul claro en Barquan Blasdel.

-Si la asamblea quita la vida a Sklar Hast, no morirá sin que antes muera yo.

«¡Ni yo!», exclamó Poe Belrod. «¡Ni yo!», dijo Roger Kelso. Y entonces todos los hombres del Flotador Tranque que habían acompañado a Sklar Hast en el asesinato del kragen bribón fueron hacia la tribuna, anunciando a gritos su intención de seguir a Sklar Hast en la vida o en la muerte, y con ellos se adelantaron otros, de diversos flotadores.

Barquan Blasdel se apresuró a subir a la tribuna, levantó los brazos y finalmente pudo hacerse oír.

-Antes de que otros se declaren... ¡mirad hacia el mar! ¡El rey Kragen observa con atención para saber quién es leal y quién es desleal!

La multitud volvió la cabeza como un solo hombre. A cien metros del flotador el agua formaba perezosos remolinos alrededor de la abultada torrecilla del rey Kragen. Los ojos de cristal apuntaban como telescopios hacia el Flotador Apprise. De repente la torrecilla se sumergió. El agua azul se agitó y después se volvió lisa y monótona.

Sklar Hast se adelantó y empezó a subir a la tribuna. Barquan Blasdel, el Intercesor, lo detuvo.

-No hay que usar la tribuna como lugar de griterío. ¡Quédate ahí hasta que se te convoque!

Pero Sklar Hast lo apartó de un empujón y subió a enfrentar a la multitud. Señaló hacia el liso océano.

¡Allí habéis visto a la bestia vil, a nuestro enemigo! ¿Por qué hemos de engañarnos? ¡Intercesores, Arbitros, todos... olvidemos nuestras diferencias, unamos nuestros oficios y nuestros recursos! ¡Si lo hacemos podemos desarrollar un método para matar al rey Kragen! Somos hombres. ¿Por qué hemos de humillarnos ante algo, sea lo que sea?

Barquan Blasdel echó la cabeza hacia atrás, aterrado. Dio un paso hacia Sklar Hast,

como si fuera a agarrarlo, y después se volvió hacia el público.

-¡Habéis oído a este loco... Dos veces lo habéis oído! ¡Y también habéis observado la vigilancia del rey Kragen, cuya fuerza todos conocemos! Por lo tanto tenéis que escoger: obedecer las exhortaciones de un lunático nervioso o dejarse guiar por nuestra vieja confianza en la benevolencia del poderoso rey Kragen. Hay que encontrar una solución definitiva a este tema. ¡No hay decisiones intermedias! ¡Sklar Hast debe morir! ¡Así que levantad los puños... todos y cada uno! ¡Silenciad los gritos frenéticos de Sklar Hast! ¡El rey Kragen está muy cerca! ¡Muerte a Sklar Hast!

Barquan Blasdel levantó el puño bien alto en el aire.

Los Intercesores lo imitaron.

-¡Muerte a Sklar Hast!

Vacilantes, indecisos, se levantaron otros puños, y después otros y otros. Algunos cambiaron de parecer y los bajaron o levantaron; algunos, al levantarlos, vieron cómo otros los bajaban. A lo largo del flotador se iniciaron altercados; el sonido ronco de las discusiones empezó a hacerse oír.

Barquan Blasdel, repentinamente preocupado, se inclinó hacia delante y pidió calma. Sklar Hast también empezó a hablar, pero desistió, porque de repente las palabras no servían para nada. Reflejan-do un cambio desconcertante, casi mágico, la plácida asamblea se había convertido en un tumulto. Hombres y mujeres se arañaban mutua y salvaje-mente, gritando, maldiciendo, rugiendo, chillando. l a emoción acumulada desde la infancia, almacena-da y constreñida, estalló de pronto; miedo y odio idénticos provocaban reacciones opuestas.

Por suerte había pocas armas disponibles: garrotes de tallo, un par de hachas óseas, media docena de estacas y otros tantos cuchillos. La marea de la batalla crecía a lo largo del flotador, hasta el agua. Formales Picapleitos y responsables Negligentes trataban de ahogarse mutuamente; los Publicistas ha-cían caso omiso de su bajo estatus y apaleaban a los Desfalcadores; los ortodoxos Pirómanos pateaban, daban zarpazos, rompían cosas y mordían con furia a todo Contrabandista con olor a barniz que encontraban. Mientras la lucha estaba en su punto más intenso el rey Kragen volvió a salir a la superficie, esta vez un cuarto de milla al norte, desde donde apuntó al flotador con su vasta e indiferente mirada.

La pelea fue menguando y perdiendo fuerza, en parte debido al excesivo cansancio, en parte debido a los esfuerzos de los más responsables, y se separó a los combatientes. En la laguna flotaban media docena de cadáveres; en el flotador yacían otros tantos. Ahora, por primera vez, se veía que los que apoyaban a Sklar Hast habían sido considerable-mente superados en número, casi en proporción de dos a. uno, y también que este grupo incluía a la mayoría de los artesanos más vigorosos y capaces, aunque pocos de los Maestros.

Barquan Blasdel, todavía en la tribuna, gritó:

-¡Qué día lamentable, qué día lamentable! ¡Sklar Hast, mira la angustia que has traído a los flotadores!

Sklar Hast lo miró, demacrado por el dolor. La sangre le corría por la cara a causa de una cuchilla-da; tenía desgarrada la pechera de la ropa. Haciendo caso omiso de Blasdel, subió a la tribuna y se di-rigió a los dos grupos.

-Que los Intercesores se lleven al rey Kragen y emigren a alguna lejana hilera de flotadores. ¡Entonces todos estaremos satisfechos!

Blasdel, sin responder, bajó de la tribuna y atravesó el flotador hacia su hoja privada.

-Estoy de acuerdo con Barquan Blasdel: éste es un día lamentable... pero no nos confundamos: ¡si los hombres no mandan a la bestia marina, la bestia marina mandará a los hombres! Ahora regreso al Flotador Tranque, donde hay que reparar los enormes daños. Como dijo Blasdel el Intercesor, ahora no hay vuelta atrás. Así sea. Que los que quieran vivir en libertad vengan a Tranque, donde nos asesoraremos sobre lo que hay que hacer.

Barquan Blasdel hizo un sonido ronco, particularmente feo: una exclamación de amargo humor que se volvió glótica y gutural a causa del odio. La naturalidad y la desenvoltura lo habían abandona-do: se agazapó tensamente sobre la barandilla de la tribuna.

-¡Id entonces al arruinado Tranque! ¡Todos los desleales, todos los irreverentes... fuera de aquí... y que tengáis buen viaje! ¡Que Tranque sea vuestra casa, y que Tranque se convierta en un nombre acusado, en un mal olor, en una vil enfermedad! ¡Pero no llaméis a gritos al rey Kragen cuando los bribones, incontrolados por el gran rey, devoren vuestras esponjas, desgarren vuestras redes, aplasten vuestras barcas!

-Muchos no pueden ser tan rapaces como uno -dijo Sklar Hast-. No obstante, no os dejéis persuadir por el rimbombante discurso del Intercesor. El Flotador Tranque está arruinado y sólo dará cabida a unas pocas personas hasta que queden reparadas las redes y se hayan sembrado nuevas pérgolas. ¡Por ahora, una migración como la que sugiere Blasdel es poco practicable!

El Malversador pelirrojo gritó:

6

A pesar de la contienda, o quizá porque no parecía real, y a pesar de la devastación, casi todos los habitantes de Tranque decidieron volver a su flotador de origen. Unos cuantos, horrorizados por las condiciones, se fueron a vivir temporalmente a otra parte, quizá en la cabaña de un primo de casta o de un compañero de gremio, pero la mayoría decidió, para bien o para mal, regresar a Tranque. Eso hicieron, remando en silencio en las barcas, calmándose los dolores, las magulladuras o las heridas en que habían incurrido, sin mirar a derecha o a izquierda por miedo a encontrarse por encima del agua con la mirada de un amigo o vecino a quien acababan de fustigar.

Fue un viaje melancólico por la tarde violeta y gris, siguiendo la hilera de flotadores, cada uno con su silueta característica, cada uno con su atmósfera o su peculiar personalidad, de manera que una expresión pintoresca se identificaba como producto de Aumerge, y un trozo de madera tallada se identificaba inmediata e inequívocamente como obra de un Quejoso de Leumar. Y ahora, de todos los flotadores, Tranque, sólo Tranque, estaba devastado. Eso bastaba para arrancar lágrimas de pena y amargura de los ojos de los pobladores de Tranque. Para ellos todo había cambiado; ya nunca recuperarían la vieja manera de vivir. El resentimiento y la amargura podían insensibilizarlos y cubrirlos de cicatrices, pero las amistades nunca más serían fáciles, nunca se recuperaría del todo la confianza. Tranque, de todos modos, seguía siendo su casa. No se podía ir a ninguna otra parte.

Poco era el consuelo que se podía encontrar en Tranque. Un tercio de las cabañas estaban en ruinas. El granero y toda la preciosa harina se habían echado a perder; la orgullosa torre yacía sobre una maraña de astillas y escombros. A través del flotador, en una gran avenida de destrucción, se veía con claridad el rastro que había dejado el rey Kragen.

En la mañana siguiente a la asamblea los pobladores del flotador estaban reunidos en grupos, trabajando con desgano, mirando de reojo en hosco silencio hacia personas que habían conocido toda la vida. Para sorpresa de Sklar Hast, Semm Voiderveg había regresado al flotador, aunque su propia cabaña había sido aplastada por el rey Kragen y ahora no era más que un enredo de mimbre aplastado y destrozada piel de hoja. Semm Voiderveg fue a mirar desconsoladamente el desorden, hurgando y atizando aquí y allá, extrayendo un implemento, una cazuela, un cubo, una prenda de vestir, un volumen de Analectas empapado por el agua que había salido a borbotones por algún agujero del flotador. Al sentir la mirada de Sklar Hast, se encogió airadamente de hombros y se marchó a la cabaña intacta del Árbitro Myrex, con quien se alojaba.

Sklar Hast continuó hacia su destino: la cabaña del anterior Maestro Embaucador, que también había sufrido la destrucción, aunque quizá en menor grado. Meril Rohan trabajaba duramente, recogiendo la basura, apilando el, mimbre aprovechable y haciendo lo mismo con

la piel de hoja que aún podía tener algún uso. Sklar Hast, silenciosamente, comenzó a ayudarla, y ella no puso ninguna objeción.

Al fin, protegido por un armario caído, encontró lo que buscaba: sesenta y un folios encuadernados en flexible cuero de pez gris. Sklar Hast trasladó los volúmenes a un banco y los cubrió con una lámina de hoja para protegerlos de alguna posible lluvia repentina. Meril regresó a la cabaña arruinada, pero Sklar Hast la agarró de la mano y la llevó hasta el banco. Ella se sentó sin discutir y Sklar Hast se sentó a su lado.

- Tenía muchos deseos, de hablar contigo.

- No esperaba otra cosa.

La compostura de la muchacha desconcertó a Sklar Hast. ¿Qué significaba? ¿Amor? ¿Odio? ¿In-diferencia? ¿Frialdad?

Meril Rohan procedió a ilustrarlo.

-Contigo siempre he sentido impulsos contradictorios. Admiro tu energía. Tu firmeza, que algunos llaman crueldad, me intranquiliza. Tus motivos son transparentes y no te desacreditan, pero sí tu imprudencia y tu irresponsabilidad.

Sklar Hast se vio obligado a protestar.

-¡No soy ni lo uno ni lo otro! En las emergencias uno debe actuar sin vacilación. La indecisión y el fracaso son lo mismo.

Meril hizo una señal con la cabeza hacia las ruinas.

- ¿Qué nombre das a eso?

-No fracaso. Eso es un contratiempo, una des-gracia, una tragedia... pero ¿cómo podría haberse evitado? Suponiendo, claro está, que quisiéramos liberarnos del rey Kragen.

Meril Rohan se encogió de hombros.

-No tengo la respuesta. Pero las decisiones que tú tomaste sólo tendrían que haber sido tomadas conjuntamente por todos nosotros.

- No -dijo Sklar Hast tercamente-. ¿Hasta dónde llegaríamos, con qué rapidez podríamos reaccionar, si para cada necesidad de acción nos viéramos obligados a debatir? ¡Piensa en las protestas y en el retraso de Myrex y Voiderveg e incluso de tu padre! Nada se lograría.. ¡Estaríamos siempre empantanados!

Meril Rohan movió impaciente las manos.

- Muy bien -dijo finalmente-. Eso está claro. También me hace pensar en el Memorium de Lester McManus. No recuerdo exactamente las palabras, pero afirma que dado que somos hombres, y dado que la mayoría preferimos ser buenos, buscamos todo el tiempo valores absolutos. No queremos que nada manche nuestras acciones, y no aceptamos acciones con algún contenido inmoral.

-Por desgracia -dijo Sklar Hast-, hay muy pocos actos totalmente morales, salvo quizá la pasividad pura, y ni siquiera de eso estoy seguro. Quizá no haya ningún acto completamente moral. Cuanto más decidido y enérgico es un acto, menos probabilidades tiene de ser totalmente moral.

Eso hizo gracia a Meril Rohan.

-Suena como cierto «principio de incertidumbre» que James Brunet, el científico, menciona en su Memorium, y que me resulta incomprensible... Quizá tengas razón... desde tu punto de vista. No segura-mente desde el punto de vista de Semm Voiderveg.

-Ni el del rey Kragen.

Meril asintió, esbozando una sonrisa, y al mirarla Sklar Hast se preguntó por qué se le había ocurrido probar a otras muchachas del flotador cuando sin duda era ésa la que quería. La estudió un momento, tratando de decidir dónde residía su encanto. No tenía una figura nada voluptuosa, aun-que era inequívocamente femenina. Había visto caras mucho más bonitas, aunque la cara de Meril, con las sutiles irregularidades y las inesperadas delicadezas de modelado y las rápidas y casi imperceptibles extravagancias y flexibilidades era la fascinación personificada.

Ahora ella estaba pensativa y miraba por encima del agua hacia el este, donde se

extendía toda la hilera de flotadores, que se curvaba hacia el norte lo suficiente para que se vieran todos: Thrasneck, Bickle, Sumber, Adelvine, Lámpara Verde, Fleurnoy, Aumerge, Quincunx, Fay, estos últimos fundidos con la neblina del horizonte, todos los demás unos borrones gris y lavanda en el océano azul oscuro. Por encima de todo se elevaba una enorme y ondulante nube blanca.

Sklar Hast notó algo en los pensamientos de la muchacha y respiró hondo.

-Sí... es un mundo bello. Sólo faltaría que no existiera el rey Kragen.

Meril, impulsivamente, lo tomó del brazo.

-Hay otros flotadores hacia el este y hacia el oeste. ¿Por qué no nos vamos y nos alejamos del rey Kragen?

Sklar Hast, triste, dijo que no con la cabeza.

- El rey Kragen no nos dejaría ir.

-Podríamos esperar hasta que estuviera en el extremo oeste, en Almack o Sciona, y navegar hacia el este. Nunca se enteraría.

-Podríamos hacer eso, y dejar reinar tranquilo al rey Kragen. ¿Crees que los Primeros harían eso? Meril reflexionó.

- No lo sé... Después de todo, huyeron de los tiranos; no volvieron para atacarlos.

-¡No tenían alternativa! La Nave del Espacio se hundió en el océano.

Meril negó con la cabeza.

-No tenían intención de atacar a nadie. Se consideraban afortunados de poder escapar... Franca-mente, hay muchas cosas en las Memorias que me desconciertan, alusiones que no comprendo, sobre todo con respecto a los tiranos.

Sklar Hast hojeó la concordancia de las Memorias que tenía Meril. Deletreando con dificultad por-que tenía los ojos y lamente adaptados a las configuraciones de las máquinas de señales, encontró la entrada titulada «Kragen».

Meril advirtió que lo que él leía decía: «Las referencias no son muy explícitas.» Pasó el dedo rápidamente por las referencias, abrió libros.

-Esta es Leonor Morse: «Todo es paz, todo es ideal, salvo por una bestia acuática más bien horrible: ¿pez?, ¿insecto?, ¿equinodermo? Las clasificaciones, por supuesto, carecen de sentido. Hemos decidido llamar "kragen" a esos monstruos.» Y Paul van Blee escribe: «Nuestro único deporte parece ser observar los kragen y apostar a quién va a comer primero. Hemos visto algunos especímenes monstruosos, de hasta siete metros de largo. ¡Ciertamente no alientan los deportes acuáticos!» James Brunet, el científico, dice: «El otro día Joe Kamy pinchó a un joven y tierno kragen de poco más de un metro de largo con una vara afilada. La sangre -o como se quiera llamar a aquello- que brotó era de color azul, como la de algunas langostas y cangrejos terrestres. Me pregunto si eso implica una química interna similar. La hemoglobina contiene hierro, clorofila, magnesio; la hemocianina, como en la sangre azul de la langosta, cobre. Ese kragen es una bestia poderosa, y juraría que inteligente.» Eso es práctica-mente todo lo que se dice acerca de los kragen.

Sklar Hast asintió.

-Hay algo que me tiene perplejo y que no me puedo sacar de la cabeza: si los Intercesores pueden comunicarse con el kragen, hasta el punto de llamarlo, ¿cómo lo hacen? ¿Mediante el Maestro Embaucador? ¿Acaso el Maestro transmite alguna señal particular? Nunca tuve noticias de semejante sistema.

-Yo tampoco -dijo Meril con cierta frialdad. -Tú no puedes saberlo -dijo Sklar Hast-, porque no eres una Embaucadora.

-Sé que mi padre nunca llamó al rey Kragen al Flotador Tranque.

-Voiderveg admitió que lo había hecho. Pero ¿cómo? -Sklar Hast se levantó y recorrió el flotador con la mirada-. Bueno... tengo que irme a trabajar con los demás. -Vaciló un instante, pero Meril Rohan no le ofreció ningún ánimo-. ¿Necesitas algo? -preguntó finalmente-. Recuerda que ahora soy maestro del gremio y tú estás bajo mi protección, de manera que si falta algo debes llamarme.

Meril Rohan asintió con un seco movimiento de cabeza.

-¿Aceptas ser mi esposa, sin prueba? -preguntó Sklar Hast con voz débil.

-No. -El humor de Meril había vuelto a cambiar, y ahora tenía una actitud distante. Sklar Hast se preguntó por qué-. No necesito nada -dijo ella-. Gracias.

Sklar Hast dio media vuelta y fue a reunirse con los que habían desarmado la vieja torre de señales. Había actuado de manera demasiado precipitada, había sido demasiado torpe, se dijo. Con Zander Rohan muerto hacía apenas unos días, era evidente que Meril aún estaba triste y poco interesada en recibir ofertas de matrimonio.

La apartó de los pensamientos y se mezcló con los embaucadores y los rateros que rescataban todo lo que les parecía útil de la vieja estructura. Mimbre roto, fragmentos de piel de hoja, todo era trasladado a una balsa de fuego que flotaba en la laguna y quemado, y al poco tiempo la apariencia de devastación desapareció.

Mientras tanto, los Gamberros habían levanta-do la red y estaban reparando los daños. Sklar Hast se detuvo a observarlos y después habló con Roger Kelso, el Notario, que por alguna razón personal había acudido al Flotador Tranque.

-Imagina una red de pesado cable suspendida sobre la laguna. El rey Kragen entra nadando en la laguna, ansioso por hartarse. La red cae; el rey Kragen se enreda...

Sklar Hast hizo una pausa.

-¿Y entonces? -preguntó Roger Kelso con una sonrisa taciturna.

-Entonces lo amarramos firmemente, lo remolcamos hasta el mar y nos despedimos de él. Roger Kelso asintió.

-Es posible... en condiciones óptimas. Tengo dos reparos. Primero, las mandíbulas. Bien podría cortar la red por delante, sacar los palpos, abrirse paso y librarse del todo. Segundo, los Intercesores. Observarían la red suspendida, adivinarían su propósito y alertarían al rey Kragen o lo invitarían a venir y a castigar a los criminales que trataban de matarlo.

Con tristeza, Sklar no tuvo más remedio que coincidir con él.

-Sean cuales sean los medios que decidamos usar, nunca deberán llegar a oídos de los Intercesores.

El Maestro Ratero, Rollo Barnack, había oído la conversación.

-Yo también he estado pensando en el problema del rey Kragen -dijo-. Se me ha ocurrido una solución: un dispositivo de apariencia inocente que, si todo sale bien, de lo que no hay ninguna garantía, podría matar al rey Kragen. Lo mejor de todo es que no despertaría las sospechas de Semm Voiderveg.

-Me interesa mucho -dijo Sklar Hast-. Des-cribe ese ingenioso dispositivo.

Rollo Barnack empezó a hablar, pero al advertir que se acercaban el Árbitro Ixon Myrex, el Intercesor Semm Voiderveg y varios más de similar ideología, guardó silencio.

El Árbitro Myrex hizo de. portavoz del grupo. Su voz fue clara, firme y desapasionada; era evidente que habían tratado y ensayado ese encuentro.

-Sklar Hast, no venimos a hablarte con ánimo necesariamente amistoso, pero sí al menos negociador.

Sklar Hast asintió con cautela.

-Te escucho.

-Coincidirás en que hay que detener el desorden, la destrucción, y el enfrentamiento, del todo y definitivamente; que hay que devolver al Flotador Tranque su elevado estatus y reputación.

Miró a Sklar Hast con expectación.

-Continúa -dijo Sklar Hast.

-No respondes nada -se quejó Ixon Myrex. -Tú no hiciste ninguna pregunta -dijo Sklar Hast-. Sólo hiciste una aseveración.

Ixon Myrex puso un gesto petulante.

-¿Estás de acuerdo con ella?

-Por supuesto -dijo Sklar Hast-. ¿Esperas que yo adopte otra postura?

El Árbitro Myrex pasó por alto la pregunta.

-Forzosamente tenemos que cooperar. Es imposible volver a la normalidad si no nos esforzamos en esa dirección y si no... hacemos ciertos sacrificios. -Calló un instante, pero Sklar Hast no hizo ningún comentario-. Sobre todo parece absurdo y paradójico que tú, con esa manera de ver las cosas tan fanáticamente poco ortodoxa, sigas en un cargo que conlleva gran peso y prestigio. La mejor manera de servir al flotador sería que renunciaras voluntariamente al cargo.

-No lo dudo. ¿Y qué sacrificios proponéis hacer vosotros?

-Estamos de acuerdo en que si tú muestras sentido de responsabilidad, renuncias a la maestría del gremio, haces profesión sobria y sincera de ortodoxia, condonaremos tus delitos y no los sostendremos más para tu desprestigio.

-Sois de verdad muy magnánimos -dijo Sklar Hast con desprecio-. ¿Qué clase de oveja acuática llorona creéis que soy?

Ixon Myrex hizo un brusco movimiento de cabeza.

- Temimos que ésta pudiera ser tu respuesta. Ocurre que para nosotros la violencia es tan aborrecible como para cada hombre y mujer de los flota-dores, y por lo tanto no venimos con amenazas. No obstante, queremos que nos prometas solemnemente que nunca más te involucrarás en actividades poco ortodoxas o que cuestionen la autoridad del rey Kragen.

- ¿Y si no lo hago?

-Entonces te pediremos que abandones el Flotador Tranque.

¿Y adónde sugerís que vaya?

Semm Voiderveg no pudo seguir conteniendo la pasión. Apuntó con un dedo tembloroso hacia el mar.

-¡Sugerimos que tú y los que son como tú se marchen! Hay otros flotadores; se los menciona en las Analectas; los Primeros los vieron cuando bajaba la Nave del Espacio. Id al norte, a algún otro flotador, y dejad que los que deseamos la paz podamos seguir viviendo aquí como siempre.

Sklar Hast torció el gesto.

-¿Qué me dices del rey Kragen? Al sugerir que invada el océano me parece que violas la Alianza. ¿Qué me contestas?

- ¡La invasión entonces se convierte en un asunto entre tú y el rey Kragen! No es cosa mía.

- ¿Y si el rey Kragen nos sigue hasta nuestro nuevo domicilio, abandonando los Flotadores de Origen? ¿Qué harían entonces los Intercesores?

Semm Voiderveg parpadeó. Era evidente que el concepto lo había tomado por sorpresa.

-Si se presenta esa emergencia puedes tener la certeza de que sabremos resolverla.

Sklar Hast se dispuso a seguir con su tarea.

- No renunciaré a mi legítimo puesto en el gremio; no prometo fidelidad ni a vosotros ni al rey Kragen; no atravesaré el océano.

Semm Voiderveg empezó a hablar, pero Ixon Myrex levantó una mano.

-Entonces, ¿qué piensas hacer? -preguntó astutamente.

Sklar Hast le clavó la mirada; en su cerebro luchaban impulsos contradictorios. La prudencia y la sagacidad lo incitaban a disimular, a fingir ortodoxia o al menos desinterés mientras encontraba algún método para matar al rey Kragen. Pero, ¿qué pasa-ría si fracasaba en el intento? Entonces el Flotador Tranque volvería a ser devastado y la gente que no quería saber nada del proyecto podía sufrir heridas e incluso la muerte. Creía que lo justo era anunciar sus intenciones para que los que no estuvieran de acuerdo pudieran alejarse.

Pero al advertir de sus intenciones a Ixon Myrex y a Semm Voiderveg se garantizaba su vigilancia, su antagonismo y probablemente su interferencia. Era puro sentido común fingir, calmar a Ixon Myrex y a Semm Voiderveg y minimizar sus sospechas. ¿Qué ocurriría si murieran algunas personas inocentes? Sin bajas era imposible ganar batallas. Y Sklar Hast trató de morderse la lengua y hablar de cosas tranqulizadoras, pero eso no le salía; era

físicamente incapaz de ponerse la máscara necesaria, y sus limitaciones le produjeron una gran rabia.

-En vuestro lugar -dijo en tono brusco- yo me iría del Flotador Tranque y no volvería. Porque en el futuro quizá haya por aquí eso que llamáis falta de ortodoxia.

-¿Exactamente en qué grado? -preguntó sucintamente Ixon Myrex.

-No tengo planes. Igual no te los contaría. Pero ahora, aunque sé que es un error, estáis advertidos.

Semm Voiderveg empezó a hablar de nuevo, pero Ixon Myrex volvió a hacerlo callar.

-Veo que nuestro esfuerzo por llegar a una solución. armoniosa ha sido inútil. He oído tu advertencia; ahora oirás la mía. Cualquier intento de ofender al rey Kragen, cualquier intento de mellar su dignidad será castigado con la pena de muerte. ¡Ése es mi veredicto como Árbitro del Flotador Tranque! Has desafiado la autoridad y la majestad de la tradición. ¡Que tu insolencia no te cause pesar!

Habló uno de los otros, Gian Recargo, el Anciano Desfalcador, hombre de gran gentileza, rectitud y presencia.

- Sklar Hast, ¿tienes conciencia de tu irresponsabilidad? Pones en peligro la vida y la propiedad de otros que no desean participar en tus alocadas travesuras. ¿De veras no sientes vergüenza?

- He meditado largamente sobre la situación -dijo Sklar Hast-. He llegado a la conclusión de que existe un gran mal, que la inercia y el miedo presionan tanto a personas por lo demás honorables como tú que las llevan a tolerar ese mal. Alguien tiene que estar dispuesto a asumir grandes riesgos, incluso con la vida de otras personas. Esto no es irresponsabilidad; es mucha más responsabilidad de la que hubiera preferido. Esta opinión no es sólo mía; no soy monomaníaco. Muchos compañeros cuerdos y responsables están de acuerdo conmigo en que hay que derrotar al rey Kragen. ¿Por qué no os unís a nosotros? Una vez que la bestia marina haya sido aniquilada, seremos libres. ¿Acaso no vale la pena correr el riesgo? ¡Podremos usar el océano como queramos! ¡No tendremos que seguir alimentando ese buche glotón! Los Intercesores perderán sus sinecuras y entonces tendrán que trabajar como todos nosotros, lo cual les resulta abrumador; de ahí su antagonismo. ¡Este es el camino del futuro!

Gian Recargo estaba callado. Ixon Myrex, irritado, se mesaba la barba. Pasaron unos pesados segundos. Semm Voiderveg miró impaciente.

-¿Por qué no refutas esta diatriba increíble?

Gian Recargo se volvió y se quedó mirando hacia la laguna.

-Tengo que pensar esto muy bien-masculló--.

No estoy dispuesto a que cuestionen así mi valentía.

-Bah -dijo Ixon Myrex, nervioso-. Las condiciones en el pasado eran bastante buenas. ¿A quién le interesa navegar por el océano? Y las esponjas que consume el rey Kragen no constituyen un impuesto tan elevado.

Semm Voiderveg lanzó un puñetazo al aire.

-¡Esto es superficial! ¡El tema es la abominable arrogancia de Sklar Hast, su desacato y su irreverencia hacia nuestro gran rey Kragen!

Gian Recargo dio media vuelta y se alejó lenta-mente por el flotador. Semm Voiderveg hizo otro gesto colérico. Ixon Myrex resistió allí un momento más, lanzó una mirada escrutadora a la arruina-da torre, a la laguna, a Sklar Hast, a los que estaban escuchando atentamente alrededor, y entonces emitió un sonido difícil de describir y se marchó.

Los embaucadores y los rateros regresaron a su trabajo. Sklar Hast, con Roger Kelso, fue a consultar a Rollo Barnack, a oír su plan para matar al rey Kragen. Ambos estuvieron de acuerdo en que si las condiciones eran las correctas, si el momento elegido era el indicado y si los materiales eran suficientemente duros, podían matar al rey Kragen.

7

Poco a poco las señales del desastre fueron desapareciendo; poco a poco el Flotador Tranque fue recuperando su aspecto normal. Quemaron los res-tos de las cabañas destrozadas en la balsa de fuego y almacenaron las cenizas cuidadosamente para su posterior uso en la fabricación de jabón, cal, ladrillos refractarios, el estampado de telas, la preparación de plomadas, la clarificación de barnices. Los cadáveres, tras una inmersión en receptáculos es-peciales durante dos semanas, tiempo en el que unos pequeños gusanos con aletas limpiaron del todo los esqueletos, fueron transportados a una parte remota del flotador donde les quitaron los huesos más duros y calcinaron el resto para obtener cal: tradicionalmente, los Publicistas tenían la exclusividad de esa tarea.

Habían cortado y secado mimbre y con él habían formado nuevas cabañas, cubiertas de piel de hoja y barnizadas; habían construido nuevas pérgolas de esponja, sembradas de juncos y hundidas en el agua azul brillante.

La torre de señales, el objeto más macizo y complicado del flotador, fue la última estructura que reconstruyeron. La torre nueva era aún más alta que la vieja, de diseño más sólido, y estaba situada un poco más cerca de la laguna.

El método de construcción fue también diferente del viejo, y suscitó muchos comentarios entre los habitantes del Flotador Tranque. Habitual-mente, cada pata descendía a través de un agujero en el flotador y se anclaba en la bifurcación de un robusto tallo submarino. En la torre nueva esos so-portes terminaban en una plataforma baja de sesenta y cinco metros cuadrados y de esta plataforma se elevaban las cuatro patas: grandes postes de más de treinta metros de altura fabricados con mimbre reforzado empapado en barniz. Las patas, sujetadas por esparcidores, convergían poco a poco, hasta terminar en un armazón de cuatro metros cuadrados.

Las proporciones de la torre, la masa de los postes y el área comparativamente pequeña de la plataforma base, despertaban tanta curiosidad y críticas como el método poco convencional de construcción. En una ocasión Ixon Myrex acusó a Rollo Barnack, el Maestro Ratero, de falta de ortodoxia.

-¡Nunca vi una torre como ésta! -se quejó-. No entiendo la necesidad de una construcción tan pesada. Los postes son tan fuertes arriba como abajo. ¿Para qué?

- Dan mayor solidez a la torre -explicó Rollo Barnack guiñando un ojo.

- i Solidez puede ser, pero es tan precariamente estrecha en la base que una buena racha de viento la puede derribar en la laguna!

-¿De veras? -preguntó con seriedad Rollo Barnack, dando un paso atrás y observando la torre como si fuera la primera vez.

- No soy Ratero -prosiguió Ixon Myrex- y sé poco de construcción, pero ésa es la sensación que tengo. ¡Sobre todo porque la caseta de la torre está construida en lo alto y las lámparas y las tapas cuelgan de los brazos! ¡Piensa en la fuerza que hace como palanca!

-Tienes razón -dijo Rollo Barnack-. Para contrarrestar esa fuerza hemos decidido poner unos tirantes.

El Arbitro movió la cabeza perplejo.

-¿Por qué no la construisteis de la vieja manera, con patas separadas para que no hicieran falta los tirantes? Esto me parece demasiado complicado.

- Usamos un área del flotador mucho menor -señaló Rollo Barnack-. Algo importante a tener en cuenta.

Nada convencido, Ixon Myrex hizo un movimiento negativo con la cabeza, pero no protestó más.

Entonces pusieron los tirantes. Después agrega-ron la caseta de control y a continuación el enorme penol del que colgaban las tapas y las lámparas. Este último fue construido de la

Librodot

manera más meticulosa, usando partes de los tallos más densos que podían conseguir. Ixon Myrex, inspeccionando de nuevo la construcción, se asombró de la masa del penol. Mientras explicaba, Rollo Barnack se refirió a la consiguiente falta de vibración y al mayor control que eso daba a los Embaucadores.

-No temas, Árbitro. Todos los detalles de la construcción de esta torre han sido cuidadosamente pensados.

-¿Cómo los tirantes, por ejemplo? -preguntó Ixon Myrex con sorna-. ¡Y la manera en que se asientan las patas en la plataforma... sólo atadas! ¡Con cuerdas! ¿Es ésa una manera sólida de construir una torre de señales?

-Esperamos que cumpla con su propósito -dijo Rollo Barnack Si lo hace, no le pediremos más.

Ixon Myrex se marchó otra vez moviendo la cabeza.

Durante ese tiempo el rey Kragen no había aparecido por las cercanías del Flotador Tranque.

De la torre de señales de Thrasneck llegaban de vez en cuando noticias de su paradero: se lo había visto navegando al sur de Sankston, rumbo al oeste; se había detenido en Populosa Equidad a alimentarse; había vuelto a alimentarse en Parnassus, el siguiente flotador hacia el oeste. Después se había sumergido, y desde hacía dos días no daba señales de vida.

Tranque casi había vuelto a la normalidad. Las esponjas habían crecido Y empezaban a romper la cáscara, todas las cabañas habían sido reconstruidas; la nueva torre de señales, aunque pesada y de estructura algo inestable, era alta e impresionante.

Había llevado mucho tiempo preparar el penol. Cada brazo había sido hervido en barniz durante tres días, después se había cocido a fuego lento hasta que el tallo se volvió duro y denso. Estaban reforzados con puntales y raspados y pulidos y engrasados, y tenían un aspecto brillante y lustroso.

Finalmente el penol fue izado hasta la punta de la torre y puesto en su lugar, sin ahorrar ninguna precaución. Primero lo encajaron y después lo pegaron, ataron y clavaron.

Ixon Myrex se mostró otra vez perplejo. -¡La torre está torcida!

-¿De veras? -preguntó Rollo Barnack sin levantar la voz.

-Mira la orientación que tiene: no directamente hacia la torre de Thrasneck, como sería lógico, sino muy hacia un lado. Los habitantes de Thrasneck leerán nuestros mensajes como si fueran bizcos.

Rollo Barnack asintió educadamente.

-No se nos escapa ese detalle. Fue planeado así por las siguientes razones. Primero, se rumorea que la gente de Thrasneck está planeando una nueva torre, que será construida más o menos en la dirección hacia donde apunta la nuestra. Segundo, la configuración de los tallos submarinos dificultaba mucho fijar los postes en otro ángulo que el que estás viendo, y creemos que con el tiempo irá giran-do y torciéndose, lo que hará que la torre mire más directamente hacia la actual torre de Thrasneck.

El Intercesor Semm Voiderveg, que había recuperado algo del antiguo porte, se unió a las críticas de Ixon Myrex.

-¡Esta es la torre menos elegante y eficiente que he visto jamás! Mira el penol, tan largo y pesado, y la cabina tan pequeña y alargada debajo. ¿Alguien vio algo parecido?

Rollo Barnack repitió lo que había dicho antes.

-A mí me parece más que eficiente. Si cumple con su propósito estaremos más que felices.

Ixon Myrex movió negativamente la cabeza, apenado.

-Los habitantes de otros flotadores nos consideran excéntricos; con esta torre nueva apuntando hacia el mar, nos considerarán lunáticos.

- Quizá tengas razón -dijo Sklar Hast con una sonrisa-. ¿Por qué tú y Voiderveg no os

vais?

- ¡No hablemos de asuntos del pasado! -musitó Ixon Myrex-. Todo parece un mal sueño, como si nunca hubiera ocurrido.

-Por desgracia ocurrió -dijo Sklar Hast-, y el rey Kragen sigue nadando en el océano. ¡Si al me-nos muriera de causas naturales o se asfixiara por un exceso de esponjas o se ahogara...!

Semm Voiderveg lo miró con calma.

-Eres un hombre que no conoce la reverencia, la fidelidad.

Finalmente Ixon Myrex y Semm Voiderveg se marcharon.

Sklar Hast miró cómo se iban.

- ¡Qué situación! -dijo a Roger Kelso-. No podemos actuar como hombres honorables; no podemos manifestar lo que pensamos; tenemos que andar simulando todo el tiempo.

-No vale la pena preocuparse -dijo Kelso-. Hace tiempo que tomamos la decisión; ahora estamos preparados para actuar.

- ¿Y si fracasamos?

Roger Kelso se encogió de hombros.

-Yo diría que tenemos un treinta por ciento de probabilidades de éxito. Hay que actuar con tanta exactitud, con tanta precisión y sincronización que cuesta ser optimistas.

-Tenemos que avisar a los habitantes del flotador. Es lo menos que podemos hacer.

Rollo Barnack y Roger Kelso se opusieron pero sin éxito. Sklar Hast se salió finalmente con la suya, y en las primeras horas de la tarde convocó a todos los habitantes del flotador a una reunión.

Habló poco y fue directamente al grano.

-El Flotador Tranque vuelve a estar entero. La vida parece apacible y tranquila. Me parece justo anunciar que eso es ilusorio. Muchos de nosotros no nos hemos reconciliado con el imperio del rey Kragen, y proponemos acabar con él. Quizá fracasemos; quizá en el futuro haya circunstancias aún más desastrosas. Estáis avisados, y si queréis podéis iros a otros flotadores más ortodoxos.

Ixon Myrex se levantó de un salto.

-Sklar Hast... ¡No puedes involucrarnos a todos en tus planes! ¡No es justo! Este es mi veredicto como Árbitro.

Sklar Hast no respondió.

Entonces habló Semm Voiderveg.

-¡Yo, por supuesto, estoy de acuerdo con lo que dice el Arbitro! ¿Y puedo preguntar cómo piensas llevar a cabo esos ridículos planes?

-Estamos creando una variedad de esponjas venenosas -explicó Roger Kelso-. Cuando el rey Kragen las coma, se llenará de agua y se hundirá.

Sklar Hast dio media vuelta y se alejó hasta el borde del flotador para mirar hacia el agua. Detrás de él seguían discutiendo; después, en grupos de dos y tres y cuatro personas, todos se fueron a sus cabañas.

Meril Rohan se acercó a acompañar a Sklar J Hast, y durante un rato los dos se quedaron miran-do las aguas crepusculares.

-Vivimos en una época difícil -dijo Meril Rohan-, donde cuesta separar lo que está bien de lo que está mal, y donde no se sabe bien cómo actuar.

-Ha terminado una era -dijo Sklar Hast-. Una Era Dorada, una Era de Inocencia. La violencia, el odio y la turbulencia han llegado a los flota-dores. El mundo ya nunca más será el mismo.

- Quizá salga de todo esto un mundo nuevo y mejor.

Sklar Hast movió negativamente la cabeza.

- Lo dudo. Aunque el rey Kragen se hundiera y se ahogara en este momento, seguiría habiendo cambios. Es como si de repente los tiempos estuvieran maduros para el cambio. Tenemos que elegir: ir hacia adelante o ir hacia atrás.

Meril Rohan estaba callada. Señaló hacia Thrasneck.

-Mira las señales.

«... Se... ha... visto... al... rey... Kragen... al... norte... de...Quincunx... avanzando... en... dirección... este...»

-Todavía no es el momento -dijo Sklar Hast-. Todavía no estamos preparados.

Al día siguiente vieron al rey Kragen al norte del Flotador Tranque, flotando ociosamente a la deriva sin propósito aparente. Durante una hora flotó de manera apacible, apuntando con los tubos de los ojos a Tranque, y después viró acercándose como con curiosidad, e inspeccionó brevemente el flotador. Semm Voiderveg, ataviado con su ropa ceremonial, fue hasta el borde del flotador, donde interpretó sus posturas y señas rituales. El rey Kragen miró un rato y después, movido por alguna insondable emoción, dio una rápida sacudida y con un movimiento de palas giró y puso rumbo hacia el oeste, moviendo las mandíbulas como tijeras y estirando y encogiendo los palpos.

Semm Voiderveg hizo una última genuflexión y miró cómo se iba el rey Kragen.

Cerca estaba Sklar Hast, y cuando Semm Voiderveg se volvió para regresar a su cabaña, sus miradas se encontraron. Durante un breve instante los dos hombres se estudiaron mutuamente, con una hostilidad en la que no existía la comprensión. Sklar Hast sentía una emoción muy diferente del simple desprecio que sentía por Ixon Myrex. Era como si el propio Semm Voiderveg fuera en parte kragen, como si por sus venas corriera un fluido añil en vez de roja sangre humana.

Una semana más tarde el rey Kragen se dio un banquete con las esponjas de Bickle, y al día siguiente hizo lo mismo en Thrasneck. Un día más tarde emergió lentamente a cien metros de la entrada de la Laguna Tranque, y de nuevo, con cuidado, casi con desconfianza, examinó el flotador.

Mientras Semm Voiderveg corría con sus ropas ceremoniales, Sklar Hast subió por la escalera has-ta la caseta de las señales, pero el rey Kragen se sumergió lentamente. El agua se arremolinó sobre aquella torrecilla negra; el mar quedó tan tranquilo y azul como antes.

Sklar Hast bajó de la torre y se encontró con Semm Voiderveg que volvía a su cabaña.

-¡El rey Kragen está atento! ¡Conoce el Flotador Tranque por el mal que lo habita! ¡Ten cuidado!

Y Semm Voiderveg se alejó envuelto en un aleteo negro.

Sklar Hast se quedó mirando, preguntándose si Semm Voiderveg estaría loco. Volvió al cobertizo abierto donde con varios aprendices y Embaucado-res asistentes estaba construyendo un par de lo que él llamaba «mecanismos de práctica», y habló de esa posibilidad con Ben Kell, el Maestro Embaucador Asistente, que no tenía opinión.

-Para Voiderveg el que está loco eres tú -dijo Kell-. Ésos son asuntos difíciles de definir. En el contexto, de hace un año, Voiderveg es alguien total-mente cuerdo. Con las condiciones de ahora, la cuestión de quién es el más cuerdo no está tan clara.

Sklar Hast sonrió con amargura. Había perdido peso; sus mejillas se habían vuelto un poco cóncavas y le habían aparecido algunas canas en las sienes.

-Saquemos estas cosas fuera del cobertizo y demos a Myrex una nueva preocupación.

Quitaron de allí los mecanismos y los pusieron sobre el flotador, entre la torre y la laguna, uno a la derecha y el otro a la izquierda. En la laguna, frente a la torre, colgaba una pérgola cargada de esponjas maduras. Seis o siete metros más allá, aparente-mente por casualidad, flotaba un trozo de madera. El trozo, los dos mecanismos de práctica y la torre formaban más o menos un cuadrado de veinticinco metros de lado.

Clavaron unas estacas en la sustancia del flotador y los mecanismos quedaron firmemente ancla-dos. Sobre cada uno había un dispositivo de observación similar al pelorus de un navegante, que Sklar Hast ajustó para que apuntaran al trozo de madera flotante.

Su profecía se cumplió. Casi inmediatamente apareció el Árbitro con sus ya conocidas dudas y críticas. Comenzó hablando en un tono de cansada paciencia.

- ¿Qué son esos objetos?

-Son las máquinas con las que practican los aprendices. Las dejaremos aquí hasta que

tengamos para ellas un sitio adecuado debajo de la torre.

-Yo creía que antes de construir máquinas de practicar equiparías la torre con marcos, tapas y lámparas.

-Es lo que haríamos normalmente. Pero estamos probando una nueva conexión, y no sería bueno que los aprendices estuvieran sin practicar.

-Mientras tanto no podemos enviar mensajes. Estamos aislados

Sklar Hast señaló la torre de Thrasneck. -Puedes leer todo lo que pasa en otras partes. Aquí no ocurre nada importante.

- No obstante, deberíamos poner en marcha nuestro sistema lo antes posible. -Miró con odio la torre-. Por pesado, torcido y poco elegante que sea.

- Si cumple su función -dijo Sklar Hast-, será el objeto más hermoso que ha visto el mundo.

El Árbitro Myrex le lanzó una intensa mirada.

-¿Qué quieres decir con esas palabras?

Sklar Hast vio que había ido demasiado lejos.

Ixon Myrex era un hombre lento y rígido, pero no estúpido.

-Pura euforia, pura hipérbole.

Ixon Myrex soltó un gruñido.

-La estructura es una desgracia estética. Ya somos el hazmerreír de toda la línea. Cuando la gente habla de extravagancia y excentricidad y menciona a Quatrefoil y Sankston, ahora agrega a Tranque. No lamentaría nada ver esa torre destruida y que se levantara otra en su lugar.

-Ésta funcionará -dijo Sklar Hast en tono despreocupado.

Pasaron más días. El rey Kragen cenó en Lámpara Verde, en Fleurnoy y en Adelvine tres días sucesivos, y después se alejó hacia el oeste, hasta Granolt. Durante dos días no se lo vio, y después apareció en el horizonte, al sur de Aumerge, avanzando hacia el este. Al otro día cenó una vez más en Adelvine, agotando casi todo lo que había en la laguna, y al día siguiente en Sumber, el tercer flotador al norte de Tranque, con sólo Thrasneck y Bickle entre ellos. En el Flotador Tranque había una atmósfera de inquietud y aprensión. La gente hablaba en voz baja y miraba constantemente de reojo hacia el mar. Por algún tipo de ósmosis psíquica todo el mundo sabía que había un gran proyecto en marcha, aunque desconocían la naturaleza de ese proyecto... todos menos la treintena de hombres más reservados del flotador.

Dos días después de haber cenado en Sumber, el rey Kragen apareció en el océano al norte de Tranque y se quedó flotando allí media hora, moviendo las enormes paletas. Al ver eso, los más medrosos se fueron de Tranque, llevándose a Thrasneck mujeres e hijos.

Semm Voiderveg fue a ver a Sklar Hast hecho una furia.

¿Qué pasa? ¿Qué estás tramando?

-¿Qué estás tramando tú?

-¿Yo? -bramó el corpulento Intercesor-. ¿Qué puedo tramar que no sea rectitud? ¡Eres tú y tus cómplices quienes amenazan el tejido de nuestra existencia!

-Cálmate, Voiderveg -dijo Wall Bunce con una sonrisa insensible-. Allá flota el kragen al que te has entregado. Si apareces en desventaja te perderá el respeto.

Rudolf Snyder emitió un grito de advertencia. -¡Se mueve! ¡Está nadando!

Semm Voiderveg hizo un gesto desaforado.

-Debo ir a recibirlo. Sklar Hast, te advierto, te imploro, ¡no hagas nada contrario a la Alianza!

Sklar Hast no respondió. Con una desesperada mirada final de admonición, el Intercesor marchó hacia el borde del flotador y empezó con sus gesticulaciones rituales.

El rey Kragen avanzó despacio, impulsándose con pequeños movimientos de las palas. Los tubos de los ojos estudiaron con atención el flotador, como si hubieran recibido parte de la tensión y la emoción de los habitantes.

El rey Kragen se acercó a la desembocadura de la laguna. Semm Voiderveg hizo una

Librodot

seña a sus ayudantes, que retiraron la red para que el rey Kragen pudiera entrar en la laguna.

La gran mole negra se acercaba. Sklar Hast tomó conciencia de lo atentos que estaban Ixon Myrex y varios más. Era evidente que habían tratado el tema y hecho planes para impedir cualquier acción de su parte. Sklar Hast esperaba algo por el estilo y no estaba nada perturbado. Fue hasta un banco y se sentó, como desvinculándose desdeñosa-mente de toda la situación. Al mirar alrededor vio que otros de ideas ortodoxas estaban también cerca de Roger Kelso y Rubal Gallager, aparentemente preparados para emplear la fuerza si fuera necesario. A lo largo del flotador, otros de los que estaban en la conspiración iban ocupando con naturalidad sus puestos. Sklar Hast creía que el programa era descaradamente obvio, y le extrañaba que ni Semm Voiderveg ni Ixon Myrex ni los demás lo hubieran percibido.

Uno sí se había dado cuenta, Gian Recargo, Anciano de los Desfalcadores. Fue hasta el banco y se sentó al lado de Sklar Hast.

-Este es un momento precario. -Echó una mirada hacia la torre de señales-. Espero que todo salga bien.

Sklar Hast asintió con una expresión sombría. -Yo también.

El tiempo avanzaba con exasperante lentitud. El sol brillaba casi perpendicular sobre el agua ultra-marina. El follaje -negro, naranja, verde, púrpura, pardo rojizo- oscilaba movido por una leve brisa cálida. El rey Kragen nadó entrando en la laguna.

Semm Voiderveg corrió hasta el borde del flotador e hizo los gestos de reverencia e invitación.

Sklar Hast frunció el ceño y se rascó la barbilla. Gian Recargo lo miró de reojo.

-¿Qué hacemos con Semm Voiderveg? -preguntó en tono muy seco.

-No lo había tenido en cuenta -masculló Sklar Hast-. Un error de razonamiento... Haré todo lo que esté a mi alcance. -Se levantó y se acercó a Rollo Barnack, que estaba junto a uno de los mecanismos de práctica. Junto al otro estaba Ben Kell, el Maestro Embaucador Ayudante, ambos en una posición que les permitía mirar por sus peloruses-. El Intercesor se ha puesto delante -dijo Sklar Hast entre dientes-. No le prestéis atención. Yo trataré de salvarlo.

-Tú también correrás peligro.

Sklar Hast asintió.

-Así es, por desgracia. Todos corremos graves riesgos. No tengáis en cuenta a Semm Voiderveg ni a mí. Proceded como si ninguno de los dos estuviera en peligro. Los dos escaparemos.

Rollo Barnack hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

-Como quieras.

Y miró a través del pelorus y vio la nerviosa punta de la paleta delantera del rey Kragen.

El rey Kragen flotó en silencio durante diez o veinte segundos, estudiando a Semm Voiderveg. Después volvió a avanzar, echando hacia adelante los palpos, y se dio un último impulso que lo llevó junto ala pérgola.

El rey Kragen empezó a alimentarse.

Rollo Barnack, mirando por el pelorus, encontró la torrecilla un poco a la derecha de su línea de visión. Esperó. El rey Kragen flotó moviéndose un poco hacia la izquierda. Rollo Barnack hizo una señal convenida, levantando la mano y pasándose los dedos por el pelo. Ben Kell, en el otro pelorus, ya estaba haciendo lo mismo.

Detrás de la torre, Poe Belrod y Wall Bunce ya habían cortado los amarres y atado las dos patas traseras a los tocones que brotaban de la plataforma base. Rudolf Snyder y Garth Gasselton soltaron los tirantes traseros. De cada uno de los tirantes delanteros -los que iban hacia la laguna- tiraban cinco hombres de la manera más tranquila y natural posible.

La enorme torre, alta, pesada, estrecha en la base, pivotó sobre las dos patas todavía atadas. El formidable penol empezó a describir un gran arco que terminaría en la torrecilla del rey Kragen.

Directamente en el camino de la torre que caía estaba Semm Voiderveg, concentrado en

sus rituales. Sklar Hast se adelantó dando unas zancadas y apartó al Intercesor. Otros se dieron cuenta de que la torre caía. De repente hubo unos gritos de susto. Semm Voiderveg miró por encima del hombro y vio cómo se derrumbaba aquella estructura y al mismo tiempo sintió que Sklar Hast lo embestía. Soltó un graznido ahogado y trató de correr tropezando y agitando los brazos. Los dos hombres rodaron, apartándose del peligro. El asombrado rey Kragen movió las paletas. Como un enorme pico, la torre descargó el puntiagudo penol, que no dio en el centro de la torrecilla porque el rey Kragen se movió, alarmado. La punta dio en el cilindro negro, rebotó y se clavó en la negra plataforma rectangular que había debajo.

Rollo Barnack y Roger Kelso soltaron quejidos de decepción; otros gritaron de horror y miedo. El rey Kragen emitió un feroz siseo y azotó el agua con las cuatro palas. El penol se desprendió de la torre; el rey Kragen forcejeó volviendo a la laguna. Con dos de los palpos agarró el tronco que aún le sobre-salía de la carne, lo arrancó y lo blandió en el aire. Semm Voiderveg, levantándose con esfuerzo, gritó con voz llorona y estridente:

-¡Piedad, rey Kragen! ¡Qué error terrible! ¡Pie-dad, ten piedad!

El rey Kragen se acercó y descargó vengativa-mente el tronco en Semm Voiderveg, aplastándolo contra la hoja. Lo golpeó de nuevo y después, rugiendo y silbando, arrojó el objeto a Sklar Hast. A continuación dio marcha atrás, aceleró y arremetió contra el flotador.

-Corred -gritó Rollo Barnack con voz ronca-. ¡Sálvese quien pueda!

El rey Kragen no estaba conforme con la devastación de Tranque. También hizo estragos en Thrasneck y Bickle; después, fatigado y quizá dolorido, se impulsó hasta el mar y desapareció.

8

Convocaron una Gran Asamblea en el Flotador Apprise. Barquan Blasdel, el Intercesor de Apprise, fue el primero en hablar. Sus comentarios, como era de esperar, fueron amargos, y su tono severo. Elogió largamente a Semm Voiderveg; lamentó los muertos de Tranque, Thrasneck y Bickle; describió la confusión y el desastre; habló con pesimismo de la Alianza rota.

–Su comprensible furia aún no ha sido saciada, pero ¿acaso sufren los culpables? No. Esta mañana el rey Kragen atacó y demolió las barcas de cuatro Estafadores de Vidmar. ¿Quién puede culparlo? ¡Llegar de buena fe, según los términos de la Alianza, a recibir lo que era de él, alentado y recibido por el Intercesor, y entonces sufrir este ataque mortífero! ¡El rey Kragen ha dado una buena muestra de compostura al no destruir todos los flotadores de la cadena!

»No hace falta decir que los horribles conspiradores que urdieron este plan deben ser castigados. La última asamblea terminó en disturbios y derramamiento de sangre. En esta ocasión tenemos que ser más controlados, más sagaces, pero decididamente tenemos que actuar. Los conspiradores deben morir.

Barquan Blasdel no pidió que la gente mostrara los puños, dado que los acusados aún no habían hablado en su defensa.

Phyral Berwick, Arbitro de Apprise y por lo tanto moderador de la asamblea, miró alrededor. –¿Quién tiene ganas de hablar?

–Yo. –Gian Recargo, Anciano de los Desfalcadores de Tranque, dio un paso adelante–. Yo no fui un conspirador activo. Al principio tenía ideas ortodoxas; después cambié la manera de pensar. Sigo en ese cambio. Es cierto que los llamados conspiradores han provocado daño y pérdida de vidas en los flotadores. Lo lamentan tanto como el que más. Pero estoy de acuerdo con Sklar Hast: el daño y las muertes son inevitables. Hay que matar al rey Kragen.

Por lo tanto, no injuriemos a estos hombres que a fuerza de ingenio y osadía casi mataron al rey Kragen. Hicieron todo lo que pudieron. Sklar Hast arriesgó su propia vida para salvar la vida de Semm Voiderveg. El rey Kragen mató al Intercesor.

Barquan Blasdel se levantó de un salto y ridiculizó la defensa que Gian Recargo había hecho de lo que él llamaba la «blasfema irresponsabilidad de los conspiradores». Después de él habló Archibel Verack, Intercesor de Quincunx; luego Parensic Mole, Árbitro de Wyebolt; a continuación intervinieron una serie de árbitros, intercesores, ancianos y maestros de gremio.

No había ningún consenso claro. Parecía que aproximadamente un tercio de los presentes era partidario de aplicar a los conspiradores los castigos más drásticos; otro tercio, aunque lamentando la destrucción y las muertes, lamentaba aún más el fracaso del plan; el tercio final estaba compuesto por personas confusas, indecisas y temerosas que se inclinaban en una dirección y después en la otra.

Sklar Hast, aconsejado por Gian Recargo, no habló, y se limitó a mirar impávidamente mientras Barquan Blasdel y otros lo cubrían de oprobio.

A medida que transcurría la tarde se fue acabando la paciencia. Barquan Blasdel decidió finalmente dar un remate a la situación. Con voz mortalmente calma volvió a enumerar los pecados de Sklar Hast y sus compañeros y después, elevando la voz, con tono apremiante, pidió a la gente que mostrara los puños.

–¡Paz y Alianza! ¡Todos los que estéis a favor, levantad los puños! ¡Debemos purgar el mal que nos amenaza! ¡Y os digo... –se inclinó y miró amenazadoramente por encima del flotador– que si la asamblea no vota correctamente la muerte de los asesinos, nosotros, los bien pensantes y verdaderos creyentes, nos debemos organizar en un grupo disciplinado para asegurarnos de que se cumpla la justicia! ¡Así de serio, de básico, de importante es este asunto! ¡El crimen no puede quedar impune! ¡Antes vacilamos... y mirad adónde nos ha conducido esa actitud! Por eso os digo: votad muerte a los asesinos o la poderosa fuerza de la ira ortodoxa impondrá una severa justicia. Por lo tanto: ¡arriba los puños contra Sklar Hast y los conspiradores!

Los puños subieron en el aire. Un número similar quedó abajo, aunque muchos de éstos pertenecían a los confundidos y a los indecisos. Entonces. comenzó el ominoso murmullo de razonamientos que había precedido al derramamiento de sangre en la última asamblea.

Sklar Hast se puso de pie y subió a zancadas a la tribuna.

–Estamos claramente divididos. Algunos desean servir al rey Kragen, otros prefieren no hacerlo. Estamos al borde de una terrible experiencia, que por todos los medios debemos impedir. Hay una manera sencilla de hacerlo. Existen otros flotadores tan fértiles como éstos. Ofrezco marcharme de estos amados Flotadores de Origen e iniciar una nueva vida en otro sitio. Naturalmente, serán bienvenidos todos los que deseen acompañarme, aunque no alentaré a nadie a hacerlo. Ganaremos libertad. No serviremos a ningún rey Kragen. La vida nos pertenecerá. Al principio sufriremos Sin duda privaciones, pero las superaremos y crearemos una vida tan agradable como la que hemos conocido aquí... quizá más agradable porque no habrá ningún tiránico rey Kragen. Entonces, ¿quién quiere partir en busca de un nuevo hogar?

Se levantaron algunas manos, y después otras, y después otras más, hasta representar más o menos un tercio de los presentes.

–Esto es más de lo que esperaba –dijo Sklar Hast–. Id entonces a vuestros flotadores, cargad las barcas con herramientas, potes, barniz, cordaje... todo lo que tenga alguna utilidad. Después volved aquí, a la Laguna Apprise. Esperaremos un momento propicio para irnos, cuando sepamos que la bestia está en Sciona si decidimos navegar hacia el este, o en Tranque si navegamos hacia el oeste. No hace falta decir que la dirección y la hora de partida deben ser secretas. No hace falta explicar por qué. –Lanzó una mirada irónica a Barquan Blasdel, que estaba allí sentado como una imagen esculpida–. Es triste abandonar la casa de los antepasados, pero peor es quedarse y someterse a la tiranía. Los Primeros tomaron esta misma decisión, y es evidente que al menos algunos de nosotros todavía conservamos los ideales de

nuestros antepasados.

Barquan Blasdel habló sin levantarse: un acto grosero.

–No hables de ideales: vete. Vete contento. Vete con toda la buena voluntad. No te extrañaremos. ¡Y no se te ocurra regresar cuando los abundantes bribones, sin el control del gran rey, te devoren las pobres esponjas, te rompan las redes, te aplasten las barcas!

Sklar Hast no le prestó la menor atención.

–Todos los que vayamos a marcharnos de estos tristes Flotadores de Origen nos reuniremos aquí dentro de dos días. En ese momento decidiremos en secreto la hora de partida.

Barquan Blasdel soltó una carcajada.

–No necesitas temer nuestra interferencia. Vete cuando lo desees; lo que haremos será facilitarte la partida.

Sklar Hast reflexionó un momento.

–¿No informaréis al rey Kragen de nuestra partida?

–No. Aunque, por supuesto, puede enterarse mediante su propia observación.

–Éste será entonces nuestro plan. En la tarde del tercer día, cuando el viento sople hacia el oeste, partiremos... siempre, claro está, que el rey Kragen navegue hacia el este.

9

Barquan Blasdel, Intercesor de Apprise, su esposa y seis hijas ocupaban una hoja en el océano al norte del flotador principal de Apprise, algo aislada y aparte. Era quizá la hoja más selecta y más agradable del complejo Apprise, situada donde Blas-del podía leer las señales de las torres de Apprise, Quatrefoil y Las Ligas hacia el este, y de Granolt hacia el oeste. La hoja estaba encantadoramente cubierta con un centenar de plantas y enredaderas diferentes, algunas cargadas de vainas resinosas, otras de cápsulas de fragante savia; otras de crespos zarcillos y retoños. Algunos arbustos producían tinturas y pigmentos; una epífita de hojas moradas producía unos frutos carnosos de rico sabor. Otras cosas que crecían allí eran puramente ornamenta-les... situación no muy habitual en los flotadores, donde el espacio escaseaba y cada objeto tenía una utilidad. A lo largo de la línea de flotadores pocas hojas podían compararse con la de Barquan Blasdel en belleza, variedad de plantas, aislamiento y tranquilidad. Al atardecer del segundo día después de la asamblea, Barquan Blasdel regresó a su hoja. Dejó caer la amarra de la barca en una estaca de hueso esculpido, mirando con admiración hacia el oeste. El sol acababa de bajar del cielo, que ahora resplandecía con brillantes verdes, azules y, en el cenit, un púrpura de exquisita pureza. El océano, rizándose con los primeros soplos de la brisa nocturna, reflejaba el cielo. Blasdel se sentía rodeado, inmerso en el color.

Dio media vuelta y echó a andar hacia su casa, silbando entre dientes. En la laguna había quinientas barcas, quizá incluso seiscientas, cargadas de efectos personales: las pertenencias de los elementos más perversos y problemáticos de los flotadores. Al día siguiente partirían y no se sabría más de ellos. Nunca más. Y los silbidos de Blasdel bajaron de tono y se volvieron más pensativos.

Aunque daba la impresión de que la vida fluía sin problemas, él últimamente sentía un desasosiego creciente, una insatisfacción que se había manifestado de cien formas diferentes. A Barquan el intento de matar al rey Kragen no lo había sorprendido tanto como había dado a entender, y consideraba que el intento había estado más cerca del éxito de lo que él hubiera imaginado. Ese tal Sklar Hast era un tipo listo e inescrupuloso. Un hombre escandaloso, recalcitrante, escéptico y de gran energía. Barquan Blasdel estaba más que contento de verlo marchar.

Todo estaba saliendo de la manera más satisfactoria. ¡Sí, claro que sí! La situación no se habría resuelto mejor aunque él hubiera organizado personalmente toda la secuencia de sucesos! ¡De golpe todos los gruñones, los pelafustanes, los secretamente insolentes, los obstinados y testarudos desaparecerían y no volverían a perturbar nunca más la fácil y ortodoxa forma de vida!

Caminando con desenvoltura, subió por el sendero hacia su residencia: un grupo de cinco cabañas adosadas, ocultas por el jardín, y que proporcionaban un máximo de intimidad a Blasdel, su esposa y seis hijas. Blasdel se detuvo. En un banco al lado de la puerta había un hombre sentado. La oscuridad del crepúsculo le ocultaba la cara. Blasdel frunció el ceño y miró con atención. En su hoja privada no eran bien vistos los intrusos.

Blasdel se acercó. El hombre se levantó del banco e hizo una reverencia. Era Phyral Berwick, el Arbitro de Apprise.

-Buenas noches -dijo Berwick-. Espero no haberte asustado.

-De ninguna manera -dijo Blasdel en tono brusco. Con rango similar al suyo, no podía ignorarlo, aunque después- de su extraordinaria y equívoca conducta en las dos asambleas, Blasdel no pudo mostrar más que un mínimo de cortesía formal-. Lamentablemente -dijo- no esperaba visitas, y no puedo ofrecerte ningún refrigerio.

-No tiene importancia -declaró Berwick-. No quiero comida ni bebida. -Señaló con la mano alrededor-. Vives en una hoja de incomparable belleza, Barquan Blasdel. Muchos te envidian.

Blasdel se encogió de hombros.

-Mi conducta es ortodoxa; estoy blindado contra las opiniones adversas. Pero ¿qué urgencia te trae aquí? Me temo que no podré estar muy ceremonioso; pronto tendré que llegar a la torre de señales para participar en una conferencia cifrada de todos los flotadores.

Berwick hizo un gesto de educada aquiescencia.

-Lo que me trae aquí tiene poca importancia. Pero no me gusta tenerte ahí de pie en el crepúsculo. ¿Entramos?

Blasdel gruñó, abrió la puerta e hizo pasar a Berwick a la cabaña. De un armario sacó fibra de luminante, que encendió y colocó sobre una agarradera.

-Para serte franco -dijo volviéndose de repente y mirando a Berwick de reojo-, me sorprendió un poco verte. Aparentemente tú estabas entre los disidentes más impulsivos que planeaban irse.

-Puedo haber dado esa impresión -aceptó Berwick-. Pero tienes que comprender que las cosas dichas en el calor de la emoción son a veces enmendadas a la luz de la sobria razón.

Blasdel asintió bruscamente.

- Muy cierto. Sospecho que muchos otros ingratos se lo pensarán dos veces antes de unirse a esa atolondrada expedición.

Esperaba, en realidad, que eso no ocurriera.

- Eso explica en parte mi presencia aquí -dijo Berwick. Miró alrededor del cuarto-. Interesante habitación. Posees docenas de artefactos valiosos. ¿Dónde está el resto de tu familia?

-En la zona doméstica. Éste es mi santuario, mi taller, mi lugar de meditación.

-Ya veo. -Berwick inspeccionó las paredes-. ¡Ya veo, ya veo! ¡Creo advertir algunas reliquias de los antepasados!

-Cierto -dijo Blasdel-. Este pequeño objeto plano está hecho con la sustancia llamada «metal», y es sumamente duro. El mejor cuchillo óseo no le hará ni un raspón. No sé qué función cumplía este objeto particular. Es una reliquia de familia. Estos libros son copias exactas de las Memorias. ¡Ay!, la mayoría me resultan del todo incomprensibles. No hay nada más de gran interés. En el estante está mi tocado ceremonial; ya lo has visto. Aquí está mi telescopio. Es viejo; la caja está deformada, la goma de las lentes se ha hinchado y agrietado. Para empezar, esa goma era de mala calidad, pero no necesito un instrumento mejor. Soy dueño de pocas cosas.

A diferencia de muchos intercesores y ciertos árbitros. -Miró intencionadamente a Phyral Berwick-. No suelo rodearme de sibaríticos almohadones y cestas de golosinas.

Berwick rió con tristeza.

- Has hecho referencia a mis debilidades; que quizá son producto del miedo a la pobreza.

- ¡Ja, ja! -Blasdel se puso jovial-. Empiezo a entender. A los bribones "que parten para nuevos y lejanos flotadores sólo les esperan penurias: peces salvajes, esponjas duras, barniz nuevo con menos cuerpo que el agua; en resumen, volverán a la vida salvaje. Seguramente sufrirán los estragos de kragen menores, que rápidamente los rodearán. Quizá con el tiempo...

Su voz y su cara adoptaron un aire pensativo.

-¿Qué ibas a decir? -preguntó Phyral Berwick. Blasdel soltó una risa evasiva.

-Acaba de ocurrírseme una idea divertida, aunque descabellada. Quizá con el tiempo uno de esos kragen inferiores venza a los demás y los ahuyente. Cuando eso ocurra, los que huyen del rey Kragen tendrán un rey propio que con el tiempo...

Hizo otra pausa.

¿Qué con el tiempo podrá competir con el rey Kragen en cuanto a tamaño y fuerza? No es una idea nada disparatada... aunque el rey Kragen ya es enorme debido a sus largos banquetes y nada indica que su crecimiento vaya a detenerse.

Un temblor casi imperceptible movió el suelo de la cabaña. Blasdel se asomó a la puerta.

-Me pareció oír que llegaba una barca.

-Habrá sido una ráfaga de viento -dijo Berwick-. Bueno, iré al grano. Como habrás adivina-do, no vine a examinar tus reliquias ni a hacer comentarios sobre la comodidad de tu cabaña. Vengo por esto. Más de dos mil habitantes abandonan los Flotadores de Origen, y pienso que nadie, ni siquiera el Intercesor más violentamente fanático, desea-ría que ese grupo encontrara al rey Kragen en el océano. El rey Kragen, como bien sabes, se torna petulante, e incluso irascible, cuando encuentra a hombres invadiendo su reino. Ahora está más irascible que nunca. Quizá teme la posibilidad de un segundo rey Kragen, como hemos conjeturado. Vine por lo tanto a averiguar el paradero del rey Kragen. Por la tarde el viento sopla del oeste, y el sitio óptimo para el rey Kragen sería Tranque o Thrasneck.

Blasdel asintió sabiamente.

-Eso, por supuesto, es cuestión de casualidad y de suerte, y no hay duda de que los emigrantes ponen a prueba su suerte. Si por casualidad el rey Kragen estuviera esperando en el oeste mañana por la tarde, y viera la flotilla, eso bien podría despertar su furia en perjuicio de la expedición.

-¿Y dónde estaba el rey Kragen según la última notificación? -preguntó Berwick.

Barquan Blasdel arrugó el negro y poblado entre-cejo.

-Creo haber visto señales según las cuales se lo había observado navegando hacia el este por debajo del Adelvine, hacia Sumber. Puedo haber leído mal la señal, puesto que la vi de reojo, pero eso es lo que entendí.

-Excelente -dijo Berwick-. Son buenas noticias. Los emigrantes podrán entonces partir de manera segura y sin interferencias.

- Eso esperamos -dijo Blasdel-. Pero, como sabemos, el rey Kragen está sujeto a imprevisibles caprichos y rarezas.

Berwick hizo un ademán confidencial.

-A veces, según se rumorea, responde a las señales transmitidas de alguna misteriosa manera por los Intercesores. Dime, Barquan Blasdel, ¿es así? Los dos somos celebridades y compartimos la responsabilidad de asegurar el bienestar del Flotador Apprise. ¿Es cierto entonces, como se ha afirmado, que los Intercesores se comunican con el rey Kragen?

- Esa pregunta, Árbitro Berwick -dijo Blas-del-, no me parece muy pertinente. Si dijera que sí, divulgaría un secreto de oficio. Si dijera que no, parecería que los Intercesores presumimos de capacidades inexistentes. Así que tendrás que conformar-te con las hipótesis

que te parezcan más provechosas.

-Respuesta bastante satisfactoria -dijo Phyral Berwick-. De todos modos, y en la más estricta confianza, te contaré una circunstancia divertida. Como sabes, en ambas asambleas yo, en cierto modo, tomé partido por Sklar Hast. Por lo tanto fui aceptado en sus más íntimos consejos. Puedo informarte con autoridad... si me garantizas tu silencio. ¡De ninguna manera traicionaría a Sklar Hast o comprometería la seguridad de la expedición!

-Claro, claro; mis labios están sellados con barniz de catorce años.

- ¿Te comprometes a no comunicar, transmitir, sugerir o insinuar ninguno de los elementos que estoy a punto de confiarte a ninguna persona o cosa, mediante mensajes escritos, guiños o cualquier otro método de comunicación?

Barquan Blasdel soltó una risita nerviosa.

-Tus previsiones no son sólo legalistas sino portentosas.

¿Estás de acuerdo con los términos?

- ¡Por supuesto! ¡Ya te he garantizado mi reticencia!

-Bien, entonces te tomo la palabra. Ésta es la divertida táctica de Sklar Hast: ha dispuesto que un grupo de influyentes Intercesores acompañen al grupo. Si todo va bien, los Intercesores vivirán. Si no, como todos los demás, perecerán en las mandíbulas del rey Kragen. -Phyral Berwick dio un paso atrás y observó a Barquan Blasdel con atención-. ¿Qué me dices de eso?

Blasdel se quedó rígido, acariciándose la negra barba. Lanzó una rápida mirada hacia Berwick.

- ¿A qué Intercesores van a secuestrar?

- ¡Ajá!-dijo Berwick-. Eso, como tu respuesta, podrías expresarlo de manera algo diferente. Así, por ejemplo: Sklar Hast y su formidable banda par-ten por la mañana; ahora es la última oportunidad para que personas que así lo deseen prueben suerte con el grupo; y no obstante, tú esperas que todos los Intercesores permanezcan en sus puestos.

-¡Bah! -dijo Barquan Blasdel indignado-. ¡Eso no transmite ninguna sensación de inminencia! Diré que Sklar Hast está desesperado; ¡si decide llevarse rehenes, su mente enferma seleccionaría a los Intercesores como las personas más apropiadas!

Berwick se mostró en firme desacuerdo.

-Creo que esto sobrepasa la línea que he traza-do. Mi honor está en juego, y no puedo aceptar ningún anuncio que erróneamente formule una certeza como probabilidad. Si prefieres hacer una leve referencia o quizá instar a que no demasiados intercesores se unan a la expedición, de acuerdo. Que-da plantado un sutil germen de sospecha, tú has hecho tu deber y no se ha comprometido mi honor.

-Sí, sí -exclamó Blasdel-. ¡Estoy de acuerdo con lo que sea! Pero debo apresurarme a llegar a la torre. ¡Mientras nos detenemos en nimiedades Sklar Hast y sus bandidos apresan Intercesores!

-¿Y cuál es el problema? -inquirió Berwick con voz suave-. Dices que han visto al rey Kragen navegando de Adelvine hacia el oeste; por lo tanto los Intercesores no correrán ningún peligro y probablemente se les permitirá regresar una vez que Sklar Hast esté seguro de que el rey Kragen ya no representa un peligro. Inversamente, si los Intercesores han traicionado a Sklar Hast y dado información para que el rey Kragen espere en el lejano oeste,

ta a la pregunta que te hice, es un secreto de oficio. Dudo que molesten a hombres de poca importancia, pero si yo fuera Intercesor de Aumerge o Sumber o Quatrefoil o incluso de Apprise, creo que tomaría mis precauciones.

Blasdel miró a Berwick con una mezcla de rece-lo y desasosiego.

- ¿Estás usando este medio para advertirme? Si es así, te agradecería que hablaras de manera menos ambigua. Personalmente no temo un ataque de esas características. A treinta metros de aquí hay tres incondicionales probando a mis hijas para el matrimonio. Un grito conseguiría ayuda instantánea del flotador, que está a tiro de vara del jardín.

Berwick asintió sabiamente.

- Entonces parece que estás muy seguro.

-Ahora debo darme prisa para llegar al flotador principal -dijo Blasdel-. Me esperan en la torre para una conferencia de todos los flotadores, y la noche se nos está echando encima.

Berwick inclinó la cabeza y se apartó.

-Naturalmente, te acordarás de no revelar nada de lo que te dije para no provocar ninguna forma de alerta, para no dar pistas... No harás ninguna referencia al asunto.

Blasdel hizo un gesto de impaciencia.

- No diré nada más allá de mi intención original, dado que el villano Sklar Hast obviamente no conoce la moderación, y además incumbe a todas las personalidades y maestros artesanales proteger-se de alguna forma de venganza final.

Berwick frunció el ceño.

-No creo que tengas que ir tan lejos. Quizá frente al Flotador de Sciona, merecen morir con los demás. Es justicia de la más precisa y exquisita ecuanimidad.

-En eso reside la dificultad -masculló Blasdel, tratando de adelantarse a Berwick mientras iban hacia la puerta-. Yo no puedo responsabilizarme del silencio de los otros Intercesores. ¿Qué pasa si uno entre ellos ha notificado al rey Kragen? Entonces sobrevendrá una tragedia.

-¡Interesante! ¿Así que de veras puedes convocar al rey Kragen cuando deseas?

- Sí, sí, pero no olvides que es un secreto. Y ahora...

- Eso significa que siempre conoces el paradero del rey Kragen. ¿Cómo lo logras?

- No hay tiempo para explicarlo; basta con decir que tenemos los medios a nuestro alcance. -¿Aquí? ¿En tu taller?

-Sí, claro. Ahora apártate. Después de que haya difundido la advertencia, aclararé todo. ¡Apártate!

Berwick se encogió de hombros y dejó pasar a Blasdel, que salió corriendo de la cabaña, atravesó el jardín y fue hasta el borde de la hoja.

Blasdel se detuvo al borde del agua. La barca había desaparecido. Donde antes se alzaba contra el crepúsculo del follaje a la torre del Flotador Apprise, ahora sólo había cielo vacío y agua vacía. La hoja flotaba a la deriva; empujada por el viento oeste del anochecer, ya se había alejado del Flotador Apprise.

Blasdel emitió un sonido inarticulado de furia y tristeza. Dio media vuelta y encontró a Berwick a sus espaldas.

–¿Qué ha ocurrido? -preguntó Blasdel.

-Parece que mientras hablábamos los Publicistas cortaron el tallo de tu hoja. Esa, al menos, es mi impresión.

-Sí, sí -crepitó la voz de Blasdel-. Eso es evidente. ¿Qué más?

Berwick se encogió de hombros.

- Parece que, nos guste o no nos guste, formamos parte de la gran emigración. Y dado que ahora las cosas son así, me alivia saber que tienes la manera de determinar el paradero del rey Kragen. Vamos. Usemos ese aparato y tranquilicémonos.

Blasdel soltó un sonido áspero, gutural. Se agachó, y por un momento pareció a punto de lanzar-se sobre Phyral Berwick. De las frondosas sombras apareció otro hombre. Berwick señaló con la mano.

- Creo que el propio Sklar Hast anda por ahí.

-Me engañaste -gimió Barquan Blasdel apretando con fuerza los dientes-. Has realizado un acto infame, que lamentarás.

- No he realizado tal acción, aunque parece que entendiste mal mi actitud. Pero no es hora de recriminaciones. Compartimos el mismo problema, que es cómo escapar de la malevolencia del rey Kragen. Sugiero que ahora procedas a localizarlo.

Sin chistar, Blasdel dio media vuelta y echó a andar hacia la cabaña. Entró en la habitación principal, seguido de cerca por Berwick y Sklar Hast. Fue hasta la pared y levantó un panel descubriendo un cuarto interior. Buscó más luces; entraron todos. Había un agujero

Librodot

en el suelo que atravesaba la hoja, y el tejido esponjoso había sido pintado con un barniz negro para impedir que creciera. Un tubo fabricado con un tallo amarillo de unos diez-centímetros de diámetro se metía en el agua.

-En el fondo -dijo Blasdel con sequedad-hay una trompa de cualidad y forma precisas. En el extremo tiene poco más de un metro de diámetro y está cubierta con un diafragma de piel de hoja seca y barnizada. El rey Kragen emite un so-nido al cual, esta trompa es muy sensible. -Se acercó al tubo, le apoyó la oreja, escuchó y poco a poco lo fue haciendo girar sobre un eje vertical. Movió negativamente la cabeza-. No oigo nada. Eso significa que el rey Kragen está por lo menos a diez millas de distancia. Si estuviera más cerca lo detectaría: Esta mañana temprano iba hacia el oeste; probablemente nade cerca de Vidmar o Leumar o Populosa Equidad.

Sklar Hast ahogó la risa.

-¿Impulsado hacia allí por los Intercesores? Con amargura, Blasdel se encogió de hombros. -De eso no tengo nada que decir.

-Entonces, ¿cómo convocas al rey Kragen?

Blasdel señaló una vara que salía del suelo, cuya parte superior terminaba en una manivela.

-Abajo, en el agua, hay un tambor. Dentro de ese tambor hay una rueda. Al dar vueltas a la manivela, la rueda, trabajando sobre resina, roza el tambor y emite una señal. El rey Kragen detecta ese sonido desde muy lejos: también unas diez millas. Supongamos que está, digamos, en Sankston, y que se lo necesita en Bickle. El intercesor de Las Ligas lo llama hasta que la trompa le dice que está a cuatro o cinco millas de distancia, y entonces lo llama el intercesor de Quatrefoil, y a continuación el intercesor de Hastings y así sucesivamente, hasta que-dar al alcance del intercesor del Flotador Bickle.

-Entiendo -dijo Sklar Hast-. De esta manera Semm Voiderveg llamó al rey Kragen a Tranque, después de lo cual el rey Kragen destruyó el Flotador Tranque y mató a cuarenta y tres personas.

-Así es.

¡Y tienes la hipocresía de llamarnos asesinos! Blasdel volvió a encogerse de hombros y no dijo nada.

-Quizá sea una suerte que Semm Voiderveg haya muerto -dijo Phyral Berwick-. Habría sido seleccionado para acompañar la emigración, y no había tenido un destierro feliz.

¡Eso no es razonable! -declaró acaloradamente Barquan Blasdel-. ¡El era tan fiel a sus convicciones como Sklar Hast a las suyas! Después de todo, Voiderveg no disfrutó de la devastación del Flotador Tranque. Era su casa. Muchos de los muertos eran sus amigos. Depositó toda su fe y su confianza en el rey Kragen. Y a cambio de eso lo mataron.

Sklar Hast dio media vuelta.

-¿Y tú?

Blasdel, triste, negó con la cabeza.

Soy un hombre que piensa en muchos niveles. Asqueado, Sklar Hast se alejó.

¿Qué deberíamos hacer con este aparato? -dijo a Berwick-. ¿Destruirlo? ¿O conservarlo? Berwick se quedó pensando.

-Quizá en alguna ocasión queramos escuchar al rey Kragen. Dudo que tengamos el deseo de convocarlo.

Sklar Hast movió sardónicamente la cabeza.

Blasdel se fue, acompañado por Berwick. Sklar Hast y los demás entraron en el taller, se llevaron todo lo de valor o utilidad a las barcas, incluyendo la pequeña reliquia de metal, los sesenta y un libros, la trompeta acústica y el tambor de llamada. Después todos subieron a las barcas y la bella hoja de Barquan Blasdel quedó flotando solitaria a la deriva en medio del océano.

-¿Quién sabe? Quizá para su muerte. -Se volvió hacia Blasdel-. ¿Qué personas hay a bordo del flotador además de nosotros?

-Mi esposa... en la cabaña dos techos más allá. Tres hijas jóvenes que tejen ornamentos para el Festival de las Estrellas. Tres hijas mayores en prueba con tres partidarios incondicionales. Todos sin saber que su hoja flota en el profundo océano. -Le tembló la voz-. Ninguno desea convertirse en emigrante a una extraña línea de flotadores.

-Como cualquiera de nosotros -dijo Sklar Hast-, que nos vimos forzados a tomar esa decisión. No les tengo lástima y no te la tengo a ti. Habrá trabajo para todos. Quizá hasta formulemos un gremio nuevo: los Exterminadores de Kragen. Si es cierto el rumor, infestan el océano.

Dejó la habitación y salió a la noche. Blasdel se quedó rígido, entumecido por el cambio de circunstancias. Giró despacio y lanzó una rencorosa mi-rada a Phyral Berwick, que impasiblemente se la devolvió. Blasdel soltó un colérico bufido de pura frustración. Fue a escuchar una vez más el cuerno detector. Después también él salió de la habitación.

Berwick los siguió y bajó el panel. Ambos fueron a reunirse con Sklar Hast en el borde de la hoja, donde ahora había varias barcas atadas. En el jardín se veía una docena de hombres. Sklar Hast se volvió hacia Blasdel.

-Llama a tu esposa, a tus hijas y a quienes las están probando. Explícales las circunstancias y reúne tus pertenencias. La brisa nocturna está llegan-do y nos empuja hacia el oeste. Viajamos hacia el este.

10

La mañana llegó al océano y con ella la brisa del oeste. Desplegaron las velas y los remeros descansaron. Ya no se veían los flotadores; el océano era un espejo azul rizado en todas las direcciones. Sklar Hast metió la trompa de Blasdel en el agua y escuchó. No se oía nada. Barquan Blasdel hizo lo mismo y llegó también a la conclusión de que el rey Kragen no andaba cerca.

Había quizá seiscientas barcas en la flotilla, llevando cada una entre tres y seis personas y la mayor cantidad posible de efectos personales y herramientas, además de sacos de comida y agua.

Dos o tres horas después de la salida del sol amainó la brisa. Bajaron las velas y sólo los remos propulsaban las barcas. Al mediodía el sol calentó con fuerza y desplegaron toldos encima para protegerse del resplandor.

En las últimas horas del día avistaron varios flotadores medianos delante y ligeramente hacia el norte. Los Flotadores de Origen y el rey Kragen estaban todavía demasiado cerca para hacer atractiva o factible la idea de habitación permanente, pero como pronto se levantaría la brisa nocturna que empujaría las barcas de vuelta hacia el oeste, la flotilla fue directamente hacia los flotadores para amarrarse y ahorrar a los remeros el esfuerzo de avanzar contra el viento. Después de veinticuatro horas en las barcas, la oportunidad de desembarcar, estirar las piernas y caminar un poco resultaba más que atractiva.

Con el sol a punto de ponerse en el oeste, brillan-do sobre las espaldas de los viajeros, las barcas se acercaron a los extraños flotadores. En general eran de aspecto similar a los Flotadores de Origen, pero silvestres y menos ordenados, y con vegetación rampante de manera que la punta central era casi una pirámide de follaje. La brisa que venía del lado de los flotadores traía un olor que asombró a Sklar Hast. Este llamó a Roger Kelso, que remaba en una barca cercana.

- ¿Hueles lo que yo pienso que huelo?

Roger Kelso probó el aire y enarcó las cejas.

- No estoy seguro. Huelo algo... quizá basura, o un pez muerto.

-Quizá.

Sklar Hast, de pie en la barca, miró con atención a través de la maraña, pero no vio nada. Otras personas de otras barcas también habían olido el hedor que salía del flotador, y como ellos miraban ansiosa-mente hacia el follaje. Pero no había ningún movimiento y no se oía ningún sonido. La primera barca se acercó al borde del flotador; el joven que iba en la proa saltó a tierra con una estaca y una amarra; los demás hicieron lo mismo, finalmente todas las barcas quedaron amarradas al flotador o entre ellas.

No todo el mundo desembarcó, y los que lo hicieron se quedaron cerca de las barcas. A poco, uno de los jóvenes se topó con la fuente del olor: un sitio lleno de basura. Cerca había una zona chamuscada, donde todavía quedaban ascuas entre cenizas y cáscaras de esponjas humeantes. Los flotadores estaban habitados.

- ¿Por quién? -musitó Meril Rohan-. ¿Quiénes pueden ser?

Sklar Hast gritó hacia los matorrales.

-¡Salid! ¡Mostraos! ¡No os haremos daño! Todo era silencio, salvo por el susurro del viento en el follaje. El sol se había puesto y el resplandor empezó a apagarse sobre el flotador.

- ¡Mirad!

Fue el grito de un joven quejoso que se había aventurado varios centenares de metros por el borde' del flotador. Volvió corriendo, trayendo en la mano un objeto que entregó a Phyral Berwick: una gargantilla, o al menos un cordón circular del que colgaba una cantidad de trozos de metal rojizos y relucientes.

Sklar Hast miró con respeto hacia el follaje.

- ¡Salid! ¡Queremos hablar con vosotros!

No hubo respuesta.

-Salvajes, quizá mugrosos y desnudos -masculló Phyral Berwick-. Pero tienen lo que nosotros no tenemos... metal. ¿De dónde lo sacan?

De la maraña de vegetación salió un chillido, un sonido terrible y tembloroso, lleno de furia y amenaza, y al mismo tiempo cayeron del cielo cantidad de palos.

- No nos quieren -dijo Sklar Hast-. Es evidente. Hay que volver a las barcas.

El reembarco de los viajeros fue mucho más rápido que el desembarco. Del follaje salió otro chillido, esta vez de exultación y regocijo, y una serie de aullidos locos que pusieron los pelos de punta a los viajeros.

Las barcas se alejaron y quedaron a la deriva a sotavento de los flotadores, a cien metros de la costa. En la oscuridad los viajeros vieron a un número de formas pálidas que salían del follaje y corrían de aquí para allá a lo largo de la orilla, brincando y haciendo cabriolas. Era imposible discernir sus caras y su fisonomía.

Sklar Hast remó en su barca acercándose cauta-mente unos pocos metros, pero fue saludado con un nuevo chaparrón de palos y otra vez dio marcha atrás.

Cayó la oscuridad y las barcas esperaron la brisa nocturna. En el flotador encendieron una fogata, y dos o tres docenas de criaturas de apariencia humana salieron y se quedaron ante las llamas.

Roger Kelso gritó a Sklar Hast por encima del agua:

- En alguna parte leí acerca de un grupo de Segundos o Terceros que cometieron actos poco ortodoxos y fueron «desterrados»... palabra que significa más o menos «expulsados». Si eso es cierto, y si vinieron en esta dirección, deben de ser sus descendientes.

-Da escalofríos pensar en la poca distancia que nos separa de la barbarie -dijo Sklar Hast-. Sin embargo... ellos tienen cobre y nosotros no.

- ¿Cómo es posible? -preguntó Rubal Gallager-. ¿De dónde lo sacan?

Nadie respondió, y todos miraron de nuevo por encima del agua oscura hacia los flotadores, recortados ahora contra el cielo.

Con el fin del crepúsculo y la llegada de las constelaciones el viento amainó, y otra vez la flotilla prosiguió hacia el este, sobre aguas tranquilas y lisas.

Toda la noche remaron unos mientras otros dormían, hasta que finalmente el primer rubor ámbar del este trajo consigo un susurro del esperado viento del oeste. Izaron las velas.

Las barcas se deslizaron hacia el amanecer sobre un mar brillan-te y vacío.

El segundo día fue como el primero, con un breve chubasco a media tarde, que sirvió para rellenar los cántaros. Los estafadores atraparon con redes varias criaturas marinas comestibles, y aunque las barcas llevaban abundante comida, esa demostrada habilidad para subsistir en caso de necesidad recurriendo al océano los tranquilizó, y se oyeron can-tos y risas en las barcas.

En la mañana del tercer día observaron a un kragen pequeño. El kragen se acercó desde el norte, nadando con aquella brazada de pecho, y se de-tuvo a cien metros de distancia para ver pasar la flotilla. Agitó las paletas, arrancó hacia adelante, casi esforzándose por alarmar a los viajeros, y después se hundió bruscamente debajo de la superficie. Un rato más tarde algunos de los estafadores, mirando a través del agua, lo vieron pasar por debajo: una enorme sombra desgarbada y convulsa. Un cuarto de milla hacia el sur salió a la superficie y se quedó flotando tranquilamente; después desapareció.

Hacia el final del cuarto día observaron delante una línea de flotadores tan ricos y bellos como los Flotadores de Origen, aunque menos numerosos. Los viajeros emitieron embelesados murmullos. Sklar Hast se puso de pie en su barca e hizo seña-les para realizar una asamblea; todas las otras barcas se acercaron hasta formar una gran balsa que flotaba y se mecía en el agua.

-Aquí están los primeros flotadores que hemos encontrado, aparte del flotador de los salvajes -dijo Sklar Hast-. Avanzamos despacio. El rey Kragen puede nadar tres veces más rápido que nosotros. En un solo día y una noche, si quisiera y si supiera nuestro paradero, podría venir y encontrar-nos. Creo que no deberíamos pensar en desembarcar aquí, sino que deberíamos proseguir hasta dar por lo menos con otra línea de flotadores.

Hubo murmullos de desilusión, puesto que esos flotadores, exuberantes y cargados de vegetación negra, verde, naranja y dorada, después de cuatro días en el océano parecían una visión arcádica.

Hubo debate, algunas discusiones y algunas quejas en el sentido de que el rey Kragen no se digna-ría nadar hasta allí, ya fuera por curiosidad o por furia vengativa. Phyral Berwick apoyó a Sklar Hast, lo mismo que la mayoría de los ancianos de castas y maestros de gremios, y finalmente, entre gritos de pena, los flotadores quedaron detrás. La flotilla volvió a navegar por un mar vacío.

Al mediodía del sexto día avistaron otra línea de flotadores, y todos supieron que allí estaría su nueva casa. Todos se alegraban ahora de no haberse detenido en la primera línea. Estos flotadores eran tan extensos, tan espaciosos y aún más numerosos que los Flotadores de Origen, con miles de precia-das hojas pequeñas en las que una familia podía construir y cultivar a su gusto.

La flotilla desembarcó en un flotador grande cerca del centro de la línea. No había pruebas de ocupación, por salvajes o no salvajes. Descargaron las barcas y las trasladaron a una cala donde no podrían ser vistas desde el mar.

Por la noche, después de una cena festiva, se reunió informalmente el consejo de los maestros de gremios y los ancianos de castas.

-Nuestros dos problemas inmediatos -dijo Phyral Berwick-, aparte del trabajo inevitable de establecernos de manera cómoda y segura, son qué hacer con los rehenes y nuestra organización. Ambos son problemas de cierta complejidad. La cuestión de organizarnos en un grupo responsable es quizá la más sencilla. El problema es éste: mirando alrededor veo ocho Maestros Embaucadores, seis Maestros Rateros, y dieciséis Maestros Publicistas, etcétera. Por supuesto, no todos pueden ser maestros. Mi sugerencia es que los maestros de diversos gremios se reúnan y elijan a uno de los suyos como gran maestro, al azar, por antigüedad o por cualquier otro criterio. Entonces podremos funcionar con más decisión. Esta puede ser al menos una solución temporal, hasta que poblemos otro de los flotadores.

»En segundo lugar... ¿qué hacer con los hombres que tenemos con nosotros? Ya han cumplido su función, pero ahora ¿qué? No podemos matarlos, no podemos meterlos en un

corral, no podemos dejarlos regresar a los Flotadores de Origen... al menos por ahora. Hay que estudiar el tema con detenimiento.

Todos se volvieron para mirar hacia el grupo de Intercesores sentados con sus familias un poco aparte. Los propios Intercesores evidenciaban diversos grados de tristeza y decepción. Las esposas y los niños mayores parecían menos preocupados, mientras que los muy jóvenes retozaban alegremente con otros de su propia edad.

Barquan Blasdel, al notar que estaban tratando su caso, frunció el ceño y empezó a levantarse; entonces lo pensó mejor y masculló algo al Intercesor de Parnassus, Luke Robinet.

- Si pudiéramos confiar en que nos dejarán en paz, no habría problemas -dijo Roger Kelso-. Podríamos darles barcas, provisiones y desearles suerte. Pero en cuanto llegaran a los Flotadores de Origen, seguramente habría conjuras y complots. A Blasdel, por ejemplo, nada le gustaría más que hacer que el rey Kragen viniera por el agua a castigarnos.

- Tenemos que acabar con la bestia -dijo Sklar Hast con voz totalmente decidida.

- Más fácil es decirlo que hacerlo. Aunque con-fío en que pasen largos años antes de que el rey Kragen se atreva a acercarse a una torre de señales.

- Mientras tanto... los Intercesores no podrán regresar -dijo Phyral Berwick-. Es una situación desagradable. El acto de poner restricciones a alguien viola nuestras tradiciones más queridas, pero no tenemos otra solución. La cuestión, entonces, es cómo implementar esas restricciones sin infligir dureza.

El problema fue discutido largamente, y por fin se llegó a una solución. Llevarían a la mayoría de las barcas a un flotador distante y las esconderían de manera que los Intercesores no pudieran encontrarlas. Sólo retendrían barcas suficientes para servir a las necesidades de los Estafadores y los Villa-nos y los Gamberros en sus respectivas tareas de pesca, conservación de pérgolas y colocación de redes. Esas barcas serían trasladadas a un sitio prohibido a los Intercesores bajo pena de encarcelación en una jaula de mimbre. Para garantizar que las barcas no fueran robadas de noche, los remos y las velas serían guardados en una caja cerrada con candado. Además -y esta estratagema fue propuesta en voz baja por Roger Kelso para que los Intercesores no la oyeran- fijarían una línea a la quilla de cada barca, debajo del nivel de flotación. Esa línea pasaría por debajo del flotador y se comunicaría con algún tipo de alarma. Cuando los Estafadores usaran las barcas, discretamente quitarían la línea, y la volverían a poner al regresar. Sklar Hast propuso que se designara a cuatro o cinco Estafadores jóvenes para custodiar las barcas y asegurarse de que las líneas estuvieran siempre conectadas cuan-do no se estaba usando las barcas.

Aceptaron el sistema por ser el que imponía menos rigor a los Intercesores. Cuando explicaron las prohibiciones, Barquan Blasdel se indignó.

-¡Primero se nos secuestra y se nos despacha por mares peligrosos y después se ordena la infamia de limitar nuestros movimientos a ciertas partes del flotador! ¿Qué se espera de nosotros?

-Esperamos cooperación -dijo Sklar Hast con

el tono más seco posible-. También trabajo. Aquí, en los Nuevos Flotadores, todo el mundo trabaja, incluso los Intercesores, porque aquí la intercesión no es necesaria.

-No muestras más humildad o sentido espiritual que un congrio de seis púas -dijo Barquan Blasdel sin alterarse.

Sklar Hast se encogió de hombros.

-Tarde o temprano mataremos al rey Kragen. Después podréis ir adonde queráis y ser humildes donde os dé la gana... pero hasta que la odiosa bestia descanse en el fondo del océano tendréis que manteneros a una discreta distancia de nuestras barcas.

Barquan Blasdel se quedó mirando fijamente a Sklar Hast durante por lo menos diez segundos.

-¿Tenéis más planes para atentar contra la vida del rey Kragen?

-Quién sabe lo que nos depara el futuro -dijo Sklar Hast.

Al día siguiente empezó la ardua tarea de alterar el nuevo y agreste flotador. Se decidió eliminar las hojas del centro para formar una laguna. Los Quejosos arrancaron la piel de la superficie, que serviría para gran variedad de funciones. La pulpa, debajo, fue cortada en tiras, que al secarse y endurecerse servirían de aislante y entarimado, y al triturarla se convertiría en material amortiguador, en combustible o en un ingrediente del rudimentario papel que producían los amanuenses. Los nervios y los tubos de las hojas se apartaban y se los ponía a secar y se sacaba la membrana inferior, adecuada para las ventanas por su cualidad transparente. Debajo estaban los grandes nervios voladizos con los que se construían las quillas de las barcas y las pérgolas de esponjas, y más abajo aún los tallos, a los que se les aplicaba unas mangas que se extendían por encima del nivel del agua. La savia rezumada era recogida en cubos, hervida y añejada para hacer barniz. Más tarde, quizá en un mes o dos, cuando la savia hubiera dejado de fluir, los Publicistas cortarían el tallo y le quitarían fibras para hacer cuerdas y tiras para usar como mimbre.

El espacio vaciado de ese modo se convertiría en la laguna del flotador: fondeadero para las barcas, estanque para peces comestibles cautivos, fuente de placer estético y escenario de deportes acuáticos.

Mientras los Quejosos quitaban la piel de las hojas de la futura laguna, otros quitaban los residuos vegetales, que quemaban para producir ceniza. Los niños trepaban con cubos a las puntas más altas de la vegetación para recoger el polen de las grandes vainas, que al probarlo resultó ser de mejor calidad y más fragante que el famoso producto de Maudelinda, lo cual les produjo un gran placer.

En cuanto los mimbres se secaron, los Rateros y los Felones se pusieron a trabajar construyendo cabañas, mientras que los Desfalcadores, tradicional-mente encargados de controlar los servicios sanitarios, la limpieza y la pureza del agua, construyeron depósitos para almacenar la lluvia de la tarde. A todas esas tareas asistían los Intercesores con sus esposas e hijos, mostrando más o menos buena disposición, y poco a poco se fueron dividiendo en dos grupos: los que superaron el rencor inicial y empezaron a adaptarse a la nueva vida, y los otros -cerca de la mitad-, que no estaban dispuestos a reconciliarse y mantenían una actitud hosca y distante. El representante más notable de este último grupo era Barquan Blasdel, que no ocultaba su permanente resentimiento. Todos se cuidaban de cumplir con las restricciones que habían puesto a sus movimientos, y durante numerosas noches no funcionó la alarma de las barcas.

Una tarde Sklar Hast se reunió con Roger Kelso y Meril Rohan ante la mesa de trabajo donde estaban comparando las Sesenta y Una Memorias que habían incautado a Barquan Blasdel con las que Meril Rohan había copiado por su cuenta.

- Supongo que habrá diferencias -dijo Sklar Hast.

- Claro que sí -dijo Kelso Es inevitable. A los Primeros, por mucho talento que tuvieran, les faltaban habilidades literarias; algunos de los libros contienen muchas repeticiones y muchos pasajes aburridos, y otros son jactanciosos y consagran páginas al autoelogio. Otros están preocupados por explicar detalladamente las vicisitudes que conduje-ron a su presencia en la Nave del Espacio. Parte de eso, inevitablemente, se omite al copiarlo, de manera que cada nueva edición es en cierto modo un conjunto de Analectas. -Tocó con el dedo los libros de Barquan Blasdel Estos son muy viejos, y según mi experiencia los más completos. -Abrió uno de los libros y miró a lo largo de las páginas-. Los Primeros eran, por supuesto, un grupo muy variopinto, que venía de una estructura social mucho más compleja que la nuestra. Aparentemente pertenecían al mismo tiempo a varias castas diferentes. Hay indicios de esa situación, que ni siquiera pretendo entender.

-Según mi lectura -dijo Sklar Hast-, las Analectas describen los Mundos de Origen como un sitio de locos.

- Parte de eso hay que verlo con cautela. No hay que olvidar que los Primeros eran seres humanos muy poco diferentes de nosotros mismos. Algunos pertenecían a las castas más

respetadas de la sociedad del Mundo de Origen hasta que, como explican, personas que ejercían la autoridad los atacaron e instituyeron contra ellos una persecución feroz, que terminó, como sabemos, con el control de la Nave del Espacio por parte de nuestros antepasados y la fuga hasta este lugar.

- Todo es muy confuso -dijo Sklar Hast-. Nada parece tener mucha aplicación en estos tiempos. Por ejemplo, no nos dicen cómo hervían el barniz en el Mundo de Origen o cómo propulsaban las barcas. ¿Estarán esos mundos infestados de criaturas como el kragen? En ese caso, ¿qué medidas tomarán? ¿Los matarán o les darán esponjas? Hasta donde yo sé, los Primeros guardan silencio acerca de esos temas.

- Es evidente que no les preocupan demasiado -dijo Kelso, pensativo-. De lo contrario les habrían dedicado más espacio. Es mucho lo que no aclaran. Como en nuestro propio caso, las diversas castas parecieron adiestradas para oficios determinados. Especialmente interesantes son las memorias de James Brunet. Corno los demás, profesa varias castas: Científico, Falsificador, Caucasoide. Todas han desaparecido entre nosotros, puesto que los Falsificadores se han convertido en Notarios. Una parte de su Memorium no es más que una serie de exhortaciones a la virtud más bien convencionales. Pero al principio del libro dice esto.

Kelso abrió un libro y leyó:

A quienes nos siguen, a nuestros hijos y nietos, no podremos dejarles objetos tangibles de valor. No trajimos nada al mundo más que la ruina de nuestras vidas. Sin duda moriremos aquí, un des-tino quizá preferible a Nueva Ossining pero de ningún modo el destino que habíamos previsto para nosotros. No hay manera de escapar. De todo el grupo soy el único que tiene educación técnica, que en gran medida he olvidado. De todos modos ¿en qué podría emplearla? Este es un mundo blando. Consta de océano, aire, sol y algas marinas. No hay tierra firme por ninguna parte. Para huir, aunque tuviéramos los conocimientos que nos faltan para construir una nueva nave, necesitaríamos metal, que aquí no existe. Hasta para transmitir una señal de radio necesitamos metal. Nada... ni arcilla para hacer cerámica, ni sílice para fabricar vidrio, ni piedra caliza para hacer cemento, ni minerales para fundir y sacar de ellos metal. Pero pensándolo bien no todo está perdido. La ceniza es químicamente similar a la arcilla refractaria. Los caparazones de los foraminíferos son sílice. Nuestros propios huesos se convierten en una fuente de cal. Fundidos los tres en proporciones adecuadas se obtendría vidrio, aunque de baja calidad. Es probable que el océano contenga diversas sales, pero ¿cómo extraer el metal sin electricidad? Hay hierro en nuestra sangre: ¿cómo extraerlo? ¡Qué extraña desesperación produce vivir en este mundo donde la sustancia más dura es nuestro propio hueso! A lo largo de la vida hemos dado por sentadas tantas cosas, y ahora parece que nadie puede sacar algo de nada... Este es un problema en el que tengo que pensar. Un hombre ingenioso puede hacer maravillas, y a mí, un falsificador exitoso -mejor dicho, casi exitoso-, seguramente no me falta ingenio.

Roger Kelso hizo una pausa en la lectura. -Aquí termina el capítulo.

-No parece haber sido un hombre muy fuerte -reflexionó Sklar Hast-. Es verdad que no se puede encontrar metal en ninguna parte, excepto donde desdeñosamente lo tiran los salvajes. -En la mesa de trabajo delante de ellos estaba el trozo de metal que una vez había adornado el taller de Barquan Blasdel. Sklar Hast lo levantó y lo sopesó-. Qué material más difícil. -Alargó la mano y agarró la rudimentaria gargantilla de cobre que habían encontrado en los flotadores salvajes-. He aquí el gran misterio: ¿dónde y cómo obtienen esto los salvajes?

Roger Kelso aspiró hondo y negó con la cabeza, perplejo.

-Tarde o temprano lo sabremos. -Volvió al libro-. Escribe el siguiente capítulo después de un período de varios meses:

Antes de seguir debo dar una idea lo más clara posible de cómo funciona el universo, pues es evidente que ninguno de mis colegas, a pesar de ser personas excelentes, está en condiciones de hacerlo. Pido por favor que no se me tache de fantasioso: es evidente que nuestras personalidades y nuestra va-lía social varían según el contexto en el que vivimos.

Al llegar a ese punto Kelso levantó la mirada.

-La verdad es que no entiendo muy bien esta parte. ¿Quiere decir que sus colegas son personas excelentes? ¿O no? ¿Por qué dice eso? Su propia casta no parece ser la más alta... Supongo que no es una cuestión importante. -Pasó varias páginas-. Ahora entra en una complicada serie de teorizaciones acerca de la naturaleza del mundo que, confieso, me resultan excesivamente complejas, incluso artificiales. Sus creencias carecen de coherencia. O no sabe nada, o está confundido, o el mundo es esencialmente contradictorio. Afirma que toda la materia está compuesta por menos de cien «elementos», organizados en «compuestos». Los elementos están formados por entidades más pequeñas: «electrones», «protones», «neutrones», etcétera, que no son necesariamente materia sino energía, según el punto de vista. Cuando los electrones se mueven, el resultado es una corriente eléctrica: una sustancia o condición, en esto no es claro, de gran energía y de múltiples capacidades. Demasiada electricidad es fa-tal; en cantidades más pequeñas la usamos para controlar nuestro cuerpo. Según Brunet, con la electricidad se puede lograr todo tipo de cosas notables.

-Procurémonos entonces una corriente eléctrica -dijo Sklar Hast-. Quizá pueda ser nuestra arma contra el kragen.

-No es un asunto tan sencillo. En primer lugar, la electricidad tiene que ser canalizada por alambres de metal.

-Aquí hay metal -dijo Sklar Hast examinan-do los fragmentos que tenía delante-, aunque probablemente sea insuficiente.

- La electricidad también tiene que ser generada -dijo Kelso-. En el Planeta de Origen ése parece un proceso complicado, que exige gran cantidad de metal.

- Entonces, ¿cómo hacemos para conseguir me-tal? ¿Tan atrasados estamos que los salvajes lo esparcen por ahí como si fueran cáscaras de esponja y nosotros no tenemos nada?

Kelso ladeó la cabeza expresando sus reservas.

- Parece que en otros planetas no hay problemas. El mineral se refina y se le da la forma de gran variedad de herramientas. Aquí no tenemos mineral. En otros casos los metales se extraen del mar, usando también la electricidad.

Sklar Hast emitió un sonido de desagrado.

-Eso es como tratar de pisarse la cola. Para obtener metal necesitamos electricidad. Para obtener electricidad necesitamos metal. ¿Cómo se rompe ese círculo vicioso? Los salvajes son más hábiles que nosotros. ¿Cómo hacen para conseguir la electricidad? Quizá tendríamos que mandar a alguien a aprender de ellos.

-Yo no -dijo Kelso. Volvió al libro-. Brunet menciona varias maneras de generar electricidad. Está la «célula voltaica», cuando se sumergen dos metales en ácido. Describe una manera de obtener el ácido usando agua de lluvia, agua de mar y electricidad. Después está la termoelectricidad, la foto-electricidad, la electricidad química, la electricidad producida por cataforesis, la electricidad generada moviendo un alambre cerca de otro alambre por el que fluye la electricidad. Afirma que todas las criaturas vivas producen pequeñas cantidades de electricidad.

-¿Y el metal? -preguntó Sklar Hast-. ¿Indica algún método sencillo para obtener metal?

Kelso pasó varias páginas y se detuvo a leer.

-Dice que la sangre contiene una pequeña cantidad de hierro. Sugiere un método para extraerlo, usando un alto grado de calor. Pero también seña-la que no hay disponible ninguna sustancia capaz de servir de receptáculo bajo temperaturas tan extremas. Afirma que en el Mundo de Origen muchas plantas concentran compuestos metálicos, y sugiere que algunas de nuestras propias plantas marinas podrían hacer lo mismo. Pero nos encontramos otra vez con

Librodot

que hace falta calor o electricidad para obtener el metal puro.

Sklar Hast se quedó pensando.

-Nuestro problema básico y principal, por lo que veo, es de autoprotección. Necesitamos un arma para matar al rey Kragen en caso de que nos localice desde el otro lado del mar. Podría ser un artefacto metálico... o un kragen más grande y más salvaje, si existiera semejante cosa... Quizá tendrías que hacer de la producción dé metal y electricidad tu meta, y no dejar que te distraigan otras actividades. Estoy seguro de que el concejo estará de acuerdo y pondrá a tu disposición todos los ayudantes que necesites.

-Intentaré hacerlo con mucho gusto.

-Y yo -dijo Sklar Hast- pensaré en los kragen.

11

Tres días más tarde vieron un kragen, una bestia de tamaño nada desdeñable, quizá de unos siete metros de largo. Se acercó siguiendo el borde del flotador, y al ver a los hombres se detuvo en seco. Durante veinte minutos flotó plácidamente, formando remolinos con las paletas. Después, lentamente, se puso de nuevo en marcha y continuó a lo largo de la línea de flotadores.

Pasó un mes, durante el cual la comunidad logró un rudimentario grado de comodidad. Habían cortado, raspado y acumulado una buena cantidad de tallos y de mimbre. Tenían gavillas de raíces que retorcían para fabricar cuerdas. Habían cortado tres hojas grandes en un lado y el centro del flotador, creando una laguna grande con entrada relativamente estrecha: esto a pedido de Sklar Hast. Construyeron pérgolas, sembradas de esponjas y hundidas en el agua.

Durante ese período habían pasado por allí cuatro kragen. La cuarta vez fue aparentemente una nueva visita del primero. En esa cuarta visita el kragen se detuvo e inspeccionó la laguna con detenimiento. Empujó con cautela la red, que acababan de poner en su lugar, y después se apartó y se alejó flotando.

Sklar Hast observó todos los detalles. Después fue a inspeccionar los tallos recién cortados, que tendrían que estar suficientemente curados. Propuso un plan y empezaron a trabajar. Primero construyeron una ancha base cerca de la estrecha boca de la laguna, con una subestructura que se extendía hasta el tallo principal del flotador. Sobre esa base se levantaba una grúa de mimbre encolado de veinticinco metros de altura, con estructura de cercha y tirantes integrales, todo atado con fuertes cuerdas y barnizado. Otra grúa de idéntica estructura colgaba por encima del océano. Antes de que estuvieran terminadas las dos grúas, un kragen pequeño penetró por la red y se dio un banquete con las esponjas todavía inmaduras.

-En tu próxima visita no te irá tan bien -le gritó Sklar Hast-. ¡Que las esponjas se te pudran en el estómago!

El kragen se alejó perezosamente siguiendo la línea de flotadores, impasible ante la amenaza. Volvió dos días más tarde. Esa vez las grúas ya estaban en su lugar y aseguradas con cuerdas tensoras, pero todavía no tenían puesto el aparejo. Sklar Hast insultó de nuevo a la bestia, que esta vez, más exigente, sólo arrancó las esponjas que como palomitas de maíz habían brotado en las cáscaras. Los hombres trabajaron hasta bien entrada la noche instalando el puntal que, cuando la grúa se inclinara sobre el agua, levantaría bien alta la driza para lograr un mayor efecto de palanca.

Al día siguiente el kragen volvió a entrar en la laguna con insultante seguridad, una bestia algo más pequeña que la que Sklar Hast había capturado en el Flotador Tranque pero no obstante una criatura de tamaño respetable. De pie sobre el flotador, un viejo y robusto Estafador arrojó un lazo a la torrecilla de la criatura, y en la hoja una hilera de cincuenta

hombres marcharon tirando de una pesada cuerda. El asombrado kragen fue remolcado hasta la grúa inclinada sobre el agua e izado. Le amarraron las colgantes paletas y después lo bajaron hasta el flotador.

En cuanto se desplomó aquella mole, los espectadores, gritando de júbilo, avanzaron casi hasta meterse en las rechinantes mandíbulas.

¡Atrás, tontos! -rugió Sklar Hast-. ¿Queréis que os corte en dos? ¡Atrás!

Poco caso le hicieron. Una docena de cinceles cortaron la piel callosa; los garrotes aporrearon los ojos.

¡Atrás ! -bramó Sklar Hast-. ¡Atrás! ¿Qué vais a lograr con esas estupideces? ¡Atrás!

Intimidada, la vengativa multitud se apartó. Sklar Hast buscó un cincel y un mazo y, como había hecho en el Flotador Tranque, cortó la membrana que unía la cúpula con la torrecilla. Fueron a ayudarlo otros cuatro, y entre todos cortaron rápidamente el canal y una docena de manos arrancaron la cúpula. De nuevo, con gritos despiadados, la multitud se adelantó. Los esfuerzos de Sklar Hast para detenerla fueron inútiles. Arrancaron de la torrecilla los nervios y las cuerdas del centro ganglionar de la criatura, que se sacudía y se agitaba con fuerza haciendo un zumbido con las mandíbulas. Limpiaron la torrecilla de fibras y otros órganos y el kragen quedó fláccido.

Sklar Hast se alejó, asqueado. Rollo Barnack saltó sobre la mole.

-¡Parad! ¡Basta de golpes sin sentido! Si el kragen tiene huesos más duros que los nuestros, nos interesará conservarlos y usarlos. ¿Quién sabe el uso que se le puede dar a un cadáver de kragen? El cuero es resistente; las mandíbulas son más duras que el tallo más profundo. ¡Actuemos con inteligencia!

Sklar Hast observó desde cierta distancia mientras el gentío examinaba la bestia muerta. Ya no le interesaba el kragen. Desde el momento en que la multitud cegada por el odio se volvió incontenible, se había frustrado un experimento que tenía planeado. Pero habría más kragen para las grúas; con suerte los izarían con la grúa de mar antes de que entraran en la laguna. En años venideros, incluso podrían salir botes reforzados o barcazas equipados con grúas a cazar kragen... Se acercó una vez más a la bestia y miró con atención la torrecilla vacía, donde ahora se acumulaba un charco de viscosa sangre azul oscura. La imagen le despertó algo que tenía en el fondo del cerebro: una respuesta, un recuerdo, una referencia. ¿En las Analectas? Se acordó: la sangre de ciertas criaturas del mar de la Tierra también era azul: las langostas y las centollas, fueran lo que fuesen.

Kelso compartía su interés por el fluido azul oscuro. Trajo cubos con los que fue achicando la sangre y transportándola a un barril. Sklar Hast observó con interés.

-¿Qué propones?

-Nada concreto. Reúno sustancias. Los salvajes encontraron metal en alguna parte. Si reúno suficientes materiales y pruebo suficientes métodos de extracción con todos, quizá logre lo que ya tienen los salvajes.

-Los salvajes están siendo una gran inspiración -dijo Sklar Hast-. Me pregunto qué otros logros y maravillas nos podrían enseñar.

-Aquí podríamos dar un buen uso a los Intercesores -señaló Rollo Barnack-. Hasta ahora han demostrado poco entusiasmo por la nueva vida.

-La muerte del kragen los ha entristecido mucho -dijo Wall Bunce jocosamente-. ¡Eh, Intercesores! ¿Qué pensáis ahora?

Los Intercesores, que habían observado desde lejos el asesinato del kragen, dieron media vuelta; mostrando asco y desprecio, se alejaron. Sklar Hast fue hasta donde estaban hablando en voz baja.

-¿Todavía creéis que debemos temer el hostigamiento de los kragen? -preguntó.

La aversión hizo temblar la voz de Luke Robinet.

Éstos son kragen de poca monta y nada tienen que ver con el rey Kragen, que algún día os encontrará y os castigará por romper la Alianza. ¡Entonces de poco valdrán todas vuestras cuerdas y poleas y grúas!

Librodot

Sklar Hast asintió con pesar.

-Qué amargo sería. Teníamos que haber matado al rey Kragen la primera vez que apareció, como matamos hoy a esa bestia marina. ¡Cuánto más fácil habría sido la vida para todos nosotros! En cambio se lo alimentó y aduló, y ahora domina la vida de todos nosotros.

Eres un hombre insensible, Sklar Hast -dijo Barquan Blasdel sin alterarse-. Sólo ves lo que tienes delante de la nariz; desconoces los beneficios espirituales que produce la autodegradación.

- Muy cierto -dijo Sklar Hast-. Creo que en ese sentido he sufrido serias desventajas.

El Intercesor de Wyebolt, un viejo delgado de mirada intensa y una indisciplinada mota de pelo blanco, bramó:

¡Tus sarcásticos alardes y burlas de poco te servirán cuando por fin tengas que rendir cuentas al rey Kragen!

Sklar Hast notó ciertas muecas y movimientos incómodos entre los Intercesores.

- ¿Cómo crees que se daría esa circunstancia?

El Intercesor Wyebolt no hizo caso a las miradas irónicas de sus colegas, o quizá las notó y modificó por lo tanto su respuesta:

- Lo que sea, será. Lo cierto es que hay que comprender que el rey Kragen no permitirá que abusen así de sus Intercesores.

-La bestia no lo sabe ni se preocupa -se burló Sklar Hast, esperando enfurecer al Intercesor Wyebolt hasta el punto de que se le escapara alguna indiscreta revelación.

Barquan Blasdel hizo un gesto amplio, casi indulgente.

-Esta conversación es inútil. Estamos en desventaja. Tarde o temprano esa pobre gente se cansará de tu craso materialismo y rechazará todo lo que representas. Hasta entonces tenemos que ser pacientes.

Lanzando una mirada rápida pero admonitoria al círculo de Intercesores, cruzó hasta su cabaña y desapareció dentro.

Sklar Hast fue por el flotador hasta el sitio donde Meril Rohan había fundado lo que ella llamaba «escuela» para la instrucción de los niños. Esa institución no era del todo desconocida en los Flotadores de Origen -de hecho, se distinguía la Academia de Quatrefoil para la capacitación de Notarios-, pero los niños eran habitualmente educados por las agencias gremiales.

Meril había observado la caza del kragen pero no había participado en el desenfrenado rito de muerte. Le había vuelto la espalda y se había metido en su «escuela» que, por supuesto, estaba vacía a causa de la excitación en el otro extremo del flotador.

Allí la encontró Sklar Hast después de atravesar la maraña de vegetación, sentada en un banco y mirando hacia el agua azul. Se acercó y se sentó al lado de ella.

-¿En qué estás pensando?

Meril se quedó callada un momento.

-Pensaba en los tiempos venideros, y en lo que podrá ocurrirnos.

Sklar Hast se rió.

-Yo no puedo permitirme esos pensamientos. Los problemas del Ahora son demasiado acuciantes.

Si me pusiera a pensar hacia dónde va todo, me paralizaría.

Meril no dijo nada, pero asintió lentamente, como si acabara de hacer un profundo descubrimiento interior.

-¿Y adónde te llevan todos esos pensamientos? -preguntó Sklar Hast.

-A ningún lugar. Somos la Undécima generación; ya hay Duodécimos y Decimoterceros. Parece que todos estos años hemos sido sueños vivientes. Los Flotadores eran tan fáciles y fértiles que nadie se veía obligado a trabajar o a pensar o a sufrir. O a luchar.

Sklar Hast asintió con tristeza.

-Sin duda tienes razón, pero ahora nos han obligado y estamos luchando. Hoy tuvimos nuestra primera victoria.

- Una pobre victoria. ¿Y para qué es la lucha? Sólo para que el kragen no nos coma las esponjas, para poder seguir llevando esta vida plácida y soñadora y que no se acabe nunca... No me siento orgullosa de mí misma. Me asqueó la muerte del kragen. Huimos de los Flotadores de Origen. Era lo que teníamos que hacer... pero ¿terminan ahí nuestras aspiraciones? ¿En una vida de lagunas y sol, sin siquiera un rey Kragen del que ocuparse? En cierto modo me asusta, y me pregunto si a eso se reducirá mi vida: algo sin logros o triunfos o significado de algún tipo.

Sklar Hast frunció el ceño.

Nunca lo había pensado de esa manera. Siempre parecen tener prioridad los problemas inmediatos.

- Supongo que siempre ocurrirá eso, por triviales que sean los problemas. En su Memorium, Eleanor Morse habla de sus «metas», y de cómo se iban alejando, y para alcanzarlas se obligó a convertirse en una Desfalcadora. Eso no tiene ningún significado para nosotros, pero muestra cómo la ambición obliga a la gente a mejorarse. Así que he estado tratando de crearme algunas metas, que no pierdo la esperanza de alcanzar.

- ¿Cuáles son?

- ¿Prometes no burlarte de mí? ¿O reírte? Meril lo miró muy seria.

-Prometo.

Sklar Hast le agarró una mano.

Meril miró las hileras de toscos bancos.

- Asistí a la Academia de Notarios en Quatrefoil. Allí hay cuatro grandes estructuras preparadas para el estudio, un refectorio y dos dormitorios. Quiero crear aquí una academia como aquélla. No simplemente un sitio de estudio para Notarios sino una academia para el fomento de todo tipo de conocimiento. En las Memorias hay pistas sobre lo que se debe aprender... Esa es mi meta: fundar esta academia, donde los jóvenes puedan aprender las técnicas de su oficio, donde puedan aprender las Memorias, pero sobre todo aprender a cultivar esta insatisfacción que yo siento y que sirve para ponerse metas.

Sklar Hast guardó silencio un rato. Después dijo:

-Te ayudaré, por supuesto... Y me avergüenzas. Me pregunto cuáles serán mis metas. Siento decir que quedaron satisfechas, al menos en parte, cuando la grúa levantó al kragen del agua. No había pensado más allá de eso. Quiero, naturalmente, que este flotador sea próspero y feliz... -Frunció el ceño-. Tengo una meta. Dos metas. Primero: te quiero para esposa. No quiero otra. Segundo: quiero acabar con el rey Kragen. -Apretó la mano de Meril-. ¿Qué me dices?

-Sí, acaba con el rey Kragen.

-¿Y de la primera meta? -Diría que es... alcanzable.

Una mano sacudió a Sklar Hast, que al despertar vio una forma oscura allí recortada contra las estrellas.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

-Soy Julio Rile; vigilo las barcas. Quiero que me acompañes.

Sklar Hast se levantó tambaleándose, se echó encima una capa y se calzó unas sandalias.

¿Qué ocurre? ¿Nos están robando los botes?

-No. Hay un ruido extraño que sale del agua.

Sklar Hast fue con el joven hasta el borde del flotador. Se arrodilló y apoyó la cabeza en el agua, y entonces oyó una mezcla de chirrido y zumbido que no había oído nunca. En realidad había algo similar... Sklar Hast dio media vuelta y corrió hasta la cabaña que albergaba la trompa sacada de la hoja de Barquan Blasdel en el Flotador Apprise. La sacó, la llevó hasta el borde del flotador y la metió en el agua. El sonido era sorprendentemente fuerte. Sklar Hast hizo girar la trompa y buscó la dirección en la que el sonido alcanzaba la máxima intensidad. De repente se le dibujó una sonrisa de rabia.

-Vete a despertar a Phyral Berwick y a Rollo Barnack y a Rubal Gallager. Date prisa.

Librodot

Tráelos aquí.

Sklar Hast despertó a Poe Belrod y a Roger Kelso. El grupo escuchó con la trompa y miró en la dirección de donde parecía provenir el sonido: la cabaña ocupada por Barquan Blasdel.

-Que alguien vigile la parte delantera -susurró Sklar Hast-; los demás nos acercaremos por detrás.

Avanzaron silenciosamente entre las sombras hasta la parte posterior de la cabaña de Barquan Blasdel. Sklar Hast sacó un cuchillo. Cortó la piel de la hoja y entró.

Una lámpara en un estante iluminaba débilmente la habitación. Arrodillados alrededor de un agujero en el suelo estaban Barquan Blasdel y Luke Robinet. Manipulaban un artilugio de madera, cuero y cuerda, que bajaba por el agujero y se metía en el agua negra. A un lado había un tapón para cerrar el agujero durante el día.

Barquan Blasdel se levantó despacio, lo mismo que Luke Robinet. En la habitación entraron Phyral Berwick, Roger Kelso y los demás.

Nadie habló. Evidentemente, no había nada que decir. Sklar Hast fue hasta el agujero, levantó el mecanismo que producía el ruido y puso en su sitio el tapón.

Hubo pasos apresurados fuera de la habitación. Del otro lado de la puerta habló una voz.

-Cuidado. Interrumpid los sonidos. Hay gente levantada.

Sklar Hast abrió del todo la puerta y atrapó al que había hablado, Vidal Reach, ex Intercesor de Sumber, y lo metió en la habitación. Después fue sin hacer ruido hasta la puerta principal. No se veía a nadie más. Lo más probable era que todo el grupo de Intercesores estuviera implicado en el complot, pero sólo se podría acusar directamente a esos tres.

Desde el comienzo Barquan Blasdel en ningún momento había fingido estar satisfecho con las nuevas condiciones. Su anterior rango no contaba para nada, y en realidad producía antagonismo entre los vecinos del flotador. Blasdel se adaptó a regañadientes a la nueva vida, construyendo pérgolas de esponjas y raspando mimbre. Su esposa, que en el Flotador Apprise había tenido a su mando un cuerpo de cuatro doncellas y tres jardineros, al principio se rebeló cuando Blasdel, le exigió que horneara pangolay, como se conocía el pan de polen, y que quitara el hueso a las esponjas «como cualquier mujerzuela de casta inferior», en palabras de ella. Finalmente se rindió ante las protestas del estómago vacío. Sus hijas se adaptaron con más elegancia, y las cuatro menores participaron con gran regocijo de la matanza del kragen. Las otras dos se quedaron atrás, enarcando las cejas ante el vulgar fervor de sus hermanas.

Esas. eran las condiciones de vida de Barquan Blasdel cuando tuvo la poco feliz idea de convocar al rey Kragen. Luke Robinet y Vidal Reach vivían en las mismas condiciones, sin restricciones excepto con relación a las barcas.

En la mañana después de su detención, los tres conspiradores fueron llevados ante una asamblea judicial de maestros de gremios y ancianos de castas. Puesto que Phyral Berwick había participado en la detención de las personas acusadas, Gian Recargo sirvió de Árbitro.

El sol matutino brillaba con fuerza en el flotador. En la entrada de la laguna estaba la. mole del kragen, que los aprendices de Quejosos y Publicistas todavía no habían terminado de desollar. Los miembros de la asamblea estaban casi en silencio, conversando en susurros.

De la cabaña donde habían pasado la noche salieron Barquan Blasdel, Luke Robinet y Vidal Reach, pestañeando a la luz. del sol. Los llevaron en silencio hasta un banco y les ordenaron sentarse.

Phyral Berwick se levantó y describió las circunstancias de la noche anterior.

-Es evidente que querían atraer la atención del rey Kragen si por casualidad navegaba cerca. Gian Recargo se inclinó hacia adelante.

-¿Lo han reconocido?

El Árbitro miró a los acusados.

-¿Tú qué dices?

-En lo que a mí respecta, nada -dijo Barquan Blasdel.

- ¿Admites el delito del que se te acusa?

- No tengo nada que declarar. Las cosas son como son.

-¿Niegas o rechazas algún detalle del testimonio de Phyral Berwick?

-No.

-Tienes que ser consciente de que éste es un cargo muy grave.

-Desde tu punto de vista.

-¿Tienes algún motivo para creer que el rey Kragen está o estuvo en las inmediaciones? ¿O hicisteis eso sólo con la esperanza de atraer, su atención si por casualidad pasaba cerca?

- Repito que no tengo nada que declarar.

-¿No presentas ningún tipo de defensa? -Evidentemente sería inútil.

-¿No niegas los hechos?

-No tengo nada que declarar. Las cosas son como son.

Luke Robinet y Vidal Reach fueron igualmente taciturnos. El Árbitro tomó declaración a Sklar Hast, Julio Rile y Rollo Barnack.

-Está claro que los acusados son culpables de las intenciones más vindicativas -dijo-. No sé qué pena imponer. Que yo sepa, no hay ningún precedente.

Entonces habló Phyral Berwick.

-Nuestro problema es cómo garantizar nuestra seguridad. Podemos matar a estos hombres. Podríamos abandonarlos en un flotador solitario, incluso en los Flotadores de los Salvajes, vigilarlos más de cerca. Hasta siento cierta simpatía por ellos. Si compartiera el fervor de sus convicciones, podría actuar del mismo modo en una situación similar. Propongo que les hagamos la más severa advertencia, pero que les perdonemos la vida.

Nadie disintió. Gian Recargo se volvió hacia los tres criminales.

-Os perdonamos la vida. Todo será como antes. Sospecho que es más de lo que vosotros haríais por nosotros, pero no importa. No somos iguales. ¡Pero recordad que por nuestra propia seguridad no podemos mostrar más misericordia! Pensad que estáis viviendo una nueva vida, y aprovechadla lo mejor posible. Podéis iros. Volved al trabajo. Tratad de haceros merecedores de la confianza que hemos depositado en vosotros.

-No pedimos que se nos trajera aquí -dijo Barquan Blasdel con su habitual desenvoltura. -Tu presencia aquí es consecuencia directa de tu traición original, cuando intentaste disponer que el rey Kragen interceptara nuestra flotilla. Mirando hacia atrás, parece que somos excesivamente clementes. Pero éste es el tipo de vida que queremos llevar, de la que vosotros sois indignos beneficiarios. Podéis iros, y recordad que la misericordia no se extenderá a una tercera oportunidad.

Luke Robinet y Vidal Reach estaban un poco apagados, pero Barquan Blasdel salió de allí impertérrito. Sklar Hast y Roger Kelso se lo quedaron mirando.

-He ahí un hombre que sólo conoce el odio -dijo Sklar Hast-. La tolerancia no ha conquistado su gratitud. ¡Será el más vigilado de todos!

-No nos estamos preparando con suficiente rapidez -dijo Kelso.

-¿Para qué?

-Para la inevitable confrontación. Tarde o temprano el rey Kragen nos encontrará. Los Intercesores parecen creer que llega hasta sitios tan distantes como éste. Si viene, no tenemos manera de huir, y tampoco de repelerlo, por supuesto.

Sombríamente, Sklar Hast admitió todo eso.

-Es muy cierto. No sentimos suficiente apremio; ésta es sin duda una falsa seguridad. Tenemos que crear un sistema que nos asegure protección. ¡Armas! Imaginad un gran arpón, lanzado por cien hombres, con una punta de duro metal... Pero no tenemos metal.

-Claro que tenemos -dijo Kelso.

Sacó una bolita del tamaño de un diente de bebé.

-Esto es hierro.

Sklar Hast lo agarró, lo hizo girar entre los dedos.

-¡Hierro! ¿De dónde salió?

-Yo lo fabriqué.

-¿Con el sistema que usan los salvajes? -No puedo asegurarlo.

-Entonces, ¿cómo? ¿Cuál es su fuente? ¿El aire? ¿El mar? ¿Los frutos del flotador?

-Acompáñame mañana al Flotador Queja, un poco antes del mediodía. Te explicaré todo. ¿Incluso la procedencia del nombre «queja»?

-Explicaré todo.

12

Para trabajar tranquilo, con un mínimo de interferencia por parte de eventuales transeúntes y maestros de gremios con bienintencionados consejos, Kelso se había apoderado para sus investigaciones del siguiente flotador hacia el oeste, que por motivo de sus actividades se conocía como Flotador Queja. Como ayudantes y aprendices y compañeros de investigación, Kelso había reclutado a varias docenas de hombres y mujeres jóvenes que estaban entre la gente más despierta del flotador y que trabajaban con una energía y un entusiasmo del que hasta ellos mismos se sorprendían.

Sólo cien metros separaban a los dos flotadores, y mientras remaba esa distancia Sklar Hast ya imaginó torres de señales intercambiando mensajes. Un pensamiento fugaz le pasó por la cabeza: tienes que instalar las máquinas de prácticas para que los viejos Embaucadores no pierdan sus reflejos, para instruir a los aprendices, para mantener vivo el oficio.

Al llegar al Flotador Queja ató la barca al muelle rudimentario que Kelso había mandado construir. Un sendero bordeaba un grupo de altos arbustos hasta una zona central que ahora estaba escrupulosamente limpia de vegetación; a consecuencia de eso la superficie de la hoja se había vuelto de un color lívido, entre pardo y morado.

Kelso trabajaba en un complejo artilugio cuya función Sklar Hast no alcanzaba a entender. Una estructura rectangular formada por tallos se elevaba unos diez metros en el aire, sosteniendo un aro de mimbre tejido de dos metros de diámetro en un plano paralelo a la superficie del flotador. El aro tenía pegada encima una enorme lámina de piel de hoja de excelente calidad que había sido raspada, restregada y lubricada hasta quedar casi perfectamente transparente. Debajo, Kelso puso una caja con cenizas. Mientras Sklar Hast miraba, mezcló un poco de agua y goma, lo suficiente como para hacer una masa gris, en la que trabajó con los dedos y los nudillos hasta formar una depresión con forma de plato.

El sol se acercaba al cenit; Kelso hizo señas a dos de sus ayudantes. Uno trepó al andamiaje; el otro le pasó cubos de agua. El primero los vació en la membrana transparente, que se combó bajo el peso.

Sklar Hast miró en silencio, sin expresar su perplejidad. La membrana, ahora llena hasta el borde, parecía hincharse peligrosamente. Kelso, por fin satisfecho con sus planes, se acercó a Sklar Hast.

Este artefacto te intriga; sin embargo es muy sencillo. ¿Tienes un telescopio?

-Sí. Un instrumento bastante bueno, aunque la goma se ha enturbiado.

-La goma más pura y más refinada pierde el color, y hasta las lentes de goma mejor acabadas producen imágenes deformadas, de poco aumento. Según Brunet, en el Mundo de Origen forman las lentes con un material llamado «Cristal».

El sol llegó al cenit; algo extraño que ocurría en la caja de ceniza húmeda atrajo la atención de Sklar Hast. Había aparecido en ella un punto rojo blanco; la ceniza empezó a sisear y a echar humo. Sklar Hast se acercó asombrado.

-El cristal parece un material útil estaba diciendo Kelso-. Brunet lo describe como una mezcla de sustancias que aparecen en la ceniza y él llama «fundentes» sumadas a un compuesto llamado «sílice», que se encuentra en la ceniza pero también en cascarillas del

lodo marino que Brunet llama «plancton Aquí he mezclado ceniza y lodo de mar; he construido una lente de agua para condensar luz del sol. Estoy tratando de fabricar cristal...

Miró la caja y después la levantó un poco, enfocando la imagen del sol. La ceniza resplandeció roja, naranja, amarilla; de repente pareció desmoronarse. Con una vara, Kelso empujó más ceniza hacia el centro, hasta que de la caja de madera salió humo, después de lo cual Kelso la puso a un lado y miró con ansiedad la materia derretida en el centro.

- Algo ha ocurrido; qué, exactamente, lo sabremos cuando se enfríe.

Volvió a la mesa de trabajo. y sacó otra caja, ésta casi llena de carbón vegetal pulverizado. En una depresión, en el centro, había una pasta entre negra y marrón.

- ¿Y qué tienes ahí? -preguntó Sklar Hast, ya maravillado por el ingenio de Kelso.

-Sangre seca. Yo y mis hombres nos hemos desangrado. Es una operación que produce dolor, de ahí «Flotador Queja».

Pero ¿por qué hicisteis eso? -preguntó Sklar Hast.

-Tendré que referirme otra vez al científico Brunet, que nos revela que el color rojo de la sangre proviene de una sustancia llamada «hemoglobina». Esa sustancia está compuesta por mucho carbón, oxígeno e hidrógeno y una sola partícula de hierro. El carbón es el ingrediente principal de las cosas quemadas; el oxígeno da al aire su cualidad vigorizante; con el oxígeno el hidrógeno forma el agua. Pero hoy sólo buscamos una pequeña cantidad de hierro. Así que aquí está la sangre. Quemaré los diversos fluidos, gases y lodos inestables para descubrir qué queda. Si todo sale bien, encontraremos de nuevo el inflexible hierro. Kelso metió la caja debajo de la lente. La sangre seca ardió despacio, sin llama, humeando, y de pronto se encendió soltando un olor nauseabundo. Kelso empezó a bizquear-. La lente sólo quema bien cuando el sol cae, a pleno, de manera que nuestro tiempo es forzosamente limitado.

Quizá en vez de agua convendría usar goma transparente, que se endurecería y permitiría seguir al sol a través del cielo.

-Lamentablemente no hay ninguna goma tan transparente como el agua -dijo Kelso con pesar-. La savia de la plantavela es amarilla. El líquido del matafardos produce una niebla azul.

-¿Qué ocurriría si se mezclaran los dos, de manera que el azul derrotara al amarillo? Después el resultado se podría filtrar y hervir. Quizá hasta se podría coagular el agua con tintura de hueso.

-Así que esto es cristal. ¡Hum! No parece muy adecuado para usarlo como lente de telescopio. Pero quizá sirva para otras cosas. Parece denso y duro... casi metálico.

Kelso movió la cabeza en señal de reprobación.

-Esperaba conseguir mayor transparencia. Es probable que haya demasiadas impurezas en la ceniza y en el lodo marino. Quizá se las pueda sacar lavando la ceniza o tratándola con un ácido o algo por el estilo.

-Pero para producir ácido hace falta electricidad. Al menos eso es lo que tú dices.

- Me limito a citar a Brunet.

-¿Y es imposible obtener electricidad?

Kelso frunció los labios.

- Ya veremos. Tengo algunas esperanzas. Parece imposible generar electricidad usando sólo ceniza, madera, agua y lodo de mar... pero ya veremos. Brunet da algunas pistas. Pero miremos primero cuánto hierro tenemos.

La producción era pequeña: un nódulo de metal gris picado, de la mitad del tamaño de un guisante.

-Esa pequeña cantidad representa tres frascos desangre -comentó Kelso-. Si vaciáramos todas las venas que hay en el flotador, obtendríamos hierro suficiente para fabricar una olla pequeña.

-No es una propuesta intrínsecamente irrazonable -dijo Sklar Hast-. Todos podemos ofrecer uno o dos frascos de sangre, o aún más, a lo largo de varios meses. ¿Te das cuenta? ¡Hemos producido metal contando sólo con nuestros propios recursos!

Kelso estudió irónicamente el nódulo de hierro.

Kelso asintió.

-Es probable que las dos cosas sean factibles.

Se pusieron a observar la sangre, ahora una esponja encendida que se transformó en cenizas y después, aparentemente consumida, desapareció en la superficie del resplandeciente carbón vegetal. Kelso sacó el crisol de debajo de la lente.

-Tu sangre no parece muy rica -señaló Sklar Hast críticamente-. Quizá sería buena idea pinchar a Barquan Blasdel y al resto de los intercesores; parecen muy saludables.

Kelso tapó la caja.

- Sabremos qué pasó cuando el carbón se ponga negro.

Fue hasta la mesa y buscó otra caja. Sobre el carbón pulverizado había una tableta, esta vez de pasta negra.

-¿Y qué sustancia es ésa? -preguntó Sklar Hast.

- Esto -dijo Kelso- es sangre del kragen que hervimos anoche. Si la sangre del hombre lleva hierro, ¿qué llevará la sangre del kragen? Ahora lo descubriremos. -Metió la caja debajo de la lente. Como la sangre humana, empezó a arder sin llama, soltando un humo aún más asqueroso que el anterior. Poco a poco la tableta se fue desmoronando sobre la superficie del carbón; como antes, Kelso sacó aquello y le puso encima una tapa. Entonces se acercó a la primera caja, pinchó las cenizas con un pedazo de hueso afilado y sacó un espeso charco de material fundido que echó sobre la mesa-. Cristal. Cuidado. Todavía está caliente.

Sklar Hast, usando dos pedazos de hueso, levantó el objeto.

-Quemar la sangre debajo de la lente es muy sencillo. Si cada día viniera una decena de personas a dar sangre, con el tiempo el peso acumulado del '1 hierro terminaría hundiendo la hoja. -Quitó la tapa de la tercera caja-. ¡Pero mira esto! ¡Qué mal hemos empleado nuestras maldiciones! ¡El kragen no es una criatura que merezca nuestro desprecio!

Sobre el carbón había un pequeño charco de metal dorado rojizo, tres veces más grande que el nódulo de hierro.

-Este metal debe de ser cobre, o una de sus aleaciones. Brunet describe el cobre como un metal rojo oscuro, muy útil para conducir la electricidad.

Sklar Hast levantó el cobre que estaba sobre los 1 carbones y lo fue pasando de una mano a la otra hasta que se enfrió.

-Los salvajes tienen cobre en trozos más grandes que éste. ¿Acaso matan kragen y queman la sangre? ¡Parece increíble! ¡Esos semihumanos deformes y furtivos!

Kelso se mordió pensativamente el labio.

-El kragen debe de ingerir el cobre y para eso lo tiene que sacar de algún lado. Quizá los salvajes conozcan la fuente.

-¡Metal! -murmuró respetuosamente Sklar Hast-. ¡Hay metal por todas partes! Nicklas Rile ha cortado el kragen para quitarle los huesos. Prescinde de los órganos internos, que son negros como la flor de hollín. Quizá también habría que quemarlos debajo de la lente.

-Que los traigan aquí... yo los quemaré. Y después de que quememos el hígado o el órgano que sea del kragen, podríamos intentar quemar también la flor de hollín. ¿Quién sabe? Quizá todas las sustancias negras producen cobre, y todas las sustancias rojas hierro. Aunque Brunet nunca hace una generalización tan completa.

Los órganos internos del kragen dieron más cobre. Las flores de hollín sólo produjeron una ceniza amarilla blanquecina que Kelso, por las dudas, almacenó en un tubo con el rótulo de «Ceniza de flor de hollín».

Cuatro días más tarde apareció el kragen más grande que habían visto hasta el momento. Llegó nadando desde el oeste, siguiendo la línea de flotadores. Un par de Estafadores que volvían de pescar fueron los primeros en espiar el enorme cilindro negro rematado por la torrecilla de cuatro ojos. Los estafadores apuraron los remos y gritaron anunciando la novedad.

Entonces pusieron en marcha un plan muy bien ensayado. Un equipo de cuatro

Librodot

estafadores jóvenes corrieron hacia una barca ligera, saltaron encima y remaron saliendo a interceptar el kragen. La barca arrastraba dos cuerdas, cada una controlada por un grupo de hombres. El kragen, deslizándose sobre el agua, se acercó hasta quedar a cincuenta metros del flotador. La barca fue a su encuentro, impulsada por dos de los hombres, mientras uno, llamado Bade Beach, se adelantaba y subía a la borda. El kragen dejó de mover las paletas y se quedó flotando y mirando con pétrea desconfianza la barca y las grúas.

Los dos Estafadores que usaban los remos acercaron más la barca. Bade Beach iba tenso, moviendo un lazo. El cuarto hombre controlaba las cuerdas que los unían con el flotador. El kragen, desdeñando el ataque, hizo algunos desconcertados chasquidos con las mandíbulas, sacudió las puntas de las paletas y creó cuatro remolinos. La barca se acercó más, hasta treinta metros, veinticinco, veinte. Bade Beach se inclinó hacia adelante.

El kragen decidió castigar a los hombres por aquellas acciones provocativas. Se adelantó bruscamente. Cuando estaba a sólo diez metros de distancia, Bade Beach disparó un lazo hacia la torrecilla... y falló. Del flotador brotaron varios gritos de desilusión. Uno de los grupos se apresuró a tirar con fuerza de la barca. El kragen viró, cambió de dirección y atacó furiosamente por segunda vez, llegando por un momento a menos de dos metros de la barca, momento que aprovechó Bade Beach para echarle el lazo sobre la torrecilla. Del flotador llegó una ovación; ambos grupos tiraron de las cuerdas, uno arrastrando la barca a un sitio seguro y el otro ajustando el nudo y apartando el kragen cuando iba a tocar la barca.

Mientras se sacudía y se retorcía, el kragen fue arrastrado hasta la grúa inclinada sobre el mar e izado del agua como el primero. Esta era una bestia grande; la grúa crujió y el flotador se combó antes de que el kragen saliera del agua; sesenta y cinco hombres tiraban de la cuerda. La grúa se inclinó hacia atrás; el kragen se balanceó sobre el flotador. Ataron las paletas y bajaron a la bestia. De nuevo, una ola de espectadores reían y gritaban alrededor, pero esta vez no manifestaban la furia con la que habían atacado al primer kragen.

Emplearon los cinceles y los mazos contra la torrecilla del kragen; sacaron la cúpula y destrozaron los nódulos nerviosos. Trajeron cubos de fibra y sacaron los fluidos corporales, que después llevaron a bandejas de evaporación.

Sklar Hast había observado desde un costado. Era una bestia grande: más o. menos del tamaño del rey Kragen en el momento de llegar a los Viejos Flotadores, hacía ciento cincuenta años. Habían logrado despachar con éxito a esa criatura, por lo que no deberían temer mucho a ninguna otra... excepto al rey Kragen. Y Sklar Hast tuvo que admitir que para ese caso aún no tenían respuesta. Ninguna grúa podría sacar al rey Kragen del agua. Ninguna cuerda podría contener la fuerza de aquellas. paletas. Ningún flotador podría soportar aquel peso. Comparado con el rey Kragen, esa mole muerta era un pigmeo.

Detrás resonaron unos rápidos pasos; una mujer le tiró del codo, jadeando mientras intentaba recuperar el aliento. Sklar Hast, alarmado, miró alrededor pero no vio nada de qué preocuparse. Finalmente ella logró articular unas palabras:

¡Barquan Blasdel se ha hecho a la mar, Barquan Blasdel se ha ido!

¡Qué!-exclamó Sklar Hast.

13

Faltaban Barquan Blasdel, su esposa, sus dos hijas mayores y sus amantes, y también Luke Robinet y Vidal Reach, lo mismo que una robusta barca. Su plan había sido audaz, cuidadosamente concebido y ejecutado con precisión. Durante semanas habían ocultado provisiones en un enmarañado rincón en el otro extremo del flotador, cerca de la escuela de Meril Rohan. En secreto habían fabricado remos, un mástil y una vela. Después habían esperado la captura de un segundo kragen, suponiendo correctamente que todo el mundo estaría

Librodot

distraído.

Los dos jóvenes, esposos de las hijas de Blasdel, se apoderaron de la barca. Incluso con un kragen colgando en el aire, Barquan Blasdel subido a una barca podría haber llamado la atención. A los dos jóvenes les costaba menos pasar inadvertidos. Desataron la barca y remaron hasta el lado sur del flotador. Embarcaron las provisiones, subieron todos con los remos y se deslizaron alejándose del Flotador Nuevo Hogar. Tuvieron la mala suerte de que una mujer embarazada se hubiera aleja do, por asco, de donde estaban atrapando al kragen, y hubiera visto desaparecer la barca detrás del Flotador Queja.

Phyral Berwick mandó inmediatamente diez barcas a perseguirlos, pero se acercaba la noche y empezaba a soplar un viento inusitadamente fuerte. Con tantas velas y remos y con el crepúsculo encima y con docenas de flotadores entre los que esconderse, había pocas probabilidades de alcanzar a los fugitivos. Barquan Blasdel podía incluso virar hacia el norte o hacia el sur y perderse así con más facilidad.

Las barcas destinadas a la búsqueda permanecieron fuera toda la noche. Ocho buscaron entre los flotadores, yendo y viniendo por los canales iluminados por las estrellas; dos se internaron hacia el oeste con toda la rapidez que los Estafadores mas robustos podían alcanzar. Cuando el alba proyectó una luz perlina sobre el mar los nuevos flotadores ya casi resultaban invisibles por el este, pero los buscadores estaban solos en el mar. La barca de Barquan Blasdel no se veía por ninguna parte. A los que buscaban entre los flotadores no les fue mejor. Todos regresaron al Flotador Nuevo Hogar empujados por el viento del amanecer.

Convocaron a una reunión de consejeros para estudiar la situación. Algunos se quejaron de la lenidad mostrada con los intercesores fugitivos.

-¿Por qué nos dejamos vencer por nuestros propios escrúpulos? -protestó Robin Magram. Tendríamos que haber hecho bien las cosas y estrangularlos a todos.

Phyral Berwick asintió pacientemente.

Quizá tengas razón. Pero yo no me sentía capaz de asesinar a alguien aunque nos conviniera. Magram apuntó con el dedo hacia las cabañas donde estaban los restantes Intercesores.

-¿Qué hacemos con ellos? Todos nos desean lo peor. Todos planean el mismo acto infame que realizó Blasdel. ¡Matémoslos ya... con tranquilidad, sin encono, con una bella finalidad!

Sklar Hast habló con cierta tristeza.

-Eso no nos beneficiaría. Nos convertiríamos en asesinos de verdad. La grasa está ahora en el fuego. De hecho, lo mejor que podríamos hacer es soltarlos... darles una barca y echarlos.

-¡No vayas tan rápido! protestó Rollo Barnack-. ¡Barquan Blasdel no podrá llegar nunca a los Flotadores de Origen!

Sólo necesita navegar de noche y remar hacia el oeste -dijo Sklar Hast-. Pero está bien, esperemos hasta saber qué ha pasado.

-Si Barquan Blasdel regresa a los viejos flotadores, un hecho es seguro -gruñó Robin Magram-. Habrá acciones hostiles. Ese hombre es un receptáculo de maldad.

-No necesariamente -dijo Phyral Berwick-. Recuerda que a los habitantes de los flotadores no les falta sensatez. Son nuestros hermanos de casta, nuestros amigos, nuestros parientes. ¿Qué pueden ganar atacándonos?

-Nos hemos salvado del rey Kragen; no admitiremos el dominio de nadie -dijo Sklar Hast con pesimismo. El sufrimiento produce celos y resentimiento. Los Intercesores los pueden convertir en hosca ira.-Puso voz de falsete nasal-. ¡Esos fugitivos insolentes! ¿Cómo se atreven a eludir su responsabilidad ante el noble rey Kragen? ¿Cómo se atreven a realizar semejantes atrocidades bestiales contra los kragen menores? ¡Todo el mundo a las barcas! ¡Vamos a castigar a los iconoclastas!

- Quizá estés en lo cierto -dijo Kelso-. Pero los Intercesores no son de ninguna manera los únicos habitantes influyentes de los flotadores. Los Arbitros no apoyarán esos planes.

- En esencia -dijo Phyral Berwick-, nos falta información. Hacemos especulaciones en el vacío. Barquan Blasdel puede perderse en el océano y no regresar nunca a los Viejos Flotadores. Pueden recibirlo con apatía o con entusiasmo. Hablamos sin conocimiento. Creo que deberíamos tomar las medidas necesarias para informarnos de cuál es la verdadera situación. En resumen, tendríamos que mandar espías a buscar esa información.

La propuesta de Phyral Berwick contó finalmente con el respaldo de todos. Se decidió, además, vigilar mejor a los Intercesores que quedaban, hasta que se supiera con certeza si Barquan Blasdel había llegado a los Viejos Flotadores. Si fuera esa la situación, el emplazamiento de los Nuevos Flotadores ya no sería un secreto, y la opinión general era permitir que los Intercesores restantes regresaran también si lo deseaban. A Robin Magram la decisión le pareció poco juiciosa.

-¿Crees que ellos nos darían el mismo trato en una situación similar? ¡Recuerda! ¡Planearon que el rey Kragen nos atacara!

-Es cierto -dijo Arrel Sincere, cansado-, pero ¿qué importa? Podemos matarlos, tenerlos muy bien vigilados o dejar que se vayan. La última opción es la menos complicada y la más honorable.

Robin Magram no protestó más, y el consejo se ocupó entonces de los detalles de la proyectada operación espía. Ninguna de las barcas disponibles les pareció adecuada, y se decidió construir una de diseño especial: larga, liviana, que apenas asomara del agua, con dos velas de tejido fino que atraparan cada susurro del viento. Nombraron a tres hombres para la operación, todos originarios del Flotador Almack, una pequeña y lejana comunidad hacia el este, de hecho próxima a Sciona, al final de la cadena. Ninguno de los tres tenía conocidos en Apprise, con lo que se reducían las probabilidades de que los reconocieran.

La barca fue construida de inmediato. Sobre unas estacas dieron forma a una liviana quilla de mimbre laminado y pegado; torcieron y ataron en su sitio las cuadernas; sobre ellas fijaron costillas diagonales y después cubrieron todo con capas de piel de hoja barnizada.

A media mañana del cuarto día después de la huida de Barquan Blasdel, la barca, casi una canoa, partió hacia el oeste, deslizándose con facilidad y rapidez sobre el agua soleada. Entre sus herramientas iba la trompa sacada del viejo taller de Barquan Blasdel en el Flotador Apprise. Durante tres horas siguió la hilera de flotadores, cada islote engalanado con vegetación azul, verde, púrpura, naranja y negra, rematada por las arqueadas frondas de la planta principal. La barca alcanzó el último flotador del grupo y puso rumbo hacia el oeste; detrás de los largos remos el agua destellaba y creaba remolinos. La tarde fue declinando; se formaron unas nubes de lluvia que atravesaron el cielo arrastrando unos vientres negros. Después de la lluvia vino la puesta de sol, un glorioso espectáculo entre nubes deshilachadas. Empezó a soplar la brisa; izaron las velas; los hombres metieron dentro los remos y descansaron. La barca avanzaba velozmente hacia el oeste, entre los chasquidos de las olas. Entonces llegó el crepúsculo de color malva y aparecieron las constelaciones, y a continuación se hizo de noche y las estrellas resplandecieron sobre la lustrosa agua negra. Los hombres se turnaron para dormir, y transcurrió la noche. Antes del amanecer se levantó un viento adverso; los hombres, para ahorrar fuerzas, remaron sólo lo necesario para conservar la velocidad.

El segundo día transcurrió de manera similar. La primera línea de flotadores encontrados por la flotilla quedó atrás, ligeramente hacia el norte. Pasó otro día. No se veían los flotadores de los salvajes; quizá habían pasado cerca de ellos por la noche. Poco antes del amanecer del cuarto día los hombres bajaron la trompa en el agua y escucharon.

Silencio.

Los hombres, de pie, miraron hacia el oeste. Teniendo en cuenta la gran velocidad de la barca, el Flotador Tranque tendría que estar muy cerca. Pero sólo se veía un horizonte vacío.

Al mediodía los hombres, cada vez más perplejos, dejaron de remar y miraron otra vez atentamente el horizonte. Como antes, lo único que se veía era la línea que separaba el azul oscuro del azul brillante. A esas alturas los flotadores tendrían que estar a la vista. ¿Habrían

Librodot

virado demasiado hacia el norte o hacia el sur?

Los hombres deliberaron y llegaron a la conclusión de que aunque habían estado viajando hacia el oeste, la dirección hacia donde habían huido originalmente podía situarse más hacia el sudeste. Validaba esa idea el hecho de que habían pasado por el sur de la línea intermedia de flotadores. Por lo tanto lo más probable era que los Viejos Flotadores quedaran detrás del horizonte norte. Acordaron remar cuatro horas hacia el norte y después, si no veían nada, regresar hacia el sur.

Al caer la tarde, mientras se acumulaban las nubes de lluvia, aparecieron unas manchas a lo lejos. Se detuvieron, bajaron la trompa y oyeron una serie de crujidos sorprendentemente fuertes. Los hombres hicieron girar el tubo para detectar de dónde venía el sonido. Procedía del norte. Agachados, escucharon, listos para alejarse a toda prisa si el sonido aumentaba. Pero pareció disminuir, y la dirección viró hacia el este. Finalmente se volvió casi inaudible y los hombres siguieron adelante.

Los flotadores cobraron sustancia, extendiéndose tanto hacia el este como hacia el oeste; pronto fue posible distinguir los perfiles característicos, y después las torres de señales. Exactamente delante estaba Aumerge, con el Flotador Apprise más al oeste.

Remaron siguiendo la cadena, pasando por delante de flotadores con nombres familiares y amados, flotadores donde habían vivido y muerto sus antepasados: Aumerge, Quincunx, Fay, Hastings, Quatrefoil, con aquella curiosa forma de trébol, y después el pequeño grupo exterior, Las Ligas, y más allá, después de un espacio de una milla, el Flotador Apprise.

Se puso el sol y las torres empezaron a titilar, pero resultaba imposible leer las configuraciones. Los hombres remaron hacia Apprise. La vegetación se recortaba contra el cielo; los sonidos y olores de los Viejos Flotadores llegaba en el aire por encima del agua, causando dolorosas punzadas nostálgicas a cada uno de los hombres. Desembarcaron en una cala pequeña y aislada que les había descrito Phyral Berwick y cubrieron la barca con hojas y basura. Siguiendo el plan, dos se quedaron en la barca, mientras que el tercero, un tal Henry Bastaff, atravesó el flotador hasta llegar a la zona comunal y al mercado de Apprise.

Había centenares de personas fuera esa agradable tarde, pero Henry Bastaff las veía cansadas y hasta un poco deprimidas. Fue hasta la vieja Posada Apprise, que presumía de ser el edificio más viejo de los flotadores: un cobertizo largo que tenía por vigas unos tallos viejos y torcidos supuestamente cortados a la asombrosa profundidad de cien metros. Dentro había un bar largo, construido con tiras laminadas que con la cera y el uso se habían vuelto de un color moreno dorado. Los estantes del fondo mostraban jarras y tubos de arak, cerveza y licores, junto con dulces y delicadezas diversas. En el frente, unos anchos aleros cubiertos con paja de fronda de garwort daban sombra a varias docenas de mesas y bancos, donde descansaban los viajeros y se daban cita los amantes. Henry Bastaff se sentó donde podía observar tanto la torre de señales de Apprise como la de Quatrefoil hacia el este. Se acercó la camarera y él pidió cerveza y barquillos de frutos secos. Mientras bebía y comía escuchó las conversaciones de las mesas cercanas y leyó los mensajes que titilaban yendo y viniendo por la línea de flotadores.

Las conversaciones eran poco informativas; los mensajes de las torres se limitaban al habitual compendio de anuncios, mensajes y bromas. Entonces, de repente, en medio de un mensaje, hubo una llamarada, las dieciocho luces juntas que anunciaban una noticia de gran importancia. Henry Bastaff se incorporó en el banco.

¡Información... importante!... Esta... tarde... varios... de... los... Intercesores... secuestrados... por... los... rebeldes... regresaron... a... los... Flotadores... Son... Barquan Blasdel... de... Apprise... con... su... esposa... y... varias... personas... a... su... cargo... Vidal Reach... de... Sumber... Luke Robinet... de... Parnassus... Tienen... una... historia... desgarradora... Los... rebeldes... se... han... establecido... en... un... flotador... hacia... el... este... donde... matan... kragen... con... despiadado... júbilo... y... planean... una... guerra... de... exterminio... contra... los... habitantes... de... los... Viejos... Flotadores... Los... Intercesores...

escaparon... y... tras... un... inquietante... viaje... a... través... del... inexplorado.., océano... en... las... últimas... horas... de... hoy... desembarcaron... en... el... Flotador Lámpara Verde... Barquan Blasdel... ha... pedido... una... asamblea... inmediata... para... decidir... qué... medidas... tomar... contra... los... rebeldes... que... cada... día... son... más.... arrogantes.

14

Seis días más tarde Henry Bastaff informó al consejo del Flotador Nuevo Hogar.

-Nuestra llegada fue precaria porque la dirección inicial nos llevó muchas millas al sur de los Viejos Flotadores. La próxima vez tendremos que pasar por el norte de los flotadores que hay en el camino, con lo cual será fácil avistar tierra. Aparentemente la barca de Blasdel experimentó dificultades aún mayores, puesto que llegaron al Flotador Lámpara Verde casi en el mismo momento en que desembarcábamos en Apprise. Quizá se demoraron en uno de nuestros flotadores hasta que creyeron que ya no los perseguíamos. Yo estaba sentado en la Vieja Taberna cuando llegó la noticia y se produjo un gran alboroto. La gente parecía más curiosa que vengativa, incluso algo nostálgica. No oí hablar del rey Kragen fuera de un comentario, algo ambiguo, en el sentido de que aceptarían de buena gana que los rebeldes intentaran liquidar a cierto kragen local. Convocaron una asamblea el día siguiente. Como asistiría la gente del Flotador Almack me pareció que convendría que Maible y Barway siguieran escondidos. Yo me manché la cara del color de los Estafadores, me afeité casi del todo las cejas, me eché el pelo hacia adelante y me puse una capucha de Estafador. Parecía el más inepto de los Estafadores: medio Matón y medio Publicista. En la asamblea miré a los ojos a mi tío Fodor, el pelador de mimbre, que nunca se volvió para mirarme de nuevo.

»La asamblea fue vehemente y prolongada. Barquan Blasdel recuperó su rango de Intercesor de Apprise, sin vacilar un momento y sin pedir permiso. En mi opinión a Vrink Smathe, que había heredado el puesto, no le produjo ninguna alegría el regreso de Blasdel. Sentado tres filas más atrás, sin la ropa ceremonial y el protector de nariz, fruncía el ceño y parpadeaba cada vez que Blasdel hablaba, es decir, casi todo el tiempo.

»Con gran seriedad, Blasdel reclamó una expedición punitiva. Habló de quienes se habían ido como "iconoclastas", "monstruos", "sanguinaria escoria del mundo", que la gente decente tenía el deber de eliminar.

»Un cierto número se sintió estimulado, sobre todo aquellos que yo llamaría el elemento más bajo: gente de poco prestigio, no especializada, ignorante y envidiosa de sus superiores. Pero eran pocos. En general la noticia no despertó mucha atención. Nadie importante mostró interés en el proyecto. Los nuevos Intercesores en particular estaban muy poco entusiasmados. Es evidente que codician sus nuevos puestos, que perderían si regresaran los viejos Intercesores.

»Blasdel, al ver que no había despertado mucha simpatía con sus maldades, casi perdió los estribos, cosa rara en Barquan Blasdel. Acusó a los más reacios de cobardía y complacencia, y con eso se ganó su antagonismo. Todo el mundo conoce el temperamento de Emacho Feroxibus, Anciano de los Desfalcadores de Quatrefoil. Aunque muy ortodoxo, no es un cobarde. Con mucha brusquedad ordenó a Blasdel que fuera menos cáustico al hablar.

»-¡Nadie cuestiona tu celo, pero prefiero que se aplique a propósitos constructivos! ¿Qué sentido tendría aplastar a esas personas? Se han marchado y sólo queda desearles suerte. ¡Ahora que no están con nosotros los disidentes, mantengamos nuestras viejas costumbres con más dedicación! No me interesa seguir oyendo ese discurso incendiario.

»Debo decir que Barquan Blasdel no se acobardó en absoluto.

»-Me parece muy bien que se quiera contemporizar -dijo-, y nadie emprende por placer

una tarea ardua e incómoda como la que propongo. No obstante, hablamos de personas impenitentes, de criaturas sumamente depravadas.

»Feroxibus se le rió en la cara.

»-Si son tan malvados, ¿por qué te dejaron vivir? ¿Por qué no te ahogaron?

»Barquan Blasdel se desconcertó. Pero dijo:

»-Está muy claro. Temían ser descubiertos por el rey Kragen, y pensaron que si ocurría lo peor intercederíamos por ellos.

»Emacho Feroxibus no dijo nada más, y tampoco Barquan Blasdel; la asamblea concluyó sin una decisión clara.

»Pero eso era sólo la asamblea... el acto abierto a todos. Dudo de que Barquan Blasdel se haya sorprendido por la falta de respuesta. Lo último que hizo fue convocar a todos los Intercesores a una reunión en la cabaña de Vrink Smathe esa noche.

»Volví a la barca y hablé con Barway y con Maible. Barway es buzo. Teniendo en cuenta ese atributo, y recordando la típica disposición del taller de un Intercesor, inventamos una manera de obtener más información. Barway os puede contar mejor que yo lo que ocurrió.

Entonces Barway dio su informe. Era uno o dos años más joven que Henry Bastaff, remero experto y buzo de gran resistencia. Pertenecía a la casta de los Publicistas, pero había tomado por esposa a la hija de un Pirómano y en general se lo apreciaba mucho. Habló con modestia, sin levantar la voz.

-Planificamos todo mientras el sol estaba todavía alto. Miré con atención la cabaña de Smathe, me puse las gafas y me zambullí debajo del flotador. No sé cuántos de vosotros habéis nadado debajo de un flotador, pero es un hermoso espectáculo. El agua es de un azul intenso, por encima está el blanco lado inferior de la piel de la hoja y debajo se hunden los tallos hasta desaparecer en las profundidades.

»La cabaña de Smathe estaba a unos setenta y cinco metros del borde. Esa es una distancia que puedo cruzar a nado con facilidad. Pero no hacer el viaje de ida y vuelta. Me quedaría sin aire y me ahogaría debajo del flotador a menos que encontrara un agujero como el que descubrimos en la cabaña de Blasdel. Yo iba arrastrando una cuerda para que pudieran tirar de ella y reanimarme si no encontraba la cabaña.

»Pero no hubo ningún problema. A setenta y cinco metros del borde del flotador vi el oscuro agujero arriba y la trompa. Subí y floté entrando en el agujero. El tapón no estaba puesto. Pude respirar.

»No había nadie en el taller. En una habitación exterior oí unas voces que me parecieron las de Vrink Smathe y su esposa. Los dos lamentaban el regreso de Barquan Blasdel. De hecho, la esposa de Smathe lo estaba reprendiendo por haber aceptado tan mansamente que Barquan Blasdel recuperara su puesto y hablado en un lenguaje muy impropio para una mujer de la casta de los Desfalcadores, a la que si no me equivoco pertenece.

»No me entretuve. Até la cuerda a la trompa para poder orientarme al volver ya de noche. Después regresé a la barca.

»Esperamos hasta que oscureció. Henry Bastaff volvió a la Posada Apprise y prestó oído a las conversaciones, pero no oyó nada importante. En cuanto vimos que entraban Intercesores en la cabaña de Smathe me metí en el agua, y guiándome con la cuerda volví al agujero en el taller de Smathe.

Al oír eso los miembros del consejo se estremecieron, puesto que las aguas nocturnas eran una región de terror supersticioso, sobre todo debajo de la hoja: el escenario de los cuentos de miedo infantiles.

Barway siguió con su relato:

-Llegué temprano. Los Intercesores siguieron apareciendo mientras yo esperaba. Vrink Smathe fue a escuchar por la trompa y me vi obligado a sumergirme. Había aspirado poco aire y empecé a sentir la presión. Smathe hizo girar la trompa, y cuando me apuntó no tuve más remedio que retroceder. La trompa se detuvo, y comprendí que Smathe podía oír mis latidos.

Nadé hasta el otro lado del agujero y miré a través del agua. Smathe escuchaba con la oreja pegada al tubo y mirando para otro lado. Salí a la superficie, tomé aire y me sumergí de nuevo.

Barway se rió. Los miembros del consejo respondieron con muecas irónicas. Todos sabían que Barway estaba minimizando el drama que había vivido.

-Smathe soltó la trompa. Salí a la superficie. Le oí decir: «Por un momento percibí un extraño martilleo: una serie de golpes. Pero desaparecieron.» Alguien sugirió que quizá producía el ruido alguien saltando sobre el flotador, y Smathe estuvo de acuerdo. Entonces entró Blasdel en la habitación.

Barquan Blasdel miró alrededor el círculo de Intercesores, todos con ropa negra ceremonial y el emblema de su flotador. Se dirigió primero a Vrink Smathe.

-Hay guardias apostados para que nadie se acerque a escuchar.

- Cuatro aprendices montan guardia delante de la cabaña, con linternas. Nadie puede acercarse.

- Muy bien. Lo que abordamos ahora es de la mayor gravedad y no debe ser revelado ni con palabras ni con hechos. Ante todo, los Intercesores ahora presentes deben ser ratificados en sus puestos. Vidal Reach, Luke Robinet y yo renunciamos a nuestros puestos como Intercesores de Sumber, Parnassus y Apprise y nos convertimos ahora en Autoridades Centrales. Suscribo las urgentes sugerencias hechas por muchos de vosotros y seré el Intercesor Supremo Presidente de todos los flotadores. Luke Robinet y Vidal Reach serán mis Siervos Mayores.

»Vayamos ahora al grano. A pesar de la timidez y de la inercia de la población, no podemos permitir que los rebeldes sigan en estado de insubordinación. Hay para eso muchas razones. Primero, se atrevieron a atacar al rey Kragen y a intentar darle muerte: una horrorosa acción. Segundo, secuestraron a quince intercesores, acto sumamente atroz. Tercero, ahora matan kragen con creciente facilidad y ya preparan un ataque al rey Kragen. Cuarto, aunque decidieran quedarse tranquilamente en sus nuevos flotadores, representan un desafío al reinado del rey Kragen y por lo tanto a nuestra autoridad. Quinto, nos han sometido a mí, a Vidal Reach, a Luke Robinet y a todos los demás a las más repugnantes vejaciones, atacando así por extensión a la institución que representamos: es decir, a nosotros mismos. Tenemos que aniquilarlos. Antes de seguir, ¿cuento con la aprobación unánime de los puntos de vista que acabo de exponer?

La aprobación fue un tanto cautelosa pero unánime.

-Estas son, entonces, mis propuestas. Organizaremos una milicia que llamaremos «Los Defensores», o «Los Admonitores del Rey Kragen» o «Los Protectores del Pueblo» o algo por el estilo. Los hombres de los Nuevos Flotadores en buenas condiciones físicas no llegan a mil. Los aptos para luchar quizá no pasen de quinientos.

»Para garantizar un poderío absoluto y abrumador tenemos que reclutar una fuerza de por lo menos mil jóvenes fuertes, activos y fervientes. Los adiestraremos en el uso de las armas y, lo más importante de todo, les lavaremos de la mente todo escrúpulo, lástima o reparo contra la violencia, y lo mismo haremos con nosotros mismos. Soy consciente de que con esto contradecimos nuestra más antigua y valorada tradición, pero lo hacemos por una causa digna.

»Cuando la fuerza haya sido adiestrada y equipada, nos embarcaremos en una adecuada flota de barcas e iremos a someter a los rebeldes. Con los más crueles y recalcitrantes tendremos que aplicar una solución final y definitiva; a los demás los traeremos cubiertos de vergüenza a los flotadores principales y los reduciremos a una casta nueva e inferior. ¡Con eso daremos una lección! ¡Con eso se reafirmará el poder y la benevolencia del rey Kragen! ¡Con eso conservaremos y aumentaremos nuestro propio prestigio!

Barway informó de las exhortaciones de Barquan Blasdel de la manera más detallada

posible, y también del debate que siguió a esa intervención. Nadie se había opuesto seriamente al plan de Barquan 1 Blasdel; sólo había habido preguntas sobre la forma y los medios para llevarlo a cabo.

-¿Anunciaron un calendario? -preguntó Phyral Berwick.

- Deduzco que se pondrán en acción inmediatamente.

- No esperaba otra cosa. Phyral Berwick soltó un profundo suspiro. Así llegan a los flotadores el miedo y el dolor y la brutalidad. Parece que a pesar de. nuestra herencia no somos mucho mejores que los habitantes de los Mundos Exteriores..

-Tenemos que idear contramedidas -dijo Sklar Hast-. Primero, ya no tiene sentido mantener cautivos a los Intercesores. Lo mejor es que les demos ya una barca y los mandemos a casa. De esa manera no se enterarán de nuestros planes.

¿Cuáles son nuestros planes? -preguntó Arrel Sincere en tono sombrío.

Sklar Hast se quedó pensando.

-Tenemos varias opciones. Podríamos entrenar una milicia propia y confiar en nuestra propia habilidad y fuerza. Finalmente, después de mucho derramamiento de sangre, temo que nos derrotarían. Podríamos reunir nuestras cosas y huir otra vez y buscar un nuevo y lejano grupo de flotadores. No es una idea atractiva. Podemos tratar de matar al rey Kragen, pero igual nos atacarían. O podemos derrotar a nuestros enemigos con una estrategia que aún no estoy en condiciones de definir... Mientras tanto tenemos que observar atentamente los Flotadores de Origen.

15

En el mundo que no tenía nombre no había estaciones ni variaciones de clima, excepto al cambiar de latitud. A lo largo de las zonas de calma ecuatorial, donde crecían en grupos y cadenas los flotadores de plantas marinas, todos los días eran iguales, y sólo se detectaba el paso del año observando el cielo nocturno. Aunque la gente no tenía mucha necesidad de hacer distinciones temporales exactas, se numeraban los días y se daba a cada año el nombre de algún acontecimiento importante. Un período de veintidós años era una «ola», y también recibía un número. Así, se podía conocer una fecha dada como el día 349 del Año de la Zambullida Profunda de Malvinon durante la Décima Ola. El cálculo del tiempo era casi competencia exclusiva de los notarios. Para la mayoría de la gente la vida era tan diáfana y natural como el herboso mar azul al mediodía.

El ataque del rey Kragen al Flotador Tranque ocurrió hacia el final del año, que desde entonces se conoció como el Año de la Humillación de Tranque, y todo el mundo suponía que el año siguiente sería conocido como el Año de la Partida de los Disidentes.

Al pasar el tiempo y acercarse el año a su punto medio, Barquan Blasdel, en vez de ir olvidando el episodio de su secuestro, lo reactivaba día a día con tenaz virulencia. Cada anochecer era testigo de un memorándum de Barquan Blasdel que parpadeaba yendo y viniendo por la cadena de flotadores: «¡La vigilancia es necesaria! ¡Los disidentes están dirigidos por hombres de energía diabólica! Desobedecen la majestad del rey Kragen; desprecian a la gente que conserva viejas tradiciones y sobre todo a los Intercesores. Hay que castigarlos y humillarlos. Si se atreven a atacarnos, posibilidad nada ajena a su megalómana ferocidad, habrá que arrojarlos al mar. ¡Para eso está el Cuerpo Ejemplar del rey Kragen!»

En un cónclave de notables hizo un fervoroso discurso describiendo de manera muy seria las metas de los rebeldes, y contó con el apoyo de los Intercesores liberados que habían regresado a los Flotadores de Origen.

-¿Acaso deseamos ver su detestable filosofía trasplantada aquí? -preguntó Barquan

Blasdel-. ¡Mil veces no! ¡El Cuerpo Ejemplar del rey Kragen actuará como un solo hombre para aplastar a los rebeldes invasores o, si se decide una política de cauterización, para limpiar el foco infeccioso!

La vehemencia de Barquan Blasdel no conmovió a Emacho Feroxibus, Anciano de los Desfalcadores de Quatrefoil.

-Déjalos en paz -gruñó-. He tenido una larga relación con muchas de esas personas, y son de casta elevada y buen carácter. Obviamente, no tienen intención de invadir los Flotadores de Origen. Esa es una idea absurda, y si ellos no nos molestan, ¿para qué hemos de molestarlos? Nadie debe arriesgarse a morir ahogado por una causa tan mala.

Barquan Blasdel, tratando de no perder la calma, se explicó cuidadosamente.

-El problema es más complejo. Tenemos a un grupo que ha huido para no pagar al rey Kragen lo que le corresponde. Si se les permite prosperar, sacar beneficios de su deserción, otra gente puede sentir la tentación de pensar: ¿por qué no hacemos lo mismo? Si el pecado de matar kragen se transforma en un vulgar pasatiempo, ¿dónde está la reverencia? ¿Dónde está la continuidad? ¿Dónde está la obediencia a la Alta Autoridad?

-Eso puede ser cierto -declaró Providence Dringle, Embaucador Máximo del Flotador Populosa Equidad-. No obstante, en mi opinión el remedio es peor que la enfermedad. Y para arriesgar una opinión herética, debo decir que los beneficios que obtenemos de la Alta Autoridad ya no parecen acordes con el precio que pagamos.

Blasdel y los demás Intercesores lo miraron impresionados.

-¿Puedo preguntar a qué te refieres? -preguntó Blasdel con frialdad.

-Me refiero a que el rey Kragen consume diariamente seis o siete fanegas de esponjas de primera calidad. Es cierto que domina las aguas que rodean los flotadores, pero ¿acaso debemos temer a los kragen inferiores? Según tu propio testimonio, los disidentes han desarrollado un método para matar al kragen con facilidad.

Blasdel habló en un tono gélido y amenazante:

-No se me escapa que tus comentarios son idénticos a los ridículos desvaríos de los disidentes, que con toda razón serán exterminados.

-No cuentes con mi ayuda -dijo Providence Dringle.

-Ni con la mía -dijo Emacho Feroxibus-. También tengo que señalar el hecho de que si hasta ahora cada flotador mantenía a un Intercesor, ahora mantiene a dos, para no hablar de ese cuerpo de rufianes uniformados que estás adiestrando.

-Qué penoso es ver -dijo Barquan Blasdel con voz queda y triste- cómo un hombre otrora ortodoxo y eficaz muestra su repentino deterioro con esta incontinencia verbal. ¡Emacho Feroxibus, continúa hablando! ¡Ten por seguro que te escucharemos con el respeto que tu senilidad y tu larga carrera se merecen! ¡Di lo que quieras!

La cara de Emacho Feroxibus estaba encendida de furia.

-¡Tú, retorcido sinvergüenza! ¡Si no detestara la violencia te enseñaría con las manos lo que es la senilidad!

Poco después fue suspendido el cónclave.

El Cuerpo Ejemplar del rey Kragen tenía mil hombres. Sus barracones y su zona de adiestramiento eran el Flotador Tranque, que nunca se había recuperado como lugar habitable. Los miembros llevaban un elegante uniforme que consistía en una túnica algo parecida a las vestiduras ceremoniales del intercesor, negra por delante y blanca por detrás, con un emblema representando al rey Kragen cosido en el pecho. Llevaban cascos de piel de hoja laminada y cuero de pez alfombra bien barnizado, con la aleta dorsal del pez gris por cresta. Como armas llevaban picas de excelente mimbre recto terminadas en una hoja de la madera de tallo más dura, y dagas de similar calidad. No tenían arcos y flechas porque ninguno de los materiales que había en los flotadores o en el mar ofrecían la elasticidad necesaria. Probaron un lanzador de dardos, pero la precisión fue tan pobre que lo desecharon.

Librodot

El Cuerpo Ejemplar, aunque incluía hombres de cada casta y gremio, estaba sobre todo compuesto de aquellos cuyas carreras no avanzaban con celeridad o que detestaban el trabajo con inusual vehemencia. Los demás habitantes de los flotadores veían a los Ejemplares con emociones encontradas. Imponían una presión considerable al normal funcionamiento de la economía, puesto que comían mucho y no producían ningún alimento. Mientras tanto, el rey Kragen parecía tener cada vez más volumen y más apetito. La necesidad de un cuerpo tan grande como el Ejemplar -o simplemente de un cuerpo- siempre estaba en duda. Pocos aceptaban el argumento de los Intercesores según el cual los disidentes planeaban atacar los Flotadores de Origen.

No obstante, el cuerpo daba un espectáculo valiente aunque un poco siniestro, desfilando en pelotones de veinte con lanzas oblicuas sobre los hombros o remando a gran velocidad por el océano en las nuevas barcas para doce hombres cuando el rey Kragen no andaba cerca. Pues los Intercesores, dudando de la actitud del rey Kragen, le habían ocultado el conocimiento del Cuerpo Ejemplar... aunque nadie consideraba probable que fuese a prohibir su organización si conocía su objetivo.

Barquan Blasdel era el comandante del cuerpo y llevaba un uniforme aún más llamativo que el de los Ejemplares: una túnica blanca y negra, atada a los tobillos, con botones de matafardos, charreteras púrpura diseñadas para representar las mandíbulas del kragen, un casco púrpura con una cresta simulando las fauces del rey Kragen y palpos y mandíbulas extendidos: una figura temible.

El cuerpo se entrenaba todos los días: corriendo, saltando, clavando lanzas en maniquíes, entrando y saliendo de los botes. Todos los días oía el discurso de Barquan Blasdel sobre la infamia de los rebeldes y la asquerosidad de sus hábitos. Todos los días el cuerpo realizaba un homenaje ritual que expresaba su devoción por el rey Kragen y obediencia absoluta a quienes intercedían con él. La mayoría de los notables del flotador expresaban su desaprobación del cuerpo, y Emacho Feroxibus empezó a preparar una sanción oficial contra él. Inmediatamente el rey Kragen apareció por el Flotador Quatrefoil, donde estaba Emacho Feroxibus, y se quedó cuatro días comiendo con gran apetito. Las pérgolas de Quatrefoil se quedaron sin esponjas, y finalmente los habitantes del lugar, desesperados, convencieron a Emacho Feroxibus de que modificara su postura. Entonces Emacho se desahogó soltando una gran maldición a Barquan Blasdel, otra a los Ejemplares y una reprimenda final al rey Kragen, para impresión de todos. Después, débil y amargado, dio media vuelta y caminó despacio hasta su cabaña.

El rey Kragen se fue del Flotador Quatrefoil. Tres días más tarde encontraron el cuerpo de Emacho Feroxibus flotando en la laguna, un aparente suicidio, aunque muchos refutaban esa idea y decían que vencido por el dolor debía de haberse metido sin darse cuenta en el agua. Algunos insinuaron circunstancias aún más sombrías, pero no hicieron ningún aserto público de sus creencias, dado que, si no se equivocaban, el mensaje era claro.

Llegó el día en que según la opinión de Barquan Blasdel el Cuerpo Ejemplar del rey Kragen estuvo listo para realizar la tarea para la cual había sido creado. La noticia recorrió el Flotador Tranque: «¡Dentro de una semana!»

Una semana más tarde, al ponerse el sol, la expectativa tensó el Flotador Tranque. Barquan Blasdel, con su uniforme resplandeciente, se dirigió al cuerpo formado a la luz de unas antorchas.

-¡Valientes miembros del invencible Cuerpo Ejemplar! ¡Ha llegado la hora! Las detestables alimañas que viven al otro lado del agua representan una amenaza que no podemos tolerar más. A lo largo de estos bellos flotadores nuestros ya hay voces que susurran un envidioso deseo de ir hacia el depravado este de los rebeldes. ¡Tenemos que recuperarlos para la manera correcta, para la manera ortodoxa! ¡Empleando la persuasión si es posible, la fuerza si es necesario! ¡Todos los presagios son buenos! El rey Kragen, gentilmente, nos ha

dado permiso para entrar en su océano mientras se relaja cerca de Helicón. Así que... ¡a cargar los botes! ¡Arriba las picas! ¡Embarcad todo! ¡Partimos hacia el este!

Un potente grito ronco brotó de los Ejemplares. Las barcas fueron cargadas con empeño; con ensayada agilidad los Ejemplares saltaron a bordo y remaron alejándose del Flotador Tranque. Los remos se hundieron en el agua; con otro potente grito gutural las barcas avanzaron hacia el este.

Llegó el amanecer; el agua reflejó el color plateado de la ceniza y después se rizó empujada por la brisa matutina. Izaron unas enormes velas cuadradas de color azul ciruela. El viento las hinchó y guardaron los remos. Los Ejemplares descansaron. Noventa botes surcaban el océano matutino, barcas chatas pintadas de negro y púrpura con un kragen blanco y negro bordado en cada tensa vela. En cada bote se agazapaban doce hombres con túnicas blanquinegras y cascos negros de cresta espinosa.

Navegaron directamente hacia el resplandor del sol naciente, y esa luz sirvió para ocultar las embarcaciones que los estaban esperando. Cuando cesó la brisa y el sol estuvo alto, aquellas barcas se encontraban sólo a un cuarto de milla hacia el este: diez embarcaciones de extraño diseño. Eran el doble de largas que las barcas de doce hombres, y cada una llevaba alrededor de veinte hombres. Esperaron en fila por donde tendrían que pasar las barcas de los Ejemplares. La embarcación del centro, impulsada por dieciséis remos, avanzó. En la proa iba Sklar Hast.

Saludó la barca principal de los Ejemplares.

-¿Qué barcas son ésas y qué destino lleváis?-y Barquan Blasdel se puso de pie.

-¡Sklar Hast! ¿Te atreves a traer tus barcas tan cerca de los Flotadores de Origen?

-Salimos a vuestro encuentro.

-Entonces es vuestra última salida. Nuestro destino es llevar justicia a los nuevos flotadores.

-Regresad -dijo Sklar Hast-. ¡Estáis advertidos! ¡Si avanzáis más, sois todos hombres muertos!

Barquan Blasdel hizo una seña hacia sus barcas. -¡Adelante! ¡Las picas en la mano! ¡Al abordaje, a matar, a capturar!

-¡Atrás! -rugió Sklar Hast-. ¡Tontos, estáis advertidos! ¿Acaso creéis que somos gente indefensa?

¡Volved a los Flotadores de Origen y salvad vuestras vidas!

Las barcas de los Ejemplares arremetieron. La que usaba Barquan Blasdel se quedó a un lado, desde donde él podía dirigir la batalla. A sólo treinta metros de distancia, los hombres de las embarcaciones que esperaban se pusieron repentinamente de pie, empuñando arcos fabricados con tiras de torrecilla de kragen. Apuntaron y descargaron flechas con llameantes puntas globulares. Las flechas chocaron contra las barcas negras, se rompieron y esparcieron aceite en llamas.

Con la primera descarga se incendiaron veinte de los botes de color negro y púrpura. Con la segunda descarga se incendiaron cuarenta. Con la tercera, sesenta. El mimbre y la piel de hoja barnizada ardían como yesca; presas del pánico, los Ejemplares se lanzaron al mar. Los treinta botes todavía enteros cambiaron de rumbo y empezaron a alejarse. El bote de Barquan Blasdel ya estaba fuera del alcance de aquellas armas.

Sklar Hast se armó de valor e hizo unas señas. Una nueva descarga de flechas llameantes incendió a otros diez botes, y con una rapidez casi milagrosa la orgullosa flota negra del Cuerpo Ejemplar del rey Kragen quedó destruida.

-¡Adelante! -ordenó Sklar Hast-. Una descarga más. ¡Tenemos que acabar definitivamente con todo esto!

De mala gana -seguir actuando ahora les parecía una simple carnicería-, los arqueros hicieron una descarga final de flechas incendiarias, y esta vez, porque la distancia era mayor o porque los arqueros no tenían más voluntad de atacar, sólo acertaron a ocho botes.

El agua era un hervidero de formas nadando. Mientras ardían y se desmoronaban las

Librodot

barcas, salían y quedaban flotando en el agua cajas de provisiones a las que se aferraban los Ejemplares.

Sklar Hast dio una orden; las embarcaciones del Nuevo Flotador se alejaron de la escena de la batalla. Con cautela, las barcas todavía a flote emprendieron el regreso. Arrojaron por la borda provisiones y armas para aligerarlas; los Ejemplares que estaban nadando fueron admitidos a bordo hasta colmar la capacidad de las embarcaciones, y a los que seguían flotando les arrojaron cuerdas.

Despacio, remolcando a los hombres que estaban todavía en el agua, las barcas sobrecargadas regresaron por el mar hacia el Flotador Tranque.

De las noventa orgullosas embarcaciones de color negro y púrpura que habían salido del Flotador Tranque todavía flotaban veinte.

De mil Ejemplares sobrevivían quinientos.

Sklar Hast escuchó usando la trompa submarina y no detectó nada que indicara la proximidad del rey Kragen. Dio una orden a los remeros y las embarcaciones del Nuevo Flotador siguieron a la tambaleante flota de los Ejemplares en su regreso a Tranque. Para completar la humillación absoluta de Barquan Blasdel, cuando las barcas negras estaban a cien metros de Tranque, las embarcaciones del Flotador Nuevo se acercaron y dispararon dos descargas finales de flechas incendiarias para destruir todas las barcas de los Ejemplares. Todo el grupo, incluido Barquan Blasdel, se vio forzado a nadar los últimos cien metros hasta el Flotador Tranque.

Al día siguiente se convocó una asamblea en el Flotador Apprise. No hubo ninguno de los divagantes comentarios preliminares habituales en esas reuniones. Morse Swin, Arbitro de Apprise y antiguo ayudante de Phyral Berwick, un hombre grande y rubio de voz suave, subió a la tribuna.

-Ayer ocurrió una gran tragedia, una tragedia inútil y vana, y para solucionar la situación necesitamos toda nuestra sabiduría. Una cosa es cierta: de nada sirven los reproches. La locura de intentar atacar el Flotador Nuevo se ha puesto en total evidencia, y ya es hora de que los llamados Ejemplares dejen a un lado sus pretensiones o ideales o vanidades, como quieran llamarlo; he oído usar todas esas palabras y otras más. En cualquier caso, es hora de que esos hombres desocupados se quiten los uniformes y vuelvan a trabajar.

Barquan Blasdel se levantó de un salto.

-¿He oído bien? -gritó con voz glacial. Morse Swin lo miró sorprendido.

-Intercesor, no olvides que estoy hablando desde la tribuna. Cuando termine puedes pedir la palabra.

-Pero no te voy a permitir que digas esas tremendas sandeces. ¡Pensé que iba a oír una exhortación apasionada para que todos los hombres dedicaran sus esfuerzos a alcanzar nuestra única meta concentrada: la destrucción absoluta de los rebeldes!

-Intercesor, si puedes contenerte me gustaría seguir hablando. Yo, decididamente, veo la situación con mucha menos vehemencia. Tenemos que solucionar nuestros propios problemas; dejemos que la gente del Flotador Nuevo solucione los suyos.

Barquan Blasdel no estaba dispuesto a callar. -¿Y qué pasa si nos atacan?

-No han mostrado ninguna intención de hacerlo. Se defendieron y te derrotaron. Si planearan un ataque nunca te hubieran dejado regresar al Flotador Tranque con tus sobrevivientes. Tendrías que dar gracias por seguir con vida y adaptarte a la realidad de la situación. Yo, por lo pronto, no quiero oír de más aventuras como ésa. Hay que disolver a los Ejemplares y hacer que vuelvan a ganarse la vida. Esto es lo que yo pienso, y pido la aprobación de la asamblea. ¿Quién está de acuerdo?

La aprobación fue rotunda.

-¿Quién discrepa?

En respuesta se oyó un sonido de mucho menor potencia pero mucha mayor emoción.

Salió de las gargantas de los Intercesores y de los propios Ejemplares que, con los uniformes y los cascos puestos, formaban cuatro grupos perfectamente ordenados.

Morse Swin asintió con aquella enorme y pesada cabeza.

-El veredicto de la asamblea parece terminante; sin embargo, si alguien desea hablar puede hacerlo.

Barquan Blasdel subió a la tribuna. Apoyó las manos en la barandilla y paseó su oscura e inquietante mirada por la asamblea.

-Vosotros, los que habéis aprobado la propuesta de Morse Swin, lo habéis hecho sólo después de prestar una atención muy superficial. En unos instantes os pediré votar de nuevo.

»Quiero señalar tres cosas.

»Primero, el contratiempo de ayer carece de importancia. Triunfaremos. De eso no hay duda. ¿Acaso no tenemos al rey Kragen de nuestro lado? Es cierto que nos retiramos después de sufrir pérdidas. ¿Sabéis por qué ocurrió ese hecho? Porque en estos flotadores, quizá aquí mismo, en la asamblea, en este preciso momento, hay espías. ¡Criaturas furtivas, escurridizas, con las actitudes más perversas y amorales que uno pueda imaginar! No esperamos ninguna oposición seria; nos hicimos a la mar... ¡pero los espías habían anunciado nuestra presencia! Los rebeldes prepararon una emboscada cobarde y cruel. ¿Qué clase de desalmados son esos rebeldes que arrojan fuego a barcas indefensas? ¡Os puedo asegurar que nuestros colegas ahogados no se quedarán sin venganza! ¿Es verdad lo que digo, camaradas Ejemplares?

De los grupos uniformados salió un grito apasionado:

-¡Es verdad!

Barquan Blasdel recorrió lentamente la asamblea con la mirada.

-Morse Swin habló de realidades. Él es el hombre que no se ajusta a la realidad. El rey Kragen es benévolo, pero ahora está enfurecido. ¡De él es el poder, de él es la fuerza! ¡No podemos renegar de él! ¡El ha ordenado que actuaran los Ejemplares, él les ha dado afiladas armas fabricadas con los tallos más duros, él les ha dado su aval! Los Ejemplares actúan en nombre del rey Kragen. Son hombres de verdadera fe; son tolerantes y benévolos, como lo es el rey Kragen, pero al igual que el rey Kragen, cuando están encolerizados son terribles. ¡Al Cuerpo Ejemplar del rey Kragen no hay que contradecirlo! Conoce el camino de la rectitud, que proviene de la voluntad del rey Kragen; ¡no se renegará de él! ¡Cuando un Ejemplar habla, habla con la voz y la voluntad del rey Kragen! ¡No hay que oponerse a él ni contradecirlo ni dejar de obedecerlo! Porque primero hay que temer sus afiladas armas, las dagas y las picas, y segundo, la fuente de todo temor y majestuosidad, el propio rey Kragen. Yo, su Intercesor y Ejemplar Máximo, te garantizo la "realidad" de esta situación. ¿Quién puede estar mejor informado?

¡Ahora entramos en un período de emergencia! Todos deben Mirar como con un solo par de ojos hacia el este, hacia el flotador de los rebeldes. Todos tienen que endurecer la mente, dejar a un lado la blandura y la facilidad de vida hasta que los rebeldes sean aniquilados y, termine la emergencia.

»Durante esta emergencia necesitamos una férrea autoridad, una mente coordinadora central para asegurar que todo funcione con eficiencia. He tratado de retirarme de un puesto de tanta responsabilidad, pero todos insisten en que asuma esta terrible carga. Sólo con humildad puedo proclamar mi disposición a hacer este sacrificio personal, y por lo tanto proclamo esta emergencia y esta asunción de autoridad absoluta. Me complacerá recibir una aprobación entusiasta y unánime.

De los Ejemplares y los Intercesores salió un fuerte grito. Entre los demás hubo caras inexpresivas e indignados murmullos.

-Gracias -dijo Barquan Blasdel-. La unanimidad de la aprobación será debidamente asentada en las actas. Ahora se levanta la asamblea. Cuando las condiciones lo justifiquen, cuando la emergencia llegue a su fin, anunciaré el hecho y convocaré otra asamblea. Ahora todos podéis volver a vuestros flotadores. Pronto recibiréis instrucciones sobre la mejor manera de servir al rey Kragen.

Morse Swin se levantó farfullando de indignación. -¡Un momento! ¿Estás loco? ¡Este no es el procedimiento tradicional! ¡No pediste opiniones adversas! Barquan Blasdel hizo una seña hacia un grupo cercano de Ejemplares. Diez de ellos agarraron a Morse Swin por los codos y se lo llevaron precipitadamente. Morse Swin luchó y pataleó; uno de los

Ejemplares lo golpeó en la nuca con el mango de la daga.

Barquan Blasdel asintió plácidamente.

-No pedí opiniones adversas porque hubo una evidente unanimidad. Se levanta la asamblea.

16

Henry Bastaff describió la asamblea ante un silencioso cónclave de notables en el Flotador Nuevo Hogar

-No había una oposición férrea, no había firmeza. El viejo Emacho Feroxibus estaba muerto, a Morse Swin lo habían sacado a rastras. La gente estaba atónita. La situación era demasiado fantástica para ser creíble. Nadie sabía si reír o gritar o destrozar a los Ejemplares a mano limpia. No hicieron nada. Se dispersaron y regresaron a sus cabañas.

- Y ahora Barquan Blasdel gobierna los flotadores -dijo Phyral Berwick.

- Con el mayor rigor.

-Entonces tenemos que esperar otro ataque. Henry Bastaff asintió.

- Sin la menor duda.

- Pero ¿cómo? ¡No pensarán hacer otra incursión!

-Eso no lo puedo asegurar. Podrían construir barcas con escudos para desviar las flechas incendiarias, o desarrollar un sistema para disparar por su parte flechas incendiarias.

- Podemos tolerar las flechas incendiarias -dijo Sklar Hast-. En vez de construir nuestras barcas con piel de hoja podemos construirlas con cuero de kragen; ése no sería un gran... No imagino de qué manera piensa atacarnos Blasdel. Pero ésa es sin duda su intención.

-Tenemos que seguir vigilando -dijo Phyral Berwick-. Eso es evidente. -Miró a Henry Bastaff-. ¿Estás dispuesto a regresar?

Bastaff vaciló.

-El riesgo es grande. Blasdel sabe que lo espiamos. Los Ejemplares estarán muy alerta... Sospecho que la mejor información será la que obtengamos debajo de la hoja, debajo de la cabaña del Intercesor. Si Barway y Maible regresan, los acompañaré.

Phyral Berwick le dio una palmada en el hombro.

- ¡Tienes la admiración y la gratitud de todos nosotros! ¡Porque ahora nuestras vidas dependen de la información!

Cuatro días más tarde Roger Kelso llevó a Sklar Hast hasta el Flotador Queja, donde le mostró otro artilugio cuya función o propósito Sklar Hast no lograba imaginar.

- Ahora verás cómo se produce electricidad dijo Roger Kelso.

-¿Qué? ¿En ese artefacto?

Sklar Hast examinó el tosco aparato. Un tubo de tallo hueco de algo más de diez centímetros de diámetro se levantaba siete metros en el aire, sostenido por un andamio. La base estaba en un extremo de una larga caja llena de algo que parecía ceniza húmeda. El otro extremo de la caja estaba cerrado por un trozo de carbón comprimido, en el que entraban unos alambres de cobre. Del otro lado, entre el tubo y la ceniza húmeda, había otro trozo de carbón comprimido.

-Admito que es un aparato rudimentario, difícil de manejar y poco eficiente -dijo Kelso-. Pero satisface nuestras peculiares necesidades: produce electricidad sin metal, mediante la presión del agua. Brunet lo describe en su Memorium. Y lo llama la «máquina de Rous», y al proceso, «cataforesis». Se llena el tubo de agua y se clava en el barro, donde hay una mezcla

de ceniza y lodo marino. El agua lleva una carga eléctrica que comunica al carbón poroso mientras se filtra. Por este medio tenemos a nuestro alcance una pequeña pero constante y fiable fuente de electricidad. Como habrás adivinado ya he probado el aparato, por lo que puedo hablar con confianza.

Se volvió e hizo una seña a los ayudantes. Dos cerraron la caja de lodo y otros subieron al andamio, llevando cubos de agua que echaron en el tubo. Kelso conectó alambres a una espiral de varias vueltas. Sacó un plato. Sobre un corcho descansaba una pequeña varilla de hierro.

-Ya he «magnetizado» este hierro -dijo Kelso-. ¿Ves cómo apunta hacia el norte? Se llama «brújula» y se puede usar como instrumento de navegación. Ahora, si la acerco al extremo de la espiral, ¡mira cómo salta! ¡Por el alambre pasa electricidad!

Sklar Hast estaba muy impresionado. Kelso siguió hablando.

-El proceso está todavía en un estado rudimentario. Con el tiempo espero construir bombas propulsadas por el viento para subir el agua, o incluso un generador propulsado por el viento cuando tengamos mucho más metal que ahora. Pero incluso esta máquina de Rous ofrece notables posibilidades. Con la electricidad podemos disociar el agua de mar y producir el ácido de sal y un cáustico con propiedades neutralizadoras. Después se puede usar, el ácido para producir corrientes eléctricas mucho más concentradas... si conseguimos más metal. Yo me pregunto: ¿de dónde sacan los salvajes su cobre? ¿Acaso matan a los kragen jóvenes? Tengo tanta curiosidad que necesito saberlo, y pienso visitar los Flotadores Salvajes para conocer su secreto.

-No dijo Sklar Hast-. Si te mataran, ¿quién construiría otra máquina de Rous? No, Roger Kelso. ¿Cómo era la máxima de MacArthur? «Ningún hombre es indispensable.» Se equivocaba. Tú eres demasiado importante para correr ese riesgo. Envía a tus ayudantes, pero no te arriesgues yendo tú mismo a un sitió peligroso. Los tiempos están demasiado revueltos para que puedas permitirte el lujo de morir.

Kelso aceptó de mala gana.

-Si de veras lo crees...

Sklar Hast regresó al Flotador Nuevo Hogar, donde buscó a Meril Rohan. La convenció para que subiera a una pequeña barca y remó hacia el este siguiendo la línea de flotadores. Al llegar a una pequeña hoja que flotaba cerca del extremo sur de la línea se detuvieron y desembarcaron y se sentaron debajo de un matorral de tallos de azúcar silvestres.

-Aquí -dijo Meril- es donde podemos construir nuestra casa, y es aquí donde tendremos a nuestros hijos.

Sklar Hast suspiró.

-Es un sitio tan pacífico, tan tranquilo, tan hermoso... ¡Piensa cómo estarán las cosas en los Flotadores de Origen, donde gobierna el loco!

-Si todos pudieran ser pacíficos... ¡Quizá el caos forma parte de nuestra naturaleza, de la naturaleza humana! -Pareciera -dijo Sklar Hast, masticando un tallo de planta de azúcar- que los habitantes de los flotadores tendríamos que ser menos propensos a esas cualidades. Los Primeros huyeron de los Mundos

Exteriores porque eran víctimas de la opresión; lo natural es que después de doce generaciones hubiéramos incrementado la afabilidad y la placidez de esa gente.

Meril soltó una risa traviesa.

-Voy a contarte mi teoría sobre los Primeros.

Al principio, cuando ella terminó el relato, a Sklar Hast le hizo gracia; después sintió incredulidad y finalmente indignación.

¡Qué cosas dices! ¿Ésos son los Primeros? ¿Nuestros antepasados? ¡Eres una verdadera iconoclasta! ¿Es eso lo que enseñas a los niños? En todo caso, ¡qué ridiculez!

-Yo no estoy de acuerdo. Con eso se explican muchas cosas. Con eso se aclaran muchos curiosos pasajes, muchas reflexiones y lamentos.

-¡Me niego a creerlo! Mira, eso es... -Sklar Hast no encontraba palabras-. Te miro y veo

Librodot

tu cara -dijo- y creo que eres producto de los Primeros, y sé que lo que dices es imposible.

Meril Rohan rió con gran alegría.

-Pero piensa que si fuera así quizá los Mundos Exteriores no son sitios tan espantosos como hemos creído.

Sklar Hast se encogió de hombros.

-Nunca lo sabremos con certeza... porque nunca podremos abandonar este mundo.

-¿Sabes lo que haremos algún día? No tú ni yo, pero sí quizá nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos. Encontrarán la Nave del Espacio y se zambullirán o bajarán garfios para sacarla a la superficie. Entonces la estudiarán con mucha atención. Quizá haya mucho que aprender, quizá nada... Pero, ¡te imaginas! ¡Supongamos que inventan la manera de viajar de nuevo por el espacio, o al menos la manera de enviar algún tipo de mensaje!

-Todo es posible -dijo Sklar Hast-. Si se demuestra que tu teoría tan poco ortodoxa es correcta, quizá sea ésa una meta deseable. -Suspiró de nuevo-. Tú y yo no la veremos; nunca sabremos la verdad de tus teorías, lo que quizá tampoco esté mal.

Una barca conducida por Carl Snyder y Roble Baxter, dos de los ayudantes de Roger Kelso, partió hacia el oeste, rumbo a los Flotadores Salvajes. Volvieron nueve días más tarde, delgados, bronceados por el sol y victoriosos. Carl Snyder informó al consejo de ancianos:

-Esperamos a cierta distancia de la costa hasta que oscureció. Los salvajes se sentaron alrededor de una fogata; usando un telescopio los veíamos con claridad. Eran unos pobres desgraciados: sucios, desnudos, feos. Cuando se durmieron nos acercamos y encontramos un sitio donde pudimos escondernos y esconder la barca. Durante tres días observamos a los salvajes. Son sólo veinte o treinta, y casi no hacen otra cosa qué comer, dormir, copular y fundir cobre. Primero calientan las cáscaras de las esponjas hasta que quedan carbonizadas. Después pulverizan ese carbón y lo ponen en una olla que tiene conectado un fuelle. Al accionar el fuelle, el carbón brilla de muchos colores y finalmente se disipa. Sólo queda cobre.

- ¡Y pensar que llevamos doce generaciones arrojando las cáscaras de esponja al mar! -exclamó Kelso angustiado.

- Todo indica -reflexionó Sklar Hast- que los kragen obtienen el cobre de su sangre de esas esponjas. Entonces ¿dónde está la fuente del hierro que tenemos en la sangre? Tiene que existir en algún artículo de nuestra dieta. Si encontráramos esa fuente no tendríamos que desangrarnos para obtener bolitas de hierro.

-Hemos probado todas las sustancias que tenemos a nuestro alcance -dijo Kelso-. Hemos creado un polvo blanco y un polvo amarillo, pero nada de metal. Naturalmente, seguimos haciendo pruebas.

Varios días más tarde Kelso volvió a invitar a Sklar Hast al Flotador Queja. Debajo de cuatro largos cobertizos abiertos trabajaban cincuenta hombres y mujeres con retortas fabricadas con ceniza y lodo de mar. Los fuelles soplaban, el carbón brillaba, los gases subían y se perdían entre el follaje.

Kelso mostró a Sklar Hast un recipiente con bolitas de cobre. Sklar Hast, con reverencia, dejó caer entre los dedos las formas frías y tintineantes.-¡Metal! ¿Todo de sangre de kragen?

-De sangre y órganos de kragen, y de las cáscaras de las esponjas. ¡Y aquí... aquí está nuestro hierro! -Mostró a Sklar Hast un recipiente con una cantidad de hierro mucho menor: un puñado-. Esto representa cien sangrías. Pero hemos encontrado hierro en otros sitios: en glándulas del pez gris, en las hojas de matafardos, en la médula de la hierba púrpura. Pequeñas cantidades, sí, pero antes no teníamos nada.

Sklar Hast sopesó el hierro.

-En mi imaginación veo una gran máquina construida con hierro. Flota en el agua y se mueve mucho más rápido que cualquier barca. El rey Kragen la ve. Se sorprende, se asombra, pero su arrogancia lo lleva a atacar. De la máquina brota un cuchillo de hierro; garfios de hierro sujetan al rey Kragen y un cuchillo de hierro lo parte en dos. -Sklar Hast dejó pasar otra

vez las bolitas de hierro entre los dedos. Movió la cabeza compungido-. Podemos sangrar cien veces, mil veces a todos los hombres, mujeres y niños, y no tener hierro suficiente para construir una máquina como ésa, que sirva para matar kragen.

-Por desgracia es cierto -dijo Roger Kelso-. La máquina que sugieres está fuera de nuestro alcance. Pero usando nuestro ingenio quizá podamos inventar algo tan mortífero como eso.

-Tendremos que darnos prisa. Porque Barquan Blasdel y sus Ejemplares sólo piensan en depararnos un terrible destino.

Barquan Blasdel no daba detalles del destino que planeaba para el Flotador Nuevo Hogar. Quizá no había perfeccionado todavía el plan; quizá quería consolidar la autoridad de los Ejemplares; quizá sospechaba que los espías seguían todos sus movimientos. Esta última conjetura era acertada. Henry Bastaff, en el papel de molinero de especias ambulante, frecuentaba la Posada Apprise apuntando con el oído a los Ejemplares que habitualmente se relajaban allí después de cumplir con sus obligaciones.

Se enteraba de poco. Los Ejemplares hablaban con vozarrones, insinuando acontecimientos portentosos, pero era evidente que no sabían nada.

De vez en cuando aparecía el propio Barquan Blasdel, luciendo prendas de nuevo e intrincado estilo. Sobre un ajustado overol negro llevaba una chaqueta o sobrepelliz con cintas púrpura bordadas que le rodeaban los hombros, el pecho, la cintura y los muslos. De los hombros le brotaba un par de charreteras extravagantemente anchas, de las que colgaba una capa negra que ondeaba y se agitaba al caminar. Su tocado era aún más impresionante: un complicado sombrero de puntas de piel de hoja, barnizado y pintado de negro y púrpura: una representación simbólica del semblante del rey Kragen.

El rostro oscuro y adusto de Barquan Blasdel tenía una expresión dura y severa esos días, aunque su voz, cuando hablaba, era tan natural y relajada como siempre, y por lo general lograba esbozar una leve sonrisa, acompañándola de una seria inclinación de cabeza, lo que daba al interlocutor una sensación de participación en asuntos de profunda importancia.

Barway y Maible habían tomado minuciosas precauciones para protegerse de la vigilancia de los Ejemplares. Su barca estaba sumergida y metida debajo del borde del flotador; trabajando desde abajo, habían cortado nichos rectangulares en la pulpa del flotador y habían abierto agujeros de ventilación a través de la superficie bajo la sombra de un arbusto arpillera. En esos nichos se quedaban acostados durante todo el día, haciendo ocasionales visitas submarinas al agujero en el taller de Vrink Smathe. De noche salían a comer los alimentos que les traía Henry Bastaff.

Al igual que Henry Bastaff, ellos no sé habían enterado de nada. Barquan Blasdel y los Ejemplares parecían marcar el ritmo. El rey Kragen hacía sus habituales y lentos recorridos entre los flotadores. Henry Bastaff lo vio dos veces, y en las dos ocasiones se maravilló de su tamaño y poderío. La noche después de la segunda ocasión, sentado en su lugar habitual en el fondo de la Posada Apprise, oyó un breve retazo de conversación que le pareció importante. Más tarde llevó la información a Barway y Maible.

-No sé si esto significa algo o si no significa nada; no es fácil darse cuenta. Yo, personalmente, tengo la sensación de que hay algo en marcha. En cualquier caso éstas son las circunstancias. Habían llegado un par de villanos de Sumber, y un Anciano Felón les preguntó por Thrasneck y Bickle. Los villanos contestaron que durante todo el mes anterior habían trabajado en la Laguna de Thrasneck, construyendo abundantes pérgolas; suficientes para abastecer no sólo a Thrasneck sino también a Bickle, Sumber, Adelvine y Lámpara Verde. Esas pérgolas tenían un diseño nuevo, más pesado y más durable, y no flotaban sobre vejigas sino sobre atados de mimbre. El Anciano Felón habló entonces de las barcazas de esponjas que sus hermanos de gremio estaban construyendo en Tranque: un proyecto supuestamente secreto, aunque ¿qué sentido tenía ocultar la fabricación de barcazas de esponjas? No era lo mismo que si fueran embarcaciones de ataque para los Ejemplares. Entonces entró un grupo de Ejemplares en la posada y la conversación se interrumpió.

Librodot

-Pérgolas de esponjas y barcazas -repitió Maible-. No veo en eso nada inmediatamente siniestro.

-No a menos que sea un esfuerzo para aprovisionar a una nueva fuerza expedicionaria.

-Algo flota en el viento -dijo Henry Bastaff-. Están llegando a Apprise Intercesores tanto nuevos como viejos, y se habla de un cónclave. Seguid atentos a lo que ocurre en el taller de Smathe y yo trataré de oír algo sobre lo que está pasando.

A media mañana del día siguiente Henry Bastaff pasó junto al arbusto arpillera debajo del cual estaban acostados Barway y Maible. Agachándose, simulando atarse las correas de las sandalias, masculló:

-Soy Bastaff. Hoy es el cónclave, muy importante, junto a la torre de señales. Voy a intentar esconderme detrás de una pila de tapas de señales. No sé si tendré éxito. Conviene que uno de vosotros nade hasta donde los postes de la torre atraviesan el flotador. Allí hay un hueco de unos pocos centímetros por el que se puede respirar y quizá oír... sobre todo si se lo agranda cortando un poco de pulpa.

De debajo de las frondas del matorral de arpillera salió, una voz apagada.

-Conviene que mantengas tu distancia; estarán atentos a los posibles espías. Nosotros trataremos de oír la reunión desde abajo.

-Haré lo que parezca más seguro -dijo Henry Bastaff-. Tengo que irme ya. Hay un Ejemplar observándome.

Desde el nicho debajo de la hoja Maible y Barway oyeron cómo se alejaban los pasos de Henry Bastaff y, un instante más tarde, otros pasos lentos, probablemente del Ejemplar.

El ruido de los pasos desapareció; Barway y Maible se relajaron.

Después de cambiar algunas impresiones, Barway se deslizó en el agua, se orientó y nadó hasta donde los postes de la torre de señales atravesaban el flotador. Allí estaban los huecos que Bastaff había anunciado. Después de mucho cortar y tallar logró agrandarlos lo suficiente como para meter allí la boca o la nariz, pero no las dos cosas a la vez.

Henry Bastaff siguió haciendo su papel de molinero de especias, y alrededor de una hora más tarde pasó por delante de la torre de señales. La pila de tapas estaba como antes. Henry Bastaff miró en todas direcciones. Aparentemente nadie lo estaba observando. Se agachó y apartó las tapas a un lado y a otro hasta hacer una abertura por la que se metió.

Pasó el tiempo. Cuanto más llevaba allí sentado más preocupado se sentía. La pila de tapas le parecía de pronto demasiado providencial. La zona se había vaciado de manera demasiado conveniente. ¿Acaso habrían puesto allí las tapas como trampa para espías?

Bastaff se apresuró a salir de allí, y después de echar una mirada alrededor se alejó.

Media hora más tarde empezaron a reunirse allí los Intercesores. Seis Ejemplares Selectos fueron a montar guardia, y a impedir que personas no autorizadas se acercaran demasiado.

Al fin apareció Barquan Blasdel, caminando despacio, con la capa negra flotando y ondeando detrás. A sus espaldas caminaban tres Ejemplares de la categoría de Fervientes. Pasó cerca de la pila de tapas y les echó una breve mirada. Estaban ligeramente movidas y desordenadas. Los labios de Barquan Blasdel se tensaron en una sonrisa imperceptible, secreta. Se volvió y dijo algo a los Fervientes Ejemplares, que se apostaron junto a la pila de tapas.

Barquan Blasdel miró a los Intercesores reunidos. Levantó las manos pidiendo silencio.

-Hoy comienza una nueva fase de nuestros preparativos -dijo-. Esperamos alcanzar dos metas: sistematizar nuestras relaciones con el rey Kragen y establecer una condición previa necesaria para nuestro gran proyecto. Antes de entrar en detalles quiero hacer algunos comentarios sobre el espionaje. Ninguna criatura es tan vil como un espía, sobre todo un espía de los flotadores disidentes. Si apresáramos alguno, poca clemencia tendría en nuestras manos: Entonces pregunto: ¿todos los presentes han estado atentos en este aspecto?

Los Intercesores reunidos asintieron y aseguraron que habían actuado con meticulosa cautela.

-¡Muy bien! -declaró Barquan Blasdel efusivamente-. No obstante, los espías disidentes

son listos y brutalmente militantes. Desconocen el miedo y no sienten culpa por sus fechorías. Pero nosotros somos más listos que esos espías. ¡Sabemos olfatearlos! ¡Fervientes! ¡Tomad las medidas necesarias!

Los Fervientes Ejemplares se pusieron a hurgar en la pila de tapas. Barquan Blasdel se acercó a mirar. Los Fervientes no encontraron nada. Miraron a Barquan Blasdel, que torció la boca con fastidio.

-Bueno, bueno -dijo Blasdel-. Antes que la despreocupación es preferible la vigilancia extrema.

Debajo, donde el poste atravesaba el flotador, Barway, después de aspirar hondo y apoyar la oreja en la grieta, había oído el último comentario. Pero Barquan Blasdel regresó adonde estaba antes y sus palabras se volvieron apagadas e incomprensibles.

Barquan Blasdel habló durante varios minutos. Todos escucharon con atención, incluyendo los seis Ejemplares que Barquan Blasdel había puesto de guardia, hasta tal punto que terminaron detrás de la última fila de Intercesores. Barquan Blasdel se dio finalmente cuenta y los llamó por señas. Uno de ellos, más puntilloso que los demás, retrocedió hasta más allá del borde del cobertizo de provisiones de los Embaucadores, donde había un hombre escuchando.

-¡Eh! -gritó el Ejemplar-. ¿Qué haces ahí?

El hombre detectado en esa situación hizo un ademán de indulgente tolerancia y se alejó tambaleándose como un borracho.

-¡Alto! -gritó el Ejemplar-. ¡Ven aquí y di todo lo que tengas que declarar!

Se adelantó de un salto y arrastró al hombre hasta la zona abierta. Todos lo examinaron con atención, Tenía piel oscura y rostro insulso, sin nada de pelo; llevaba puesta una anodina bata color rapé de Malversador p Negligente.

Barquan Blasdel se acercó a pasos largos.

-¿Quién eres? ¿Por qué acechas en estos recintos prohibidos?

El hombre volvió a encogerse de hombros e hizo un gesto idiota.

-¿Esto es la taberna? ¡Sirve arak para todos! Soy forastero en Apprise y estoy seguro de que apreciaré la calidad de vuestra comida y vuestras bebidas.

-Este idiota es un molinero de especias y está borracho. Lo he visto a menudo. Indiquémosle dónde está la posada.

- ¡No!-rugió Blasdel, acercándose con excitación-. ¡Éste es un disidente, éste es un espía! ¡Lo conozco muy bien! ¡Se ha afeitado la cabeza y la cara, pero no puede engañar mi agudeza! ¡Está aquí para enterarse de nuestros secretos!

El grupo centró su atención en el hombre, que parpadeaba cada vez con mayor vehemencia.

- ¿Espía? Yo no. Yo sólo buscó una copa de arak.

Blasdel olió el aire delante de la cara del cautivo.

- No hay olor: ni cerveza ni arak ni licor. ¡Acercaos! Todos tenéis que comprobarlo para que no haya después contradicciones ni vacilaciones.

¿Cómo te llamas? -preguntó Vogel Womack, el Intercesor de Adelvine-. ¿Cuál es tu flotador y a qué casta perteneces? ¡Identifícate!

El cautivo respiró hondo y dejó de fingir la borrachera.

-Soy Henry Bastaff. Un disidente. Estoy aquí para saber si estáis planeando algo malo contra nosotros. Ése es mi único propósito.

- ¡Un espía! -gritó Barquan Blasdel con voz de terror-. Un espía confeso.

Los Intercesores iniciaron un coro de indignados gritos.

-Este hombre es culpable por lo menos de un doble delito: primero, las diversas ilegalidades que conforman su disidencia; segundo, el insolente intento de conspirar contra nosotros los incondicionales, los fieles, los auténticos. Como Ejemplar Máximo me veo obligado a exigir el castigo extremo.

Vogel Womack trató de atenuar la ira de Barquan Blasdel.

- Retrasemos nuestra sentencia -señaló incómodo-. De momento lo que ha hecho el hombre no parece tan grave.

Barquan Blasdel desoyó esas palabras.

- Este hombre es un vil disidente, un agitador y un espía. ¡Tiene que sufrir la pena extrema! ¡Ante este pronunciamiento no habrá recurso de apelación!

Llevaron a Henry Bastaff a la vivienda de Vrink Smathe, que estaba cerca, y lo confinaron en el taller, rodeado por cuatro Ejemplares que nunca le quitaban los ojos de encima.

Henry Bastaff miró el ambiente que lo rodeaba.

A derecha e izquierda había estantes; en el fondo, una mampara ocultaba el agujero que atravesaba el flotador.

Henry Bastaff se dirigió a los Ejemplares.

- Oí el programa de Blasdel. ¿Estáis interesados en lo que va a ocurrir?

Nadie respondió.

Henry Bastaff sonrió débilmente y miró hacia el lugar de la habitación donde estaba el agujero.

-Blasdel piensa conducir al rey Kragen a los nuevos flotadores, para que el rey Kragen exprese su placer contra los disidentes y destruya también las embarcaciones disidentes que se le crucen en el camino.

Nadie habló.

- Con ese fin -dijo Henry Bastaff con voz clara y nítida- ha construido pérgolas de esponjas flotantes que garantizarán al rey Kragen una abundante ración durante el viaje, además de barcazas para llevar más esponjas y barcas para transportar a los Publicistas necesarios y a una fuerza de Ejemplares que ocupará el Flotador Nuevo Hogar.

Los cuatro hombres de uniforme se limitaron a mirarlo. Después de unos minutos Henry Bastaff repitió la información. Y agregó:

-Quizá no vuelva a ver los Nuevos Flotadores; ojalá se les pudiera advertir sobre los males que Barquan Blasdel prepara contra ellos.

- ¡Silencio! -dijo uno de los Ejemplares-. Basta de peroratas.

17

Al día siguiente se alteró el método mediante el cual se ofrecía la oblación al rey Kragen. Antes, cuando el rey Kragen se acercaba a la laguna con intención de darse un festín, empujaban sobre el agua algunas pérgolas cubiertas de esponjas hasta el borde de la red para que el rey Kragen pudiera arrancarlas con los palpos. Ahora se encargaron de ese trabajo los Publicistas y pusieron las esponjas sobre una gran bandeja que llevaron flotando entre dos barcas. Cuando la bandeja estuvo en el sitio indicado, Barquan Blasdel entró en el taller de Vrink Smathe, donde fue como si no viera a Henry Bastaff. Se puso a escuchar la trompa. El rey Kragen estaba cerca; el chirrido del caparazón de quitina resonaba con fuerza en el auricular. Blasdel hizo girar la manivela que producía la vibración de llamada. El chirrido del rey Kragen cesó y después empezó de nuevo, subiendo en volumen. El rey Kragen se acercaba.

Apareció por el este, avanzando con la torrecilla y el abultado torso por encima de la superficie, deslizando sobre el agua la enorme plataforma rectangular con fáciles golpes de paletas.

Los ojos delanteros detectaron la ofrenda. Se acercó un poco más, examinó la bandeja y con los palpos delanteros empezó a meterse las esponjas en las fauces.

Desde el flotador la gente observaba haciendo sombrías conjeturas. Barquan Blasdel apareció y caminó hasta el borde de la hoja, donde se puso a hacer reverencias y a gesticular su aprobación ritual mientras el rey Kragen comía.

La bandeja quedó vacía. El rey Kragen no daba muestras de querer irse. Blasdel dio media vuelta y llamó a un Ejemplar Ferviente.

-Las esponjas... ¿cuántas se le ofrecieron?

- Siete fanegas. Por lo general el rey Kragen no come más.

-Hoy parece hambriento. ¿Hay más esponjas recogidas?

- Las del mercado, otras cinco fanegas.

-Tendríamos que ofrecérselas al rey Kragen; no conviene escatimar nada.

Mientras el rey Kragen flotaba inmóvil, llevaron las barcas hasta el flotador. Echaron otras cinco fanegas en la bandeja y remaron con ella de vuelta hasta donde estaba el rey Kragen, que consumió todo menos una o dos fanegas. Entonces, saciado, se sumergió hasta que sólo quedó la torrecilla por encima del agua. Y allí siguió, moviéndose perezosamente unos metros hacia delante, unos metros hacia atrás.

Nueve días más tarde Maible y Barway, demacrados tanto por el horror como por la privación, informaron a la gente del Nuevo Flotador.

-Al día siguiente el rey Kragen ni siquiera se había movido. Era evidente que el nuevo método de alimentación lo había impresionado favorablemente. De manera que al mediodía llenaron de nuevo la bandeja con por lo menos diez fanegas de esponjas y el rey Kragen volvió a devorar todo.

-Durante ese tiempo trasladaron a Henry Bastaff sacándolo del taller de Smathe, y no pudimos enterarnos de cuál era su nuevo sitio de encarcelamiento. Eso nos entristeció, porque pensábamos intentar rescatarlo por el agujero de la trompa.

»Al tercer día Blasdel hizo un anuncio que recorrió las torres de señales, en el que se informaba de que el rey Kragen había exigido el privilegio de ejecutar al espía disidente que tan gravemente había pecado contra él. Al mediodía salió la bandeja. Encima de todo había una tabla ancha sosteniendo una única esponja de gran tamaño, y debajo la pila habitual. El rey Kragen no se había movido ni cincuenta metros durante tres días.' Se acercó a la bandeja y quiso sacar la esponja que estaba encima. La esponja parecía pegada a la tabla. El rey Kragen tiró, decapitando a Henry Bastaff, cuya cabeza habían metido dentro de la esponja. La sangre bañó la pila de esponjas y fue un espectáculo horrible. El rey Kragen pareció devorar todo aquello con especial fruición.

»Con Henry Bastaff muerto no teníamos más razones para quedarnos... fuera de la curiosidad. El rey Kragen no daba señales de moverse, de visitar otros flotadores. Estaba claro que le gustaba el nuevo sistema de alimentación. El cuarto día suministró la comida el Flotador Granolt, y la llevaron en barca hasta Apprise. El quinto día las esponjas llegaron desde Sankston. Parece que el rey Kragen es ahora huésped permanente del Flotador Apprise... con lo que se cumple la primera parte del plan de Blasdel.

Hubo un rato de silencio. Phyral Berwick hizo un gesto de repugnancia.

- Tenemos que alterar esa situación. -Miró a Sklar Hast-. ¿En qué punto están tus preparativos?

Sklar Hast señaló a Roger Kelso.

-Pregúntaselo al hombre que funde nuestro metal.

- Nuestros recursos se están multiplicando -dijo Kelso-. Hemos sangrado a todas las personas del flotador dos o tres veces; esa sangre ha producido diez libras de hierro, que hemos martillado y refinado. Ahora es increíblemente duro y resistente... pero sólo tenemos diez libras. Los kragen y las cáscaras de las esponjas nos han dado mucho más cobre: calculo que cincuenta o sesenta libras. Nuestro artilugio eléctrico ha producido veinticuatro frascos de ácido de sal, que conservamos en botellas sopladas en nuestro taller de fabricación de cristal.

Librodot

Ése es ahora un establecimiento totalmente separado de la fundición.

Interesante y alentador -dijo Robin Magram, el Maestro Pirómano, un hombre no demasiado imaginativo-, pero ¿cómo funcionará contra el rey Kragen?

-No hemos completado nuestros experimentos -dijo Kelso-. No puedo darte una respuesta segura... todavía. Necesitamos un kragen vivo, y los kragen nos han estado eludiendo. Quizá nos obliguen a salir de caza.

-Mientras tanto -dijo Sklar Hast- podemos desbaratar la agenda de Blasdel.

Un mes más tarde, a altas horas de la noche, guiadas sólo por la luz de las estrellas, seis barcas negras se acercaron al Flotador Tranque. Aquel sitio mostraba una silueta desconocida, yerma, despojada de toda vegetación salvo por las plantas centrales y sus correspondientes frondas. En el extremo oriental del flotador había unos barracones chatos y una zona lisa aparentemente usada como lugar de ejercicio; en el extremo occidental había unas lóbregas construcciones, donde los esqueletos de las pérgolas de esponjas tenían un trémulo color blanquecino a la luz de las estrellas.

La red de la entrada a la laguna fue cortada. Por allí se metieron las barcas hasta llegar a una serie de largas pérgolas cargadas de esponjas maduras. Los hombres usaron silenciosamente unos cuchillos con los que cortaron los flotadores de mimbre y las cuerdas de anclaje; las pérgolas se sumergieron, desaparecieron; el agua de la laguna ondeó y volvió a quedar lisa.

Las barcas partieron con el mismo sigilo que al llegar. Dieron la vuelta alrededor del flotador. Desde el lado oriental de Tranque, hacia el Flotador Thrasneck, se extendían seis dedos flotantes a los que había amarradas doce barcazas de doble casco. Echaron aceite en cada casco, arrojaron en ellos antorchas; grandes llamas saltaron al cielo y de los barracones salieron gritos de rabia. Las barcas negras, con los hombres de negro accionando los remos, huyeron hacia el este por el océano. Durante una hora las llamas de color naranja lamieron el cielo; después, lentamente, menguaron y se apagaron.

Dos meses más tarde una barca patrulla, tras un cauto reconocimiento, regresó e informó de que los muelles habían sido reparados, que se veían barcazas nuevas casi terminadas, que había pérgolas nuevas en su sitio y que todo el lugar estaba continuamente patrullado por Ejemplares armados con picas y espadas.

18

El año, después conocido como el Año de los Ejemplares, llegó a su fin. A poco de empezar el año nuevo, tres Estafadores que trabajaban en el agua al este del Flotador Tranque divisaron una flota que se acercaba por el este. Los dos Estafadores más jóvenes se apresuraron a hacer un movimiento para recoger las líneas, pero los mayores los detuvieron.

-Nuestra misión es sólo estafar. Que pasen las embarcaciones; no nos molestarán.

De modo que los Estafadores se quedaron mirando cómo pasaba la flotilla. Había doce galeras, más bien altas de francobordo, enfundadas en una membrana negra opaca. Cada una llevaba una tripulación de treinta hombres que iban sentados y remaban por agujeros en el casco, protegidos así de los proyectiles. Llevaban casquetes y corseletes de la misma membrana negra que enfundaba los cascos, y al lado de cada uno había un arco, una docena de flechas incendiarias, una larga lanza con punta de metal anaranjado. Las galeras acompañaban a una extraña barcaza rectangular apoyada en tres cascos. Las plataformas de proa y popa sostenían un par de objetos voluminosos ocultos por lonas, cada uno con una cuba al lado. En los tres cascos había hileras de tanques rechonchos, doscientos diez en total,

cada uno con capacidad para dos litros, cada uno con dos tercios de su capacidad ocupados por un líquido pálido. Como las galeras, las barcazas eran propulsadas por remeros sentados allí abajo y protegidos de los proyectiles enemigos por la pantalla de membrana negra.

Los Ejemplares del Flotador Tranque vieron pasar la flotilla y las torres de señales transmitieron un mensaje de alarma: «Los... disidentes... están... volviendo... en... grandes... cantidades... Vienen... en... extrañas... canoas... negras... y... en... una... barcaza... negra... aún... más... peculiar... No... muestran... miedo.»

A continuación hubo unas instrucciones en un código ininteligible para los miembros de la flotilla. Ahora veían los muelles de Tranque donde flotaban las nuevas barcazas que preparaban pesadas corazas para defenderse. En los muelles había enjambres de Ejemplares dispuestos a frustrar cualquier intento de destruir por segunda vez las embarcaciones. Pero la flotilla pasó de largo y las torres volvieron a transmitir: «Los... disidentes... siguen... hacia... el... oeste... Están... pasando... por... delante... del... Flotador Tranque... Cuesta... imaginar... su... intención.» Y hubo nuevas instrucciones cifradas, evidentemente recomendando mucha atención, porque los Ejemplares subieron a las barcas y remaron siguiendo un curso paralelo a la flotilla, manteniendo con ella una prudente distancia de doscientos metros.

La flotilla siguió la línea de flotadores: Thrasneck, Bickle, Lámpara Verde; después Fay, Quatrefoil y finalmente Apprise.

En el agua delante de la laguna flotaba el rey Kragen: un rey Kragen abotagado y monstruoso que empequeñecía a toda la flotilla.

El rey Kragen tomó conciencia de la presencia de las embarcaciones. Empezó a girar, haciendo con las paletas monstruosos remolinos en el océano. Los ojos con películas opalescentes apuntaron en una y otra dirección y se centraron en el revestimiento negro de las galeras y de la barcaza, y pareció reconocer la sustancia del cuero de kragen, pues emitió un bufido de terrible desagrado. Agitó con fuerza las paletas y el océano se arremolinó.

La barcaza maniobró poniéndose a un lado del rey Kragen. En las plataformas de los extremos los tripulantes quitaron las lonas descubriendo unos enormes mecanismos parecidos a ballestas fabricados con tallos laminados y quitina de kragen y ajustados con cuerdas hechas con tiras de cuero de kragen. Dos equipos de hombres pusieron en marcha un cabrestante tensando hacia atrás el enorme arco. En los canales pusieron arpones de hierro sacado de sangre humana. En las bodegas otros hombres metieron cuatro mil placas de hierro y cobre en las cubas de cristal.

El rey Kragen percibió la amenaza. Por algo aquellos hombres actuaban con tanta osadía. Movió las paletas lentamente hasta situarse a unos treinta metros de ellos. Entonces embistió. Las paletas se hundieron en el agua; con un chillido ensordecedor el rey Kragen arremetió, chasquendo las mandíbulas.

Los hombres de las ballestas estaban pálidos como espuma de mar; no paraban de mover los dedos. Sklar Hast se volvió hacia ellos y gritó:

-¡Fuego! -pero la voz se quedó en la garganta y lo que pretendía ser una orden tajante no pasó de un asustado tartamudeo. No obstante los hombres la entendieron. La ballesta zumbó y chasqueó; el arpón, arrastrando un cable negro, saltó hasta la torrecilla del rey Kragen, donde se clavó. El rey Kragen soltó un silbido.

La ballesta zumbó y chasqueó; el segundo arpón se hundió profundamente en la torrecilla. Sklar Hast hizo una seña a los hombres de la bodega.

-¡Conectad!

Los hombres unieron cobre con cobre. En la bodega doscientas diez células voltaicas, cada una con diez delgados cátodos y diez delgados ánodos, conectadas primero en una serie de setenta, y esa serie en paralelo, envió un chorro de electricidad por los cables de cobre envueltos en piel de hoja barnizada que iban hasta los arpones. La energía se descargó en la

torrecilla y en todo el cuerpo del rey Kragen, que se puso tieso. Las paletas le salieron del cuerpo en ángulo recto. Sklar Hast se echó a reír: una explosión de alivio nervioso.

-El rey Kragen es tan dócil como los kragen más pequeños.

-Nunca lo dudé -dijo Roger Kelso.

Se lanzaron al agua junto con otros veinte hombres. Nadaron hasta el rey Kragen, treparon por la rígida plataforma cerca de la superficie; con mazos y cinceles de cobre atacaron la zona entre la cúpula y la pared de la torrecilla.

En el Flotador Apprise se había reunido una considerable multitud. Un hombre que corría de aquí para allá era Barquan Blasdel. Saltó a una de las barcas, y gritando órdenes condujo a los Ejemplares contra la flotilla disidente. Las flechas de fuego describieron arcos en el cielo; siete barcas se incendiaron y los Ejemplares se zambulleron en el agua. Los demás viraron hacia un lado. Barquan Blasdel daba las órdenes más enérgicas, pero los Ejemplares no hicieron más incursiones.

El rey Kragen flotaba tieso e inmóvil, con los ojos fijos y los palpos estirados. La torrecilla tenía una circunferencia de diez metros, pero veintidós hombres trabajando con cinceles abrieron pronto la zona que querían. Después metieron barras en la abertura e hicieron palanca. Con un crujido se desprendió la cúpula, que rodó llevándose consigo uno de los arpones. Se cortó el circuito; el rey Kragen recuperó su autocontrol.

Durante un instante galvánico se quedó quieto, temblando. Entonces dio rienda suelta a un espantoso grito, un sonido que puso de rodillas a la gente del flotador.

El rey Kragen se arrojó fuera del agua. Los hombres que habían estado trabajando con los cinceles fueron lanzados en todas direcciones, todos menos tres que habían logrado llegar a la torrecilla y aferrarse a las nudosas cuerdas grises. Uno de ellos era Sklar Hast. Mientras el rey Kragen embestía y golpeaba, se puso a cortar los nudos nerviosos con el cuchillo de hierro. El rey Kragen gritó otra vez y se arrojó al océano. El agua chocó contra la torrecilla, llevándose a dos hombres. Sólo Sklar Hast, asido con manos y piernas a las cuerdas, se mantuvo inamovible. El agua salada en el cerebro molestaba enormemente al rey Kragen, que volvió a saltar sobre el flotador, retorciéndose. Sklar Hast cortaba y sacaba todo lo que podía; las paletas, los palpos y las mandíbulas se sacudían, se contraían, se torcían a un, lado y a otro, chasqueando. La vehemencia del rey Kragen se fue atenuando; flotaba gimiendo con paletas cada vez más fláccidas. Algunos de los hombres que había arrojado al agua volvieron a nado; en una ceremonia a la vez espantosa y exaltada arrancaron los nódulos nerviosos del rey Kragen y los arrojaron al mar.

El rey Kragen quedó flotando lánguidamente, una mole sin vida. Los hombres se zambulleron en el mar para lavarse y después nadaron de regreso a la barcaza. La flotilla avanzó entonces hacia el Flotador Apprise. Sklar Hast iba de pie sobre la plataforma delantera. Barquan Blasdel gritó a la gente:

¡A las armas! ¡Estacas, cinceles, mazos, cuchillos, cachiporras! ¡A terminar con los bellacos!

Sklar Hast se dirigió a la multitud:

-El rey Kragen está muerto. ¿Qué os parece?,

Hubo silencio; después se oyeron unos débiles aplausos, y unos aplausos más fuertes, y finalmente una ruidosa celebración.

Sklar Hast apuntó con un dedo a Barquan Blasdel.

-Ese hombre debe morir. El organizó a los Ejemplares. Él asesinó a Henry Bastaff. Él ha dado vuestra comida al vil rey Kragen. Lo hubiera seguido haciendo hasta que el rey Kragen fuera más grande que todo el flotador.

Barquan Blasdel gritó a sus Ejemplares:

- ¡Las armas preparadas! ¡A quien nos ataque... muerte!

Sklar Hast gritó a los Ejemplares:

¡Arrojad las armas! Lo vuestro se ha terminado. El rey Kragen está muerto. Sois sólo Ejemplares de una bestia marina muerta.

Barquan Blasdel miró rápidamente en todas direcciones. Sus Ejemplares, superados en número por los hombres del flotador, no parecían inclinados a pelear. Soltando una carcajada estridente, Barquan Blasdel dio media vuelta y empezó a alejarse.

- ¡Alto! -gritó Morse Swin, el Árbitro de Apprise-. ¡Barquan Blasdel, regresa! ¡Tienes que hacer frente al veredicto de una asamblea!

- ¡Yo no! ¡Nunca!

Barquan Blasdel trató de abrirse paso entre la multitud, y eso fue un error, porque generó el impulso de detenerlo. Cuando lo tocaron, él golpeó, y ése fue otro error pues el golpe trajo un contragolpe y Barquan Blasdel terminó destrozado. La muchedumbre se volvió entonces contra los Ejemplares, y todos los que no pudieron huir a las barcas compartieron el destino de Barquan Blasdel. Los que escaparon en las barcas fueron interceptados por las galeras negras y rodeados hasta que se rindieron.

-¡Desembarcad, hombres de los Flotadores Nuevos! ¡Traed a los Ejemplares! ¡Queremos servirlos como a sus compañeros! gritó alguien desde el flotador.

Otra voz exclamó:

-¡Venid a saludar a vuestros viejos amigos!

¡Mucho nos ha entristecido vuestra larga ausencia!

Y otra voz gritó:

-Esta noche correrá el arak. ¡Venid a beber con nosotros! Esta noche arderán las lámparas amarillas; tocaremos las flautas y bailaremos. ¡Venid a bailar a la luz de nuestras lámparas amarillas!

Sklar Hast se quedó pensando un momento; después contestó:

-Desembarcaremos y entregaremos a los prisioneros. Pero basta de frenéticos derramamientos de sangre. Los que han cometido delitos que se enfrenten a una asamblea que los castigará o liberará según nuestras antiguas tradiciones. ¿Estáis de acuerdo? ¡Si no es así tendremos que volver a los Flotadores Nuevos!

¡Estamos de acuerdo en todos los sentidos! -gritó Morse Swin-. Bastante sangre se ha derramado ya. ¡No queremos más!

-¡Entonces desembarcamos para celebrar con vosotros! 1

Y las barcas negras de los Flotadores Nuevos atracaron en Apprise; los hombres desembarcaron para saludar a los viejos amigos, a los compañeros de casta y a los hermanos de gremio.

El cadáver del rey Kragen flotaba en el océano, una mole solitaria. Había llegado ya el crepúsculo; las torres de señales parpadeaban con fervor; las noticias corrían desde Tranque, en el este, hasta Almack y Sciona, en el extremo oeste. Los Intercesores miraban con tristeza hacia el agua. Los Ejemplares se despojaban de los uniformes y tímidamente se mezclaban con aquellos a quienes hasta hacía muy poco tiempo habían tratado con arrogancia. Se los ridiculizaba y vilipendiaba pero no se los lastimaba; el estado de ánimo de la gente era demasiado alegre y pletórico. Delante de cada cabaña brillaban lámparas amarillas; sacaron el arak más añejo, los mejores licores; los viejos amigos brindaron juntos. Toda la noche, bajo las blancas constelaciones, hubo fiesta y alegría y gratitud: los habitantes de los flotadores nunca más tendrían que servir al rey Kragen ni a otro como él.

FIN